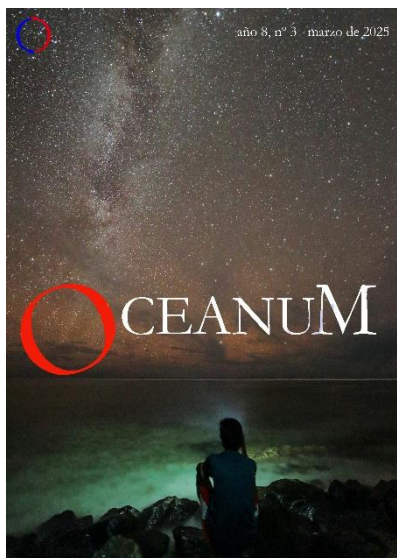


año 8, nº 3 marzo de 2025



OCEANUM





ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 8, n° 1

Enero de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Oswaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

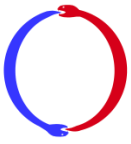
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

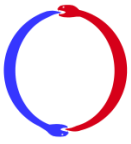
Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

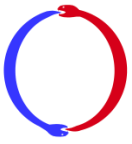


Como cada año, con la primavera boreal, llega la eclosión de la literatura. Puede que sea el Día del Libro (con los apellidos que se le han añadido) el que marque la salida de una sucesión de eventos de todo tipo en torno al libro, pero es más probable que tal eclosión sea solo una cuestión estacional que depende del movimiento del planeta alrededor del Sol. En los climas templados del hemisferio norte, la llegada de la primavera afecta a las plantas y a los animales, como si unas y otros pretendiesen recuperar el tiempo perdido en el letargo invernal, cuando la menor disponibilidad de alimentos y fuerza a reducir al mínimo toda la actividad para evitar el consumo de energía. Aunque el ser humano civilizado — por favor, evite el chiste fácil— haya conseguido reducir esa dependencia entre el clima estacional y la alimentación y, por tanto, pueda mantener su nivel de actividad casi constante a lo largo del año, dejar atrás los rigores invernales, encontrarse con más tiempo de luz diurna y temperaturas más agradables, actúa positivamente sobre su disposición a emprender todo tipo de tareas. Parece que tenemos más ganas de todo y que disponemos de más tiempo para hacerlo. O sea, que leemos más en primavera y en verano, de modo que si los eventos empiezan a partir de abril no es tanto porque Cervantes y Shakespeare decidieran morir en una fecha concreta —tampoco esto es muy exacto—, sino porque nuestro planeta gira alrededor del sol, su eje está inclinado respecto de la vertical y eso produce las estaciones, dos o cuatro según la latitud del lugar.

Aunque pueda parecer prosaico reducir nuestra predisposición lectora a unas circunstancias que tienen que ver con el movimiento y características de los cuerpos celestes y no con nuestra base histórico-cultural, en realidad, solo significa que estamos más atados a la naturaleza de nuestro mundo de lo que podamos pensar y que esta nos condiciona hasta el punto de que, si las características de nuestro planeta fuesen algo diferentes, la especie humana sería distinta o no sería. Deberíamos pensar en ello, en que este es el planeta que tenemos y que no es posible vivir de forma permanente en ningún otro a nuestro alcance en un plazo de tiempo corto o medio. Deberíamos cuidar nuestro planeta porque si afectamos a sus condiciones, no nos va a gustar el resultado. Cada año tiene que llegar la primavera y el Día del Libro y los eventos literarios.



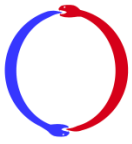
6	La galera			
	Entrevista a Javier Adán	Ginés J. Vera	6	
	<i>De Nigro Legenda</i> . Domingo de Soto	Miguel A. Pérez	11	
	<i>Amor omnia vincit... o no</i>			
	De Melibea a Rigoberta Bandini	Pilar Úcar	19	
23	Dentro de una botella			
	Averroes: un concepto integral del derecho	Diego García Paz	23	
	<i>Nada es verdad</i> , Veronica Raimo	Pravia Arango	27	
30	Estelas en la mar			
	Con la poetisa Sonia Jiménez Tirado	Encarnación Sánchez	30	
33	¡Avante toda!			
	A propósito de la <i>literatura</i>	Pravia Arango	33	
37	El grumete			
	A mis nietos	Alejandro Tejero Escribano	35	
40	Anaquido kalimat			
	Aicha Moukid	عَتَايِيْدُ كَلِمَاتِ عَانِشَةُ مَوْكِيْظِ	Encarnación Sánchez	40
	Crítica del relato “¡El combatiente!”, de Aicha Moukid		Víctor Hugo Pérez Gallo	44
	Embarek Ouassat	مَبَارِكُ وَسَاطِ	Encarnación Sánchez	46
52	L'imperceptible écume			
	Éric Chassefière		Miguel Ángel Real	52
58	Outros mares			
	Autobiografía		Augusto Guedes	58
60	Otres mares			
	Mar de rabia		Alfredo Garay	60
62	Espuma de mar			
	Premios y concursos literarios			63
	Con un toque literario		Goyo	66



69	Gran Sol		
	<i>La mujer del porvenir</i> (fragmento)	Concepción Arenal	69
101	Nuevos horizontes		
	En mala hora	Ginés J. Vera	102
	La fotografía familiar (VIII)	Encarnación Sánchez	107
	Los cuartos del pregonero	Goyo	111
	Las circunvoluciones del tritón entre su légamo	Miguel Quintana	114
128	Créditos de fotografía e ilustración		



Entrevista a Javier Adán



Ginés J. Vera



Tras leer el libro *Cáscara*, de Javier Adán, sentí la tentación de contactar con su autor y tantear que me concediera una entrevista para la revista *Oceanum*. Adán es manchego, concretamente, de Puertollano y licenciado en Filología Inglesa en la Universidad de Castilla-La Mancha. Actualmente, es profesor de Lengua Extranjera. Paralelamente a su actividad laboral, ha explorado el arte multidisciplinar, escribiendo y dirigiendo cortos y colaborando en revistas literarias. Los seguidores de *Oceanum* veréis que la entrevista va de menos a más y que hay guiños no solo a Rulfo y Bukowski, también a Calvino y Buero Vallejo, por ejemplo. Mi agradecimiento a Kasia Karposiuk por hacer posible esta entrevista.

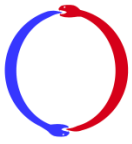
Creo que *Cáscara* (Distrito 93) surgió como un proyecto de microrrelatos en Instagram que ha terminado, con éxito, en un libro. Con un

crowdfunding de por medio, además. Coméntenos ese inicio y el resultado.

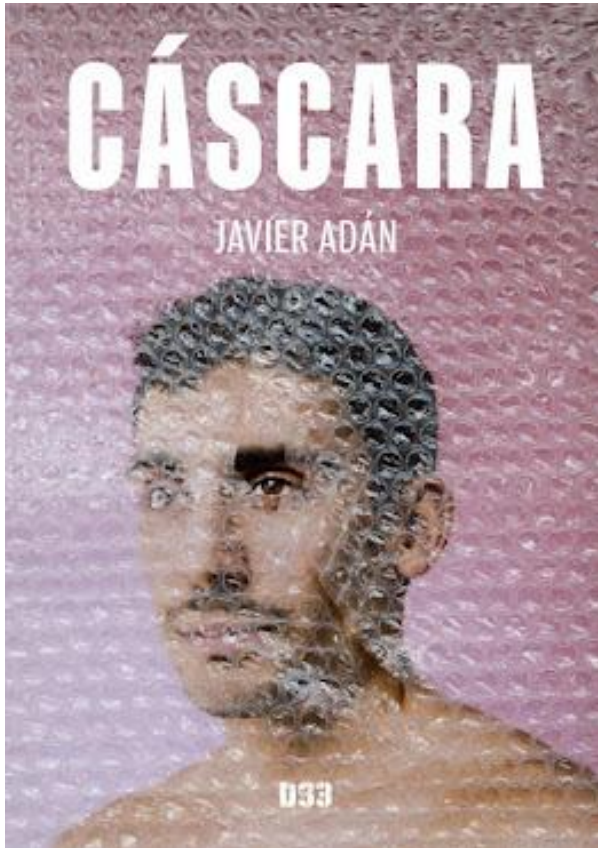
Efectivamente, *Cáscara* se planteó inicialmente como una recopilación de los microrrelatos que había estado publicando en Instagram en mi cuenta y que por aquel entonces se llamaba Relatos encapsulados (quizá una primigenia referencia a la posterior cáscara). Pero ocurrió algo inesperado, y es que esos pequeños textos fueron creciendo involuntariamente. Yo sentía que muchos de ellos necesitaban expandirse, contar historias con un inicio, nudo y desenlace, que tan solo eran una semilla y que podían romper y crecer más. Paralelamente, también fui creando relatos nuevos de modo que al final la obra se desvinculó casi por completo del concepto inicial con el que fue pensada, casi como los protagonistas de “Matar al pronóstico”, por cierto.

En uno de los relatos, leemos esta frase del protagonista por si quiere comentárnosla: “Solo sé que estuve allí porque sigo soñándolo”.

Hay mucha oniría en *Cáscara* y también mucha ambigüedad deliberada en la distinción entre realidades y mundos. Esta frontera sensorial y cognitiva que se presenta en bastantes textos tiene aún mayor relevancia en “El hogar en llamas”, un relato sobre la fagocitación de nuestro(s) mundo(s) y de la necesidad de sobrevivir a costa de destruirnos. En este relato (especialmente en la última mitad), Guido ha logrado seguir con vida, pero no es capaz de avanzar en esa carrera infinita hacia el futuro del mismo modo que (o así lo siente él) el resto de la sociedad, por lo que sus recuerdos se entremezclan con lo que observa a diario, aunque sea de manera deformada y caprichosa como si toda la existencia fuera un enorme agujero de gusano. Soñar, para Guido y también para su compañero Babú, es el acto más auténtico de conectar con su inconsciente y con sus orígenes. El bonobo sufre episodios de



angustia por la noche porque en sueños recuerda a su madre y su hogar en la selva africana. Pero a Guido estos sueños le devuelven el planeta Tierra y lo que ha dejado allí.



El libro —sin índice, algo curioso— está formado por varias piezas narrativas, algunas breves, de una o dos páginas a algunos relatos de más hondura. Imagino que el orden y su extensión no es arbitrario, sirva de ejemplo que el último se titula *Contraportada*, aunque le dejo que nos lo cuente a los lectores.

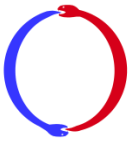
Desde el primer momento quería transmitir la idea de un conjunto esférico, o de un viaje autoconcluyente en el que uno rompe la cáscara desde fuera, observa y lee el interior y vuelve otra vez al mismo punto, aunque habiendo vivido toda la experiencia como lector. Hay un dato que puede pasar desapercibido, pero la obra empieza y acaba con la palabra “hogar” y

“casa”. Inicio el prólogo abandonando física y metafóricamente el primer hogar del hombre, que es el útero materno, para acabar en la piel de uno de los personajes imaginando que regresa a casa, a la protección y el confort del hogar propio. Y, entre medias, desafío al lector a enfrentarse a historias en las que los protagonistas bordean los límites entre el interior y el exterior, entre realidad y ficción, metaficciones y otros márgenes narrativos. Por el camino ofrezco, además, algún juego tipográfico y tres pistas definitivas, que son tres ciudades “imaginarias” (en alusión a “Las ciudades invisibles”, de Italo Calvino, al que adoro), y que me sirven justamente para adelantar ciertos dilemas que el lector va a encontrar en las siguientes historias.

La mayoría de las narraciones de *Cáscara* están narradas en primera voz narrativa. Quizá sea un recurso interesante para que los lectores entremos en las historias y empaticemos con los protagonistas, con sus dramas y miserias. De hecho, en *Matar al pronóstico* leemos: “La audiencia necesita veros sufrir. ¿Entendéis? Tienen que empatizar con vuestro dolor, sentir que vuestra vida es injusta como la del resto de los mortales”.

En la mayoría de los relatos, los personajes piensan y sienten más que actúan. Nos acercamos a ellos por su pensamientos, ideas y emociones más que por sus acciones, y por eso considero fundamental que el lector pueda empatizar con ellos. En algún momento del proceso de escritura, tuve miedo de narrar casi todo en primera persona y que esto pudiera aburrir al lector, pero concluí que la clave era dotar de suficiente identidad a cada personaje para que el lector no tuviera la sensación de estar siempre bajo la piel del mismo narrador. Y creo que eso, al final, ha sido un acierto.

La temática de estas 17 narraciones es muy variada, desde la ciencia ficción a la ficción especulativa, pasando por el realismo mágico,



compartiendo todos ellos un hilo conductor común como ya alude lo metafórico del título. Creo que en su conjunto tienen mucho de crítica a nuestra sociedad, a su deshumanización, a esa búsqueda de ser otros alimentada por la impunidad de las redes sociales, por ejemplo. ¿Es así?

Cáscara no deja de ser, como todas las obras respecto a su autor, un reflejo de mi identidad y mis inquietudes. Personalmente, recibo influencia de contenidos muy diferentes, desde el cine asiático y de autor hasta el cómic americano de superhéroes y las pelis de terror más convencionales, desde Juan Rulfo hasta Bukowski, Murakami o Vonnegut. Esta diversidad queda patente en la colección de géneros de la obra. Por otro lado, soy hogareño y quizá también bastante introvertido, pero me interesan y preocupan (a veces en exceso) los cambios que estamos viviendo como sociedad y la vertiginosa transformación que sufrimos, especialmente a raíz de la pandemia. Tengo la impresión de que el mundo actual tiene poco que ver con el que habitábamos hace tan solo quince años, y de gran parte de este proceso son responsables las redes sociales. Nos han sometido por completo.

En otro pasaje del libro, en el relato “Kabuki”, leemos: “Lo inmoral es bello si lo envolvemos en papel de colores”. Me ha evocado a una cita de Nietzsche, por si nos la quiere comentar. “Si matas una cucaracha, eres un héroe. Si matas una hermosa mariposa, eres malo. La moral tiene criterios estéticos”.

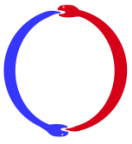
Apelando a tu cita, hace tan solo unos días me comentaba un compañero que hasta no hace mucho tiempo él (como muestra de la sociedad) mataba a cualquier “bicho” que se cruzaba en su camino. Esto es algo bastante representativo de lo que has mencionado, ya que el ser humano siempre ha denostado aquello que le resultaba, en apariencia, desagradable o molesto. Actualmente, hemos entendido (y sigo usando

la metáfora de los insectos) que todo ser tiene el mismo derecho a existir. Y ahora nos pensamos dos veces el pisar alguno de estos bichitos. Sin embargo, seguimos cayendo en la trampa y juzgamos en esos términos estéticos que poco tienen de auténticos. Con las personas ocurre algo parecido, particularmente, en las últimas décadas, en las que el esnobismo ha acampado a sus anchas, nuestra imagen es el foco principal y nos hemos convertido en nuestra propia marca. Nos pueden ofrecer algo inmundo o terriblemente insustancial, pero el *marketing* y la presentación hará que nos entre por los ojos y lo acabemos aceptando.

Un dilema aparte sería el de la propia moralidad humana, lo que la sociedad percibe en su conjunto como algo correcto o aceptable depende, en gran parte, del sistema de creencias que esa sociedad ha construido. En “Kabuki” se observa justamente esto, la rigidez de la estructura social japonesa hace que sea un país con una tasa elevada de suicidios. Japón siempre me ha parecido muy interesante por el contraste entre lo férreo de la tradición y la perversión subterránea que encontramos bajo esa severidad conductual e intrapersonal.

Se nota, como leemos en su biografía, que es un apasionado del séptimo arte. En más de uno de estos relatos, de uno u otro modo, está muy presente. Háblenos de esas dos pasiones, de la frontera entre la literatura y el cine a la luz de *Cáscara*.

El cine me ha salvado la vida muchas veces. Es algo más que un interés. Ha sido frecuentemente un gran motivo de inspiración y un modo de vivir emociones que quizá, en mi vida, no haya podido experimentar. Esto sí que es la magia del cine, no los efectos visuales, sino la capacidad de transformar a una persona, su efecto catártico. Quizá sea por esto que suelo alejarme del cine comercial para buscar películas con más alma e identidad, con mayor capacidad de agitarme o de modificar incluso

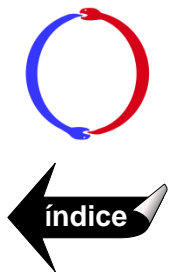


resortes de mi cabeza. Dentro del cine he hecho también mis pinitos, he escrito y dirigido algún corto, pero lo que he aprendido a disfrutar más es el proceso de editar vídeo, lo que ocurre en posproducción y cómo se monta todo el material “en crudo” para generar una historia con un propósito, un enfoque y una estética también determinada. De esto mismo hablo en “El efecto Kuleshov”, de cómo un montaje cambia nuestra percepción o interpretación de cualquier historia.

Esta misma idea, llevada a la literatura, ya la trataron autores como Calvino en “Si una noche de invierno un viajero”. Y así, de nuevo, nos topamos con la pregunta de ¿qué nos define?, ¿qué define en definitiva a una historia?”, ¿es el contenido o es el continente? ¿Qué es verdad y qué es mentira?... Las respuestas, si es que las hay, no son sencillas de explicar, así que (como hago en *Cáscara*) disfruto paseándome por los bordes entre una cosa y otra, jugando a la confusión entre dimensiones y difuminando las fronteras para que el propio lector encuentre su camino de vuelta a casa. En la formidable película “El show de Truman”, Ed Harris (en la piel de un ambicioso director) nos entrega una gran frase: “Aceptamos la realidad del mundo que nos presentan”. Y es que, al final, la realidad (ya lo dijo Buero Vallejo) no deja ser un inmenso holograma desplegado a nuestras consciencias. Y yo no pienso contradecirlo.



De Nigro Legenda
Domingo de Soto



Miguel A. Pérez

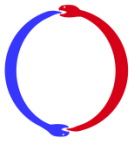
En la capilla del Trinity College de Cambridge se alza la estatua de Isaac Newton, en cuyo pedestal se puede leer: “*Newton, qui genus humanum ingenio superavit*”, algo que se podría traducir como “Newton, quien superó en genio a la raza humana”. El personaje es, como reza lo escrito en el pedestal, uno de los mayores genios de la historia de la humanidad y a él se debe una buena parte de la física que conocemos. Tan destacadas fueron sus aportaciones que tuvieron que pasar siglos hasta que la teoría de la relatividad relegó las tres leyes principales de la mecánica —las leyes de Newton— a una aproximación que solo sirve a “bajas velocidades” (casi siempre), pero que se sigue y seguirá estudiando, tanto en la enseñanza secundaria

como en los itinerarios universitarios. Para casi todo lo cotidiano, las leyes de Newton son válidas. De hecho, si se hace una reformulación de la segunda ley de Newton, se puede aplicar en entornos con condiciones relativistas sin sacrificar nada de su esencia.

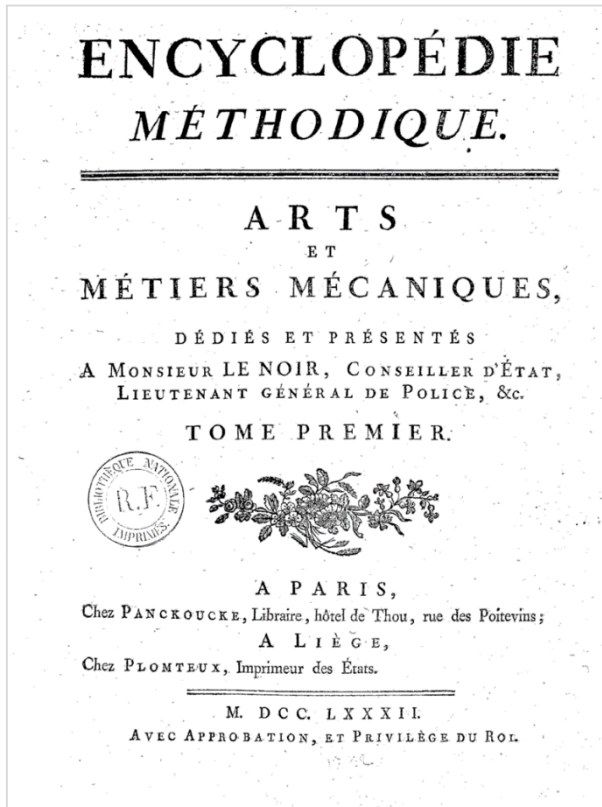
Newton impresiona. Su estatua impresiona. La capilla del Trinity College impresiona. El Trinity College impresiona. En líneas generales, la ciudad de Cambridge, convertida en una atracción turística, una especie de parque temático universitario, impresiona. En los alrededores de los antiguos *colleges*, en las callejuelas antiguas de la población, todo huele a ciencia. Nombres y acontecimientos forman parte del ideario colectivo, así que todo nos resulta familiar, hasta crear la sensación de que Cambridge constituye, de alguna forma, la piedra angular de la historia de la ciencia. No es una impresión falsa, ni mucho menos. De hecho, no solo es historia. Cambridge acumula un número de premios Nobel en ciencia que multiplica por más de ciento veinte los que ha conseguido el total de las universidades y centros de investigación españoles, que se restringe a uno solo, el de Santiago Ramón y Cajal, allá por los comienzos del siglo XX. Desde hace más de cien años, la ciencia española no produce ni un solo galardonado.¹ Solo el Trinity College de Cambridge acumula treinta y cuatro laureados... Así pues, la impresión, cuando se trabaja en la universidad española y se visita Cambridge, es que aquello pertenece a otra galaxia. Además, la publicación de los listados de las mejores universidades del mundo nos recuerda cada año lo lejos que nuestras instituciones están de los lugares de cabeza —a centenares de puestos de distancia en el mejor de los casos—, posiciones y podios en los que sí se suelen encontrar la Universidad de Cambridge. Y la de Oxford. Y las estadounidenses que llenan de ecos las salas

¹ Si está pensando en Severo Ochoa, quien recibió el Premio Nobel de Medicina en 1959 cuando trabajaba en

una institución de EE. UU., debe recordar que su nacionalidad era, en ese momento, estadounidense, puesto que renunció a la nacionalidad española en 1956.



lugar a la aparición de todo tipo de enciclopedias, en una de ellas, la *Encyclopédie méthodique*, Nicolas Masson de Morvilliers (1740-29/9/1789) escribía con relación a la aportación española a la ciencia: “¿Qué se debe a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho España por Europa?”², con una respuesta elidida que es, obviamente, “nada”. O sea, la ciencia nada debe a España...



La anterior cita constituye un ejemplo perfecto de las dos vertientes que formaron la Leyenda Negra antes del siglo XIX: de un lado, la imagen casi grotesca que se pinta desde el exterior, trufada de intereses económicos, en un contexto de lucha constante por la supremacía planetaria y, de otro, el victimismo español que ve ofensas y cuitas detrás de cada palabra. Si la cita no se descontextualiza y se lee hasta el final, aparece

² Traducción de: “... *que doit on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?*”.

³ Traducción de: “*Encore un effort; qui sait alors à quel point peut s'élever cette superbe nation?*”.

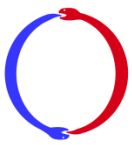
una frase más contemporizadora: “Con un esfuerzo más, ¿quién sabe hasta qué punto puede elevarse esta magnífica nación?”³

Desde mucho antes de que se pusiese en negro sobre blanco la cita anterior, ingleses y españoles estaban enzarzados en una guerra casi permanente, larvada, que se desarrollaba a bordo de las naves de unos, otros y de los correspondientes corsos. Se ensartaban mutuamente, espada y sable desenvainados, sobre las cubiertas de los barcos y se regalaban andanadas de proyectiles de treinta y seis libras para desmembrar al que pillase en medio de la trayectoria. Nada personal, oiga. Así que no es de extrañar que se desarrollase otra guerra en paralelo por el relato de la historia en la que los ingleses trataron de minimizar y desprestigiar todo lo que olía a español y los españoles ejercieron su papel de eternos ofendidos, como buenos caballeros andantes. De los resultados de esa guerra, ganada por los anglosajones, y de su influencia en el desarrollo geopolítico hasta el día de hoy, se podría hablar durante mucho tiempo, pero eso será otro día. Lo que sí es cierto es que frases como la de Nicolas Masson de Morvilliers contribuyeron a crear la Leyenda Negra de la ciencia española.

Sin embargo, en cuanto nos detengamos a pensar un poco, nos daremos cuenta de que algo no encaja. Al margen de cualquier otra consideración acerca del imperio que mantuvo España⁴ y que no es objeto de este texto, ¿es posible que un país sin ciencia ni tecnología y con una demografía insuficiente pueda mantener un imperio durante tres siglos? La respuesta no puede ser afirmativa.

Hubo ciencia. Es obvio, pero ¿quiénes fueron los nombres detrás de esa ciencia? En épocas en

⁴ Se usa el término “España” por simplificar, independientemente de que estemos hablando del reino de Castilla, del reino de Aragón o de la unión de ambos.



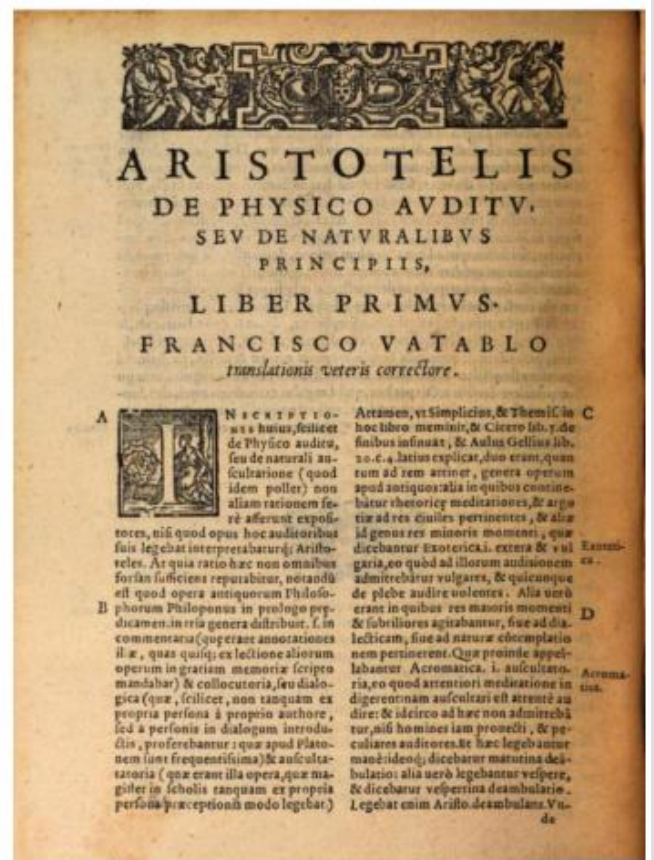
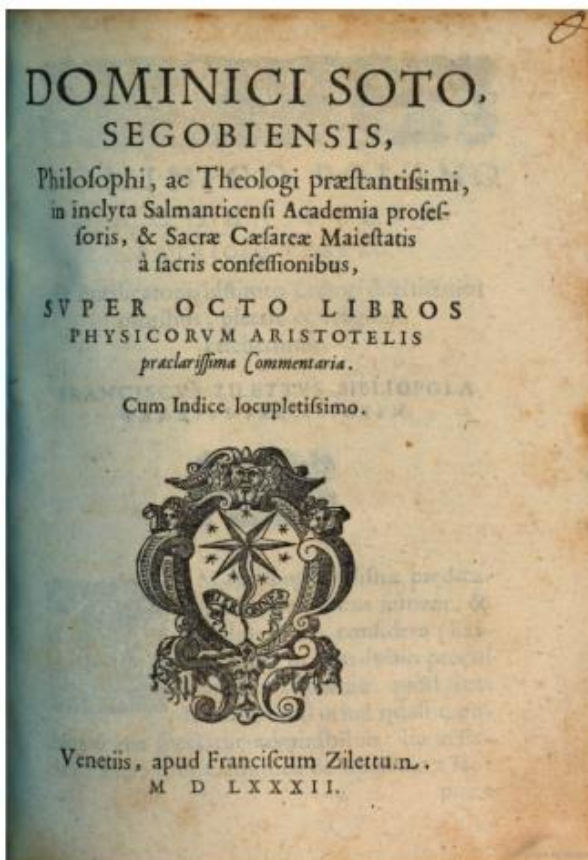
las que el progreso científico o tecnológico tenía nombres propios detrás y no era una tarea colectiva como en la actualidad, ¿por qué no nos suenan esos nombres? Las respuestas y las razones son tan variadas que puede ser mejor citar ejemplos concretos.

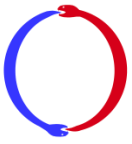
Domingo de Soto quizá nació demasiado pronto. Fue en Segovia, pero ni siquiera estamos seguros de si tal alumbramiento ocurrió en 1494 o en 1495. Lo que sí está constatado es que nació antes de que Europa y América empezasen sus relaciones y que vivió en una época en la que se dieron dos circunstancias simultáneas: en primer lugar, la efervescencia derivada del conocimiento de nuevas tierras, que puso patas arriba todas las concepciones anteriores y, en segundo lugar, el desarrollo pleno del Renacimiento en un Cinquecento que encumbraba al humanismo y la importancia del conocimiento total. Domingo de Soto fue uno de esos hombres renacentistas que, desde su condición de

fraile dominico, desarrolló una extensa tarea intelectual, puesta de manifiesto en una obra escrita muy prolífica que se extiende desde la teología hasta la física y la lógica, pasando por el derecho.

Domingo de Soto tuvo una participación destacada en asuntos claves del momento, como en el caso de la Dieta de Augsburgo de 1548, en plena lucha entre católicos y protestantes en Centroeuropa, o en la “polémica de los naturales” (Valladolid, 1550-1551) que pretendía definir cómo se debería concebir la “conquista de América”, si bajo la óptica de Bartolomé de las Casas —quien es considerado hoy en día como un precursor de los derechos humanos— o bajo las ideas de Juan Ginés de Sepúlveda, que defendía el derecho y la conveniencia del dominio de los españoles sobre los indígenas.

De toda su extensa y brillante obra, merece la pena destacar una vertiente poco conocida de ella, la que se refiere al mundo de la física que

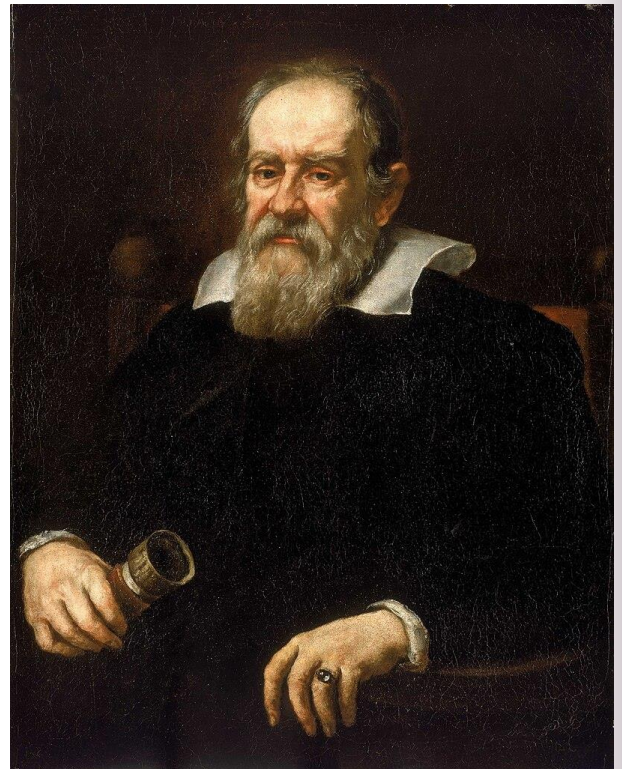




aborda en el libro *Quaestiones* (1545) sobre los ocho libros de física de Aristóteles. En los trabajos de Domingo de Soto viene a proponer el concepto de “gravidad”, la aceleración a la que se ven sometidos los cuerpos que son atraídos por la tierra. Su propuesta se puede resumir, a grandes rasgos, en la idea de que la velocidad a la que cae un cuerpo es proporcional al tiempo que dura la caída. Era la primera vez que se hacía tal propuesta y, que se sepa, llegó a tal conclusión sin necesitar la participación de ninguna manzana. También postuló el concepto de inercia (él lo denominó “resistencia interna”) frente a las ideas vigentes en ese momento, que solo identificaban la resistencia del aire como el único motivo que impedía, frenaba o retardaba el movimiento de los objetos. La diferencia supone un cambio de concepto y, de hecho, se convierte en la primera mención cualitativa de las dos primeras leyes fundamentales de la mecánica que terminaría de postular Isaac Newton. Define el concepto de “resistencia interna” como una propiedad intrínseca de los objetos que es proporcional al peso y que se opone a la fuerza que se aplique sobre él, es decir, Domingo de Soto establece por primera vez el concepto de masa inercial. Para terminar de zanjar la diferencia entre su “resistencia interna” y la resistencia del aire, afirmarí­a que en el vacío todos los cuerpos caen a la misma velocidad, un aspecto que no resultaba evidente en su época ni en los años que siguieron.

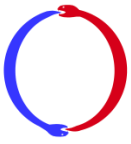
Con posterioridad, las conclusiones a las que llegó Domingo de Soto fueron recogidas y acreditadas por Galileo Galilei (15/2/1564-8/1/1642), probablemente el más importante científico de toda la historia. Galileo fue de los primeros que decidió delimitar su trabajo para distinguirlo del de los demás, de modo que en cualquiera de sus ideas trataba de citar a todos aquellos que le habían servido como base y, a partir de esa base, elaboraba sus propuestas. Este tipo de actitud, que hoy se considera como normal y la forma de proceder habitual en el mundo de la ciencia, en tiempos anteriores al

método científico de Descartes, no era frecuente. Citar las fuentes siempre es importante y, de hecho, la propia recopilación de la base para iniciar cualquier trabajo —lo que se denomina “estado del arte” o “estado de la técnica”— constituye en sí misma una excelente aportación científica. Además, citar las fuentes que usamos para desarrollar cualquier idea permite un mejor seguimiento de nuestro trabajo y una correcta delimitación de lo que aportamos respecto de lo que ya existía, de modo que es posible cuantificar el avance que supone. Galileo Galilei citó a Domingo de Soto en sus trabajos. Sin embargo, Isaac Newton no lo hizo. Ni siquiera nombró a Galileo...



Galileo Galilei

¿Newton impresiona menos ahora? ¿El párrafo anterior pretende menoscabar la obra del polímata inglés? En absoluto. Sus aportaciones no solo se extienden por casi todos los campos de la física del momento, sino que Newton es uno de los dos creadores del cálculo integral, uno de los pilares de las matemáticas actuales, así que le sobran razones para ser uno de los grandes de la historia, de esos que se cuentan con los dedos



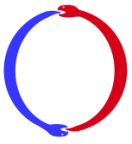
de las manos y no se necesitan todos los dedos. Sus aportaciones a la mecánica, las tres leyes fundamentales, fueron trascendentales y lo serían hasta en el caso de que realmente tuviese conocimiento de los planteamientos del sabio castellano. No obstante, lo más probable es que no llegase a conocer los trabajos de Domingo de Soto. En los siglos XVII y XVIII en los que vivió Isaac Newton el acceso a la información era un poco más complejo que escribir un nombre en Google o preguntarle a la inteligencia artificial de turno por Domingo de Soto, así que, en el supuesto caso de que viera la cita en los trabajos de Galileo y que le prestase alguna atención, no hubiera sido fácil encontrar la fuente original de la idea. Sin disponer de ese acceso, tampoco tendría mucho sentido citar lo que solo se ha conocido por un tercero interpuesto, dado que no tendría forma de corroborarlo.

Roto el nexo con la física newtoniana que estableció un hito en la interpretación de la mecánica general, la obra de Domingo de Soto desapareció del contexto de la ciencia del momento y permanece enterrada hasta el presente. Escrita en latín, el idioma usado primero por la comunidad de religiosos, sabios y alquimistas y, luego, por la comunidad científica, ha permanecido sin una traducción a ningún idioma actual, lo que añade un punto más de dificultad para acceder a su lectura en un entorno en el que el latín ha ido desapareciendo paulatinamente de los planes de estudios de carácter general y se restringe únicamente al campo de los especialistas. En la terminología actual, los trabajos de Domingo de Soto han sido cancelados. Y el fraile dominico, olvidado... Bueno, no del todo. En Segovia se levanta una pequeña estatua con el nombre casi borrado, un busto en un jardincillo de la calle de la Trinidad. No impresiona como el de Isaac Newton ni Segovia tiene una universidad como la de Cambridge. De hecho, los visitantes de la ciudad castellana tienen otros motivos para sus cámaras. No cabe duda de que Domingo de Soto es una de las víctimas

de la Leyenda Negra, una leyenda que se forjó al norte del canal de la Mancha y que se extiende hasta el día de hoy. ¡Cómo nos gusta a los españoles el victimismo...!



Tal leyenda es eso, una leyenda, algo que no se ajusta a la realidad y que se desmorona en cuanto se analiza con un mínimo de profundidad; sin embargo, el surgimiento de cualquier leyenda suele tener algunas razones reales, convenientemente deformadas por la causa que sea hasta crear una generalización. Como cualquier generalización, resulta inexacta y, si se usa de forma torticera, se convierte en un bulo. Cuando las leyendas son asunto de pueblos (naciones) enteros, hacer tabla rasa con los autores de la leyenda no es más que otra generalización. De hecho, uno de los principales estudiosos del trabajo de Domingo de Soto y quien más ha contribuido a valorar sus aportaciones, sobre todo, teniendo en cuenta la época en que se produjeron (mediados del siglo XVI), es el británico William A. Wallace, en su obra *Domingo de Soto and the early Galileo* de Ashgate Publishing Limited (Londres, 2004) que ha vuelto a ser publicada en 2020 por la editorial



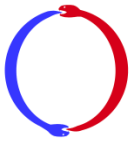
Routledge. En cualquier caso, al margen de cualquier otra consideración, las leyendas — negras, blancas o anaranjadas— nunca se pueden mantener sin el concurso de todas las partes porque, en el momento en que cualquiera de los afectados desmonte la mentira, todo el mito se cae como un castillo de naipes. Y el problema principal reside en los propios españoles, que estamos dispuestos a comprar una y otra vez el relato de nuestra Leyenda Negra.

Sin embargo, existió Domingo de Soto.





Amor omnia vincit... o no
De Melibea a Rigoberta Bandini



Pilar Úcar Ventura

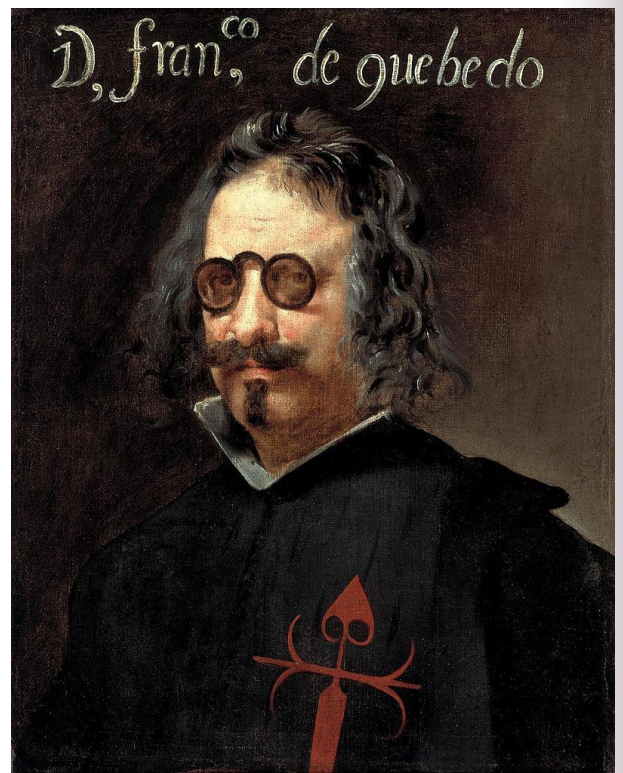


Mucho tiempo ha pasado del *crush* de Calixto: en aquel jardín donde el burgués alocado pretendía “llevarse al huerto” —¿trasunto del paraíso bíblico?— a una joven incauta y remilgada Melibea. El arrebato inicial se convirtió en sesiones nocturnas de visitas, escalas en la pared, vaivenes de sube y baja, ropajes revueltos, criados enfadados y alcahueta ambiciosa, que quería todo para ella, toda la “pasta” que le pagaba el caballero por la gestión celestinesca. Muertes trágicas, justicieras y suicidio final.

Del amor a primera vista se trataba el asunto de un libro que hoy nos llega a nuestras vidas convertido en películas, series, performances más o menos exitosas y canciones, muchas melodías sobre el amor: amor loco, amor racional (¿?), amor apasionado, amor senil, primer amor, amor cortesano, amor filial..., siempre amor, con minúsculas o capitales.

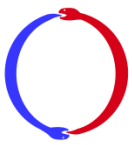
Pero ¿el amor todo lo puede?, ¿el amor vence muros, barreras, culturas y razas...? En definitiva..., ¿va más allá del tiempo?

Ya lo escribió Quevedo, don Francisco, el irónico y misógino poeta en un momento áureo poco propicio para sus romances; cojitranco y con unos lentes que afeaban sus hechuras, se defendió de los ataques propinados por su enemigo cordobés tan celebrado en la taberna del Turco, atizándole sonetos jocosos y ofensivos a diestro y siniestro...



Y sí, también escribió muy a su pesar, o más bien desde su propio sentir, aquello de *amor constante más allá de la muerte*; muy consciente de su caducidad humana, quiso emular las *coplas* de un Manrique castellano que (nos) aseguraba el paso por este valle de lágrimas dejando una huella indeleble en la memoria de los demás. O no.

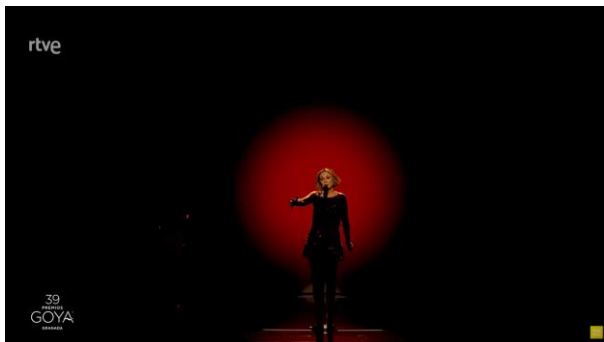
El tema del amor ha ocupado muchas páginas, ríos de tinta en papel y en digitales, columnas periodísticas, leyendas mágicas, películas gore,



series en plataformas, y memes... suma y sigue. Por algo será.

El amor parece que triunfa una vez superados los efectos que provoca según la receta de Lope: del *desmayo* a la altivez, un paso; del *veneno* emponzoñado (valga el énfasis: en el amor ya sabemos que todo o casi resulta hiperbólico) al bebedizo placentero, dos aventuras; de la sombra a la luz, una decepción, de la mística al fango como grita Massiel en su inefable canción “El amor” —tan versionada a lo largo de las décadas— “y te empuja a ser malo y te deja hecho mierda”, un suspiro. Sin paliativos.

La agresiva y carismática Gloria Trevi, lo hizo suyo, el amor y la canción sobre un escenario, igual que Confeti de odio que ocupó los primeros lugares de las listas de éxitos más escuchados, hasta la última versión de Rigoberta Bandini con una puesta en escena muy estilizada y sin grandes estridencias, muy GenZ en la gala de los Goya del pasado febrero.



Parece que el amor se apacigua.

Lo que resulta incontestable es la universalidad de su fama en cualquiera de sus formatos: la melodía amorosa acompaña el devenir humano. Melibea se sintió abrumada ante el ímpetu —para algunos especialistas en humanismo— egoísta y desalmado de su partenaire, pero sucumbió, o no... porque bien mirado, ella fue una feminista, una de las primeras mujeres literarias que tomó las riendas de su vida, o sea, que escuchó su pasión y decidió que le apetecía

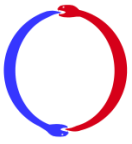
experimentarla y así, cuando él yace en el suelo, despanzurrado por la torpeza al salir despavorido por la ventana y no acertar con el pie en la escalera, a ella poco más le queda por vivir: el sentido de su vida, el sentido de sus sentidos (un amor muy sensual) muerto ante sus ojos espantados.

Difícil y extemporáneo pensar en el dolor que iba a causar a su padre (la madre en toda la obra, prácticamente inexistente), que le profesaba tanto “amor” y se iba a encontrar con un destroz irreparable: la muerte de una hija a la que, en realidad, no conocía.

Los efectos del amor en este caso son de una gran crudeza, por eso, la actitud didáctica y la moralina que anuncia el autor Fernando de Rojas, ¿o era Fernanda?



Porque su autoría, en la actualidad, está muy discutida: no corrían buenos tiempos para dejar estampada una firma que pudiera ser fácilmente



reconocida, había que preservar la identidad, que la Inquisición encendía piras por doquier.

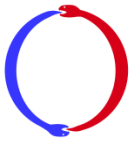
Quevedo fue más sutil y con la maestría que le caracterizaba se avino a su época, a regañadientes, cierto, pero nos dejó unos versos bellísimos que rezumaban paz y no tanto resignación, con parsimonia e inteligencia, aconsejaba cómo discurrir por el trayecto vital, finito, *polvo* que vuelve a la tierra, pero un humus lleno de amor. Muchos afirmarán que era un romántico empedernido, que en el fondo de sus entretelas creía en el amor y lo paladeaba a su manera. De la *lisonja* a la *prisión*, *ribera Estigia*, *ley* de vida, hay esperanza para un hombre que no sabe tratar a las mujeres pero que admira a la MUJER. Aquel soneto *más allá de la muerte* triunfa en nuestros días, *llama* incandescente que alienta a perdurar, aunque en el tráfago diario nos dejemos la piel: sin encontrar *reposo*, en un carrusel de ánimos intempestivos y convulsos: *co-barde*, *receloso*, *triste*, *valiente...*, una nueva pócima vital, un aviso a navegantes, no para evitar el amor, sino para vivirlo a conciencia, sabiendo la que se nos viene encima.

El autor musical Manuel Alejandro sabía de qué hablaba cuando compuso “El amor”. Seguro que no se le pasaron por alto los 14 versos de Lope de Vega ni los otros 14 de Quevedo y dio forma a voz herida a todo lo que hablaban los clásicos.

Los intérpretes actuales de “El amor” son el altavoz de aquellos artistas del Siglo de Oro, de esa Melibea muerta por amor; ficción y realidad en un juego de espejos en el que nos miramos con unas gafas a veces empañadas o mal graduadas impidiéndonos ver un amor “... que se para y te ve y se apiada...”.



**Averroes: un concepto integral
del derecho**



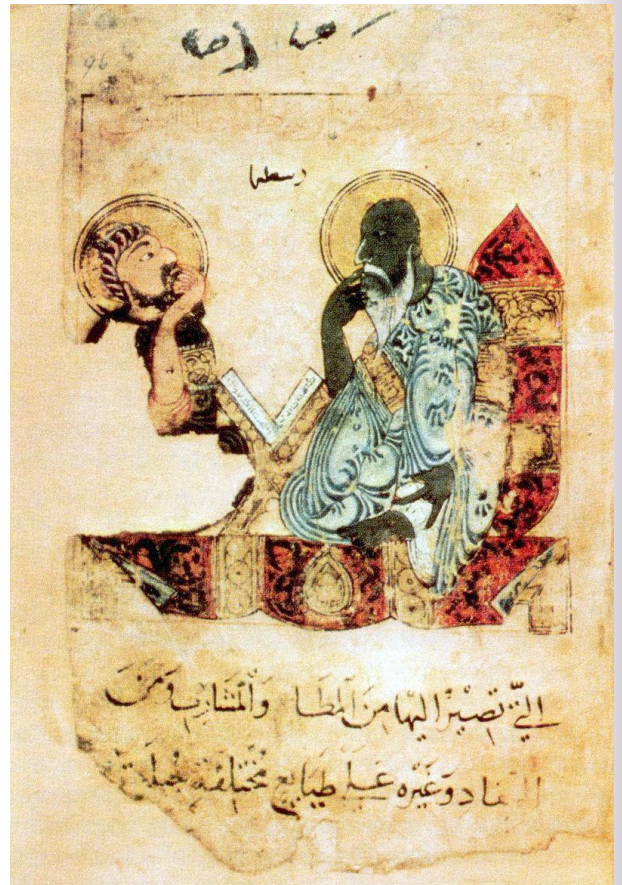
Diego García Paz

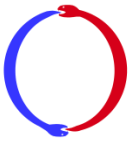
integrista islámico invadió Al-Ándalus; aunque al final de sus días volvió a ser reconocido por Marruecos como uno de sus mayores intelectuales.

Autor de una enciclopedia médica, es conocido por haber realizado un profundo estudio de la obra del gran Aristóteles, cuyos comentarios fueron hechos por su parte con el fin de instruir al califa sobre las ideas del filósofo estagirita, lo que Averroes aprovechó para introducir sus propias tesis a través del pie que le proporcionó esta tarea, por lo que fue mucho más allá del cometido de un mero *comentarista*, término que ha sido empleado para hacer referencia al filósofo, de forma un tanto limitada. Sus teorías filosóficas perduraron durante un tiempo considerable, siendo defendidas por autores del Renacimiento, al mismo tiempo que criticadas por la Iglesia, al considerar al averroísmo incompatible con los postulados católicos; algunas de sus obras sobre metafísica, de hecho, se han perdido a consecuencia de la censura.

Muhammad ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Rushd (1126 – 1198), cuyo nombre para la historia es Averroes, fue un sabio musulmán andalusí, nacido en Córdoba, que encarnó el prototipo del filósofo en el sentido completo de lo que este término implica: de un especial y genuino interés por la ley y su aplicación; se formó también en medicina, astronomía, matemáticas y filosofía, entendida esta como la base de todas las demás materias. Averroes personificó así el modelo de hombre musulmán de rica y profunda cultura, que pronto derivó en una teoría filosófica propia y original.

Llegó a ser juez supremo (cadí) de Córdoba, puesto desde el que aplicó la ley islámica al caso concreto y produjo, de su propia mano, el equivalente a la actual jurisprudencia; por su gran cultura se ganó el afecto y protección del califato, si bien también sintió (quizá por motivos políticos) la repudiación hacia su persona, llegando al destierro una vez que el movimiento



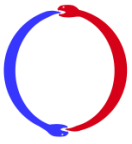


Tiene un especial interés, desde la visión del derecho, la tesis filosófica de Averroes sobre la unidad del intelecto, que, desde mi punto de vista, es perfectamente trasladable a la teoría del derecho.

Para Averroes, la capacidad del ser humano para comprender lo universal, esto es, la esencia de la realidad, el ser, no se encuentra en el exterior del propio hombre, sino que nace de su inherente capacidad para construir (y con ello también percibir) lo abstracto, esto es, al ser que fundamenta la realidad, de modo que la verdad de la existencia de ese ser no está fuera del hombre, sino en su interior.

A través de la percepción sensible, el hombre toma conocimiento de las formas exteriores del mundo, y es a través de un procedimiento interno, mediante la combinación de razón e imaginación, como llega a tomar noticia del ser. Resulta lógico que esta tesis (por otro lado, claramente avanzada para su época, y que revela que su autor era un intelectual que unía los principios científicos a los metafísicos) generara suspicacias entre los defensores de una metafísica de corte exclusivamente trascendental, en la que el conocimiento del ser solo podía venir revelado desde el exterior. Para Averroes, si el ser existe, más allá de la forma aparente o sensible, es porque la inteligencia humana puede llegar a percibirlo, de modo que la existencia del ser es verdadera en tanto el intelecto humano llega a racionalizarla, a asimilarla. La conjunción de la apariencia o forma externa, percibida por los sentidos, con el intelecto material del individuo que la recibe supone alcanzar el conocimiento de la verdadera realidad, siendo ambos elementos inseparables para entender el mundo y apreciar sus principios esenciales. Dicho de otra manera: ambas facetas del intelecto, externa e interna, son por sí solas insuficientes para adquirir el conocimiento de la realidad, y precisan de su unidad.

Si se trasladan estos principios al campo jurídico, encontramos de nuevo la unión inseparable de las normas jurídico-positivas y una serie de principios inmanentes y eternos que las fundamentan y legitiman. El derecho positivo se desarrolla por medio de nuevas normas jurídicas que nacen al calor de los fenómenos sociales, esto es, como respuesta a una realidad social dinámica y cambiante que se materializa externamente. Esos fenómenos sociales, que implican la aprobación de las normas o la reforma de las ya existentes, motivan en el legislador la tarea de amoldar a los principios más esenciales del derecho los denominados derechos fundamentales o derechos humanos, las innovaciones jurídico-positivas; y, al mismo tiempo, de esa tarea de elaboración legislativa, llegar a extraer nuevos principios generales legitimadores del derecho, de modo que, al final, la norma jurídica viene a ser el reflejo positivo de esos valores, esto es, la manifestación en los ordenamientos jurídicos del derecho natural y, al mismo tiempo, tanto la evidencia de la existencia del ser primigenio de las normas positivas (que no es otro que el derecho natural) como también de la razón de la verdadera legitimación y, por lo tanto, de la validez de estas normas. La norma jurídico-positiva nace y existe desde el momento en el que el derecho natural (que la precede y se incrementa en su acervo con nuevos principios emanados de los acontecimientos sociales y creados a través de la razón) es formalizado en la norma escrita, o en otros términos: traspuesto en ella. El fundamento esencial de la norma positiva, su ser, nace en el interior del legislador, en su razonamiento, una vez apreciada la necesidad de regular un nuevo fenómeno social, y la plenitud de la existencia del derecho. El verdadero derecho, su concepto integral, tiene lugar en el momento en el que se fusionan ambas dimensiones: el ser y la forma externa, esto es, traídos esos términos del campo filosófico al jurídico, el derecho natural y el derecho positivo, siendo así dos ámbitos inseparables y necesarios para integrar el único, verdadero y legítimo derecho.



Averroes fue tan preclaro en la argumentación del recorrido entre las formas externas y la comprensión del ser que, para mí, se erigió en un precursor del empirismo (fruto de su faceta científica: el entendimiento de la verdadera realidad a través de los sentidos, lo que permite alcanzar al ser) como incluso, desde la perspectiva del derecho, del iusnaturalismo racionalista, muchos siglos antes de que el hombre fuera considerado el centro de todos los saberes y más tarde la razón el único medio para conocer la verdad.

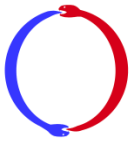
Para cada hombre la ley ha previsto un camino hacia la verdad de acuerdo a su naturaleza, a través de métodos demostrativos, dialécticos o retóricos.

La ignorancia lleva al miedo, el miedo lleva al odio y el odio lleva a la violencia. Esa es la ecuación.



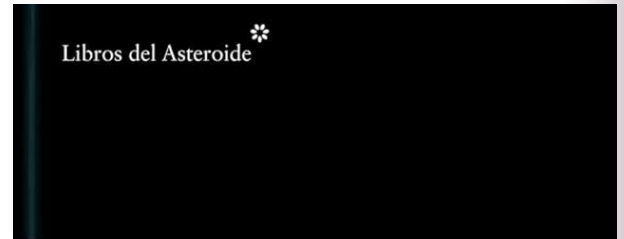


Nada es verdad, Veronica Raimo

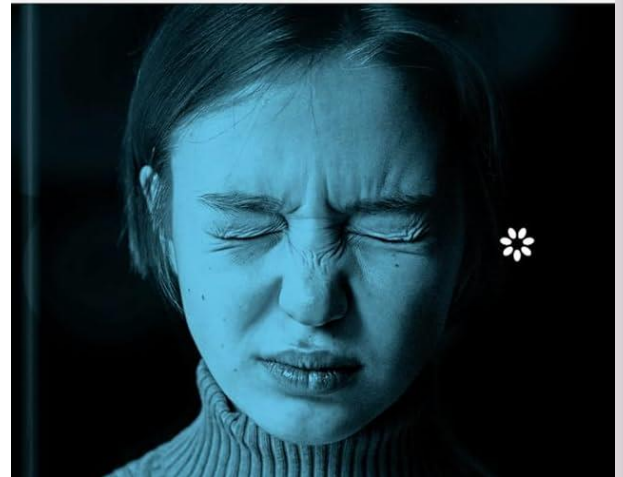


Pravia Arango

hablar de su escritura. Gélida, ambigua y frustrante son los tres calificativos con que la señora Raimo se refiere a su escritura. Apuesto por los tres.

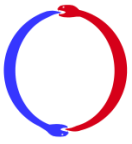


Veronica Raimo
Nada es verdad
Traducción de Carlos Gumpert



En la solapa de *Nada es verdad*, un periodista de *Il Corriere della Sera* califica a Veronica Raimo como la nieta díscola de Natalia Ginzburg en *Léxico familiar*: publicidad engañosa, mentira cochina. Se parecen como un huevo a una castaña. Sí, las dos son novelistas italianas que hablan de su familia en sus libros, pero hasta ahí el parecido. *Léxico familiar* es cálida y original, y *Nada es verdad* es gélida; la propia autora usa este adjetivo para

Durante toda la lectura de *Nada es verdad* he estado dispersa, espesa, indiferente y deseosa de acabar. En efecto, las extravagancias de una familia que debía disfrutarlas en clave de humor absurdo, no me provocaron ninguna emoción. Y sé que la novela ha vendido, ha gustado, ha hecho ruido y tal y tal, pero... me he quedado “dura como el mármol”. Como una imagen vale más que mil palabras, el gesto de la chica de la tapa es la prueba gráfica visual más eficaz de lo que *Nada es verdad* movió en mí. Les dejo con algo más amable. A mi paisano Rodrigo Cuevas le salen imitadores; por ejemplo, Quentin Gas con “El mundo se quema”.

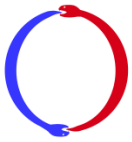


Quentin trata de avanzar en el campo de la música tradicional. Para ello explora, busca, mezcla, rompe. Es cierto que aún le quedan muchos cereales que desayunar para estar a la altura del asturiano. Y si no me creen, escuchen.





**Con la poetisa
Sonia Jiménez Tirado**




Encarnación Sánchez Arenas

creer que su amor hace de trampolín para cruzar a la otra orilla, poemas de autoayuda, letanías que vienen por momentos armadas hasta los dientes apuntando a la diana, aunque luego se aleje con su arco y su flecha... De princesa domesticada a heroína indomable... La autora de este libro es la protagonista de “Brave”, la exitosa película de animación donde la impulsiva y experta arquera, Mérida, traza su propio destino rompiendo con antiguas costumbres y desencadenando el caos y la furia en el reino de Fergus, su padre. *Vértices* está lleno de juegos de palabras que suben y bajan, se abren y cierran, respiran y a veces asfixian hasta encontrar de nuevo el amor que todo lo calma y engrandece, según indica Luz Almagro en *Vértices* (2015):

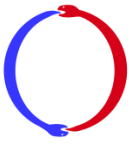
La luna sigue revolviendo mis mareas
mientras tú la miras,
a lo lejos,
sin tiempo,
sobre una barca sin remos
hacia la deriva,
donde no existo
más que en una batalla de letras
que cada amanecer ocultas.
Eres infinita
y fuego a la vez.
Existes más allá de mis límites
esos, que presupongo y rompo,
que construyo
y destruyo cada vez que levantas la vista
Eres el alfiler que sostiene mi mundo
en la mitad de una galaxia insondable
repleta de agujeros negros
que esperan ansiosos mi huida...

de “El verdadero centro del universo”

En *Memorias de una contorsionista*, Sonia Jiménez Tirado viene del aire. Su poesía hace equilibrio sobre una línea finísima que muchos llaman tiempo. Por eso, este libro es todas las

onia Jiménez Tirado nació en agosto de 1979 en Jaén y es técnica en relaciones públicas y psicóloga. En 2011, publica su primera novela *No llegaré tarde* y a finales del mismo año publica su libro de poemas *Mis pedazos más*. En 2015, publica su segundo libro de poemas con el título de *Vértices*. En 2022, publica junto a la editorial Marli Brosgen su tercer libro de poemas, *Memorias de una contorsionista*.

Su libro *Vértices* está lleno de colores que aparecen cuando la autora los necesita. Otras veces, este libro es un “circo sin carpa” pero valiente, el miedo no está en ninguno de sus vértices, solo en el filo dorado de cada hoja de sus páginas... Sonia juega con las palabras, con los conceptos, es especialmente intuitiva y quiero



ráfagas que algún día le revolvieron el pelo, los remolinos que la elevaron al cielo y, también, los vendavales que se colaron por su ventana susurrándole al oído: calma... En estas memorias, la contorsionista te enseñará la belleza imposible desde la cuerda floja. Cruzarás de su mano al otro lado sintiendo el vértigo atravesándote de norte a sur y, finalmente, tomarás de nuevo tierra con la certeza de que vivir solo es posible si se vive volando, según se apunta en *Memorias de una contorsionista* (2022):

Se me quedaron cortos los momentos
y largas las ganas
supongo que te fuiste justo a tiempo.
Me quedé a medio camino
entre quedarme para siempre
o irme solo un rato,
con la torpeza de querer irme,
quedándome.

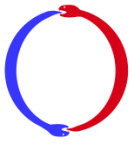
de “Sinónimos de quietud”



Primera versión del texto publicado el
22/2/2025 en el *Diario Jaén*



A propósito de la *literatura*



Pravia Arango

ahora es el momento de hablar con Mario, “La selva dentro” de *litternatura*.

Pienso que la *litternatura* surge como una voz narradora nueva. Me explico. El campo, ese del tópico “locus amoenus” queda como una mirada literaria falsa, un postureo. Desde los clásicos, estos cogían la pluma para hablar del campo sin idea de los aperos (daba igual la azada que la guadaña). Ni idea de manos callosas, de robar horas al sueño para andar reventado con la siega, de acostarte con una piedra caliente en los pies para templar un poco. Ni idea de aporcar, desherbar, sachar. Sin embargo, en la *litternatura* la voz literaria y campesina es de gente que vive en el campo porque vive de él y lo conoce.

Frente a la *litternatura*, el campo clásico de ninfas rubias que peinan sus cabellos de oro en corrientes aguas, puras, cristalinas, y los pastores que acompañan sus lamentos amorosos con el caramillo devienen en decorados de cartón piedra: la naturaleza de verdad ha desmontado la bella mentira clásica que en su momento cumplió con creces: oro devaluado en oropel.



ario es el librero de “La selva dentro” (Mérida). Hace unos años, en julio me acerqué al Festival de Teatro Clásico y

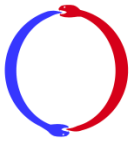
entré en la librería sin propósito, a lo tonto — como ocurren las mejores cosas—, Mario y yo charlamos, le propuse una entrevista para *Oceanum* y me sugirió hablar de *litternatura* mediante la obra de Gabi Martínez, léete *Un cambio de verdad* y hablamos, me dijo.

De vuelta a Oviedo empecé con el libro, pero no fui capaz de acabarlo y pasé hoja en la libreta donde anoto estas cosas junto a otras como *Luis (manitas, bueno y barato)* y el móvil o *Rizos (peluquería donde a Yolanda le ponen un tinte caldera divino)* y el móvil. Años más tarde leo *Los llanos*, Federico Falco, “et voilà”, ahora sí,

Bueno, Mario, ¿qué es la *litternatura*? Conociéndome, seguro que he metido la pata hasta el corvejón.

La *litternatura* es nuevo camino de la literatura bucólica. Nada tiene que ver con lo onírico; es nostalgia, experiencia, la labor de un desenterrador de habilidades, por ejemplo. Nos acerca a la naturaleza, por supuesto, pero no desde la urbe. Nos obliga a meter las botas en el barro para crear una nueva necesidad: conectar con lo que hemos sido y olvidado en apenas cincuenta años.

Los llanos, Federico Falco, me agujijoneó para hablar de *litternatura*. Habla del campo argentino, allí las estaciones van al revés y las plantas



son distintas. Para Falco “la huerta es una manera de llenar el vacío, una forma de atarse a algo con raíz para no perderse en el viento que sopla sobre la pampa”. Y teje un libro profundo, poético, chulo, muy chulo. No acabo de recuperar el dato en mi cabeza, pero Gabi Martínez mira el campo de otro modo, ¿me puedes aclarar esto, Mario? Lo planteo de otra manera. Falco es un escritor “del coro de los grillos que cantan a la luna”. Su mirada es personal, hacia dentro, no reivindica, no plantea problemas sociales, el colectivo no le importa. Su libro es puro y libre del fango terrenal. La tierra para quien la trabaja, en Falco, pertenece a otro planeta. Recuérdame lo de Gabi Martínez y *Un cambio de verdad*.



Gabi es necesario. Su literatura no romantiza el campo, lo rural, lo hace visible. No olvidemos

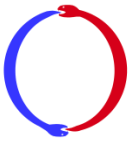
que España es periférica, lo importante no ocurre en el interior, ocurre en el mar, en los llanos de cereales, en los deltas. Lo otro son meras noticias. Y Gabi baja al barro, huye del ego y deja que lo devoren las pulgas. Los lectores estamos hartos de ver gente en el espejo del arte o de la naturaleza para hablar de sí mismo. Nadie es tan importante para mostrarnos algo que no conocemos en nosotros mismos, salvo la forma literaria en la que lo cuenta. Gabi y la *litteratura* hablan de los demás. Me acuerdo una frase de uno de sus libros, decía algo así como “Aquí ha pasado alguien”, recordando el paso de un animal. Alguien, un rastro, un sonido. El todo que nos explica por qué somos como somos en una España que ha sido rural hasta hace dos minutos.

Petición: mapa de imprescindibles para empezar en esto de la *litteratura*.

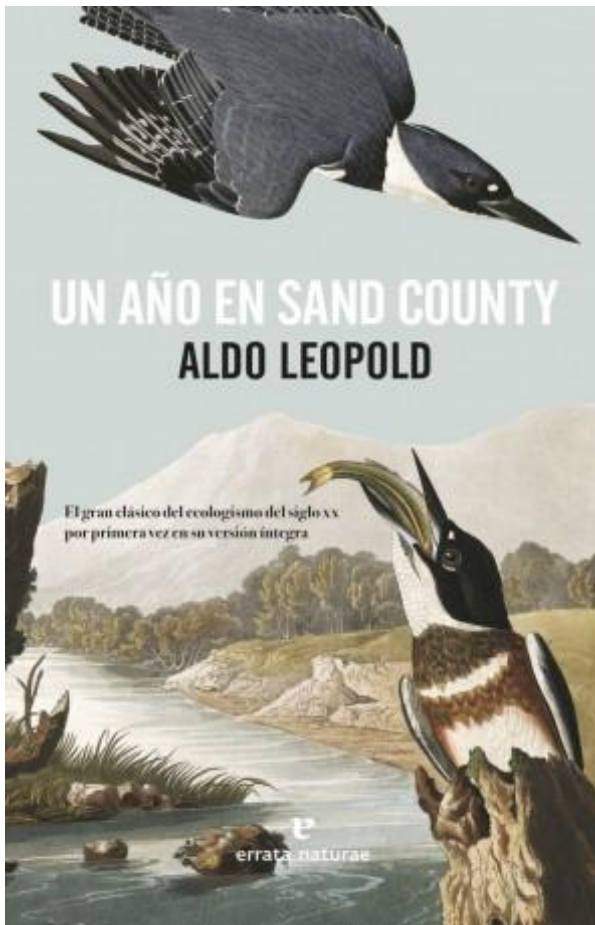
Todo el mundo dirá Walden, como inicio, como biblia. Pero debemos irnos a la escritura norteamericana de los años 70 y 80. Por dar en la tecla: *Un año en Sand County* y, por añadido, las películas *Captain Fantastic* y *Hacia rutas salvajes*. Debemos irnos a los herederos de Thoreau, a la bestialidad del campo americano antes de embarcarnos en lo cercano, ya que aún no estamos tan separados de la Castilla vieja que algún día será pura literatura. Volver a Félix, a quien recupera su hija Odile Rodríguez de la Fuente. Recurrir a Pete Fromm, que nos muestra las etapas vitales a través de su crecimiento junto a la naturaleza. Huir de lo cotidiano. A pesar de que la naturaleza es rutina, estacional y concisa, en cualquier momento ocurre algo inesperado.

Seguro que hay mil cosas que conviene añadir para los que nos acercamos por primera vez a esto de la *litteratura*, desvélanos alguna.

Ir al campo, en soledad o en silencio. Y pasear. Lo trascendente ocurre ahí. Hecho esto sin atisbo de volver durante horas a algún sitio, es



primordial. Nada de rutas senderistas con funcionarios o jubilados. No. Ve, sé un “flâneur” campestre y luego busca tu libro. *Errata Naturae* es la editorial que necesitas para esto. A partir de ahí, abre tu mente a cambiar de vida a través de ese libro. En la *literatura*, la ciudad no está peleada con lo agreste. Cuando uno ve una ciudad debe pensar: *todo esto era y será campo*. Cambia brevemente, luego lee. Eso y que, por supuesto, la literatura es periférica. No nace en Madrid. De hecho, debe engullir los egocentrismos.



“La selva dentro”, tu librería, llama la atención al visitante, ¿qué ambiente has buscado crear? Tu tienda no solo es un despacho o almacén de libros. Ahí hay algo, ¿en qué consiste ese algo?

Quería que fuera como era mi pequeña habitación de lectura. Un gabinete de curiosidades. La mitad venta de libros, la otra mitad museo de viajes y experiencias. Algo tan sencillo como podría ser una librería, pero se ha convertido en

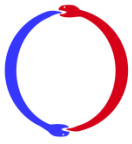
mi casa. Bienvenidos, pues, a mi casa. Su única leña es que compres un libro.

Se ha olvidado la aventura, los grandes viajes, los cuadernos de acuarelas, la vida. La ilusión. Todo eso lo hay en mi librería sin pretender ser nada más que un hogar. Podría abrir otra, pero no sería el mismo decorado. Los objetos nos encuentran. Los libros son para todas las librerías los mismos. Ser genuino y por ello a veces mal librero..., eso es lo esencial.

Muchas gracias por todo, Mario.

A mis nietos





Alejandro Tejero Escribano

» El jubilado vagaba
Por calles y por jardines
Con la mirada extraviada,
Pensado en los querubines.

» El jubilado deambula
Con su mente ya perdida,
Amores no confabula
Con el alma confundida.

» Ha perdido la esperanza,
De la vida, la alegría,
Ya no goza de confianza
Por falta de su energía.

» Qué absurda es la realidad
Al perder toda confianza,
Y vivir la oscuridad
Que anula toda esperanza.

» Qué difícil es la vida
Cuando todo se ha perdido.
Y al fin del camino queda:
La muerte con lo vivido.

» En el jardín de mi vida
Tres capullos han surgido
Con la esperanza atrevida
De que lleguen a floridos.

» Al surgir esas tres rosas
La mirada cobra brillo,
El corazón ya rebosa,
La vida adquiere sentido.

» En mis sueños aparecen
Tan florecidas y hermosas,
Ayudarlas se merecen
Para brillar armoniosas.

» Alejandro es el primero,
Irene, segunda llega,
Y Daniel es el postrero,
Cerrando el trío de colegas.

» El mayor es ágil-fuerte
La segunda, niña, dulce
Y el pequeñín es un duende
Que todo me lo revuelve.

» De mis nietos el primero
Su sonrisa en foto tengo,
Que me sirve de lucero
Por ser mi primer recuerdo.

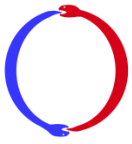
» Irene, segunda viene,
La pareja se completa,
Por tener lo que conviene
Macho y hembra que se intenta.

» Daniel el tercero nace,
Por ser el inesperado,
Cariño mayor merece
Que todos le hemos honrado.

» Son los tres muy avisados,
A todos quiero por igual,
No sé cuál es más amado,
Para no romper el ritual.

» Cada uno tiene su encanto
Y su gracia para admirar.
Así tengo que ser cauto
Para a ninguno olvidar.

» Son la postrera esperanza
De despertar mis afectos,
Las huellas de la confianza
De ser abuelo perfecto.



» No existe amor verdadero
Sin tener el primer nieto.
Los amores de heredero,
Madre y esposa son viento.

» En casa de los abuelos
Los nietos son los que mandan,
La disciplina es pañuelo
Que vuela por la ventana.

» El abuelo con caricias
Arregla todas las cosas.
Los nietos con sus sonrisas
No aceptan palabras latosas.

» No seré abuelo perfecto,
Pero a su lado estaré
Con mis consejos correctos,
Con mucha experiencia y saber.

» Son necesarios consejos
Para aprender a ser fuertes,
En los caminos tediosos
De los humanos sufrientes.

» Mientras mi cuerpo mantenga
La energía que da vida,
Lucharé para que tengan
Apoyo, amor y acogida.

» Sus besos son alimento
Del amor que los profeso,
Si faltaran de su afecto
La vida sería un deceso.

» Mi conciencia se refleja
En sus ojos y en su voz,
Donde el tierno amor me deja
Sus besos de portavoz.

» Ellos me dan fuerza y vigor,
Siempre me recordarán
Que por sus venas el valor
De mi sangre correrá.

» Reflejándome en sus ojos
me despiertan la conciencia
De borrar recuerdos negros
Que acumula la experiencia.

» Esclavizado a sus vidas
Con yugo de fuerte amor,
Que me llevan a la amnesia
De angustias y todo dolor.

» No se da mejor acuerdo:
Que manita de mi nieto,
Aferrándose a mi dedo,
Apoyo busque en su aprieto.

» Siempre me hará ilusión
Cuando el miedo les aflija,
Busquen siempre solución
para que yo les cobija.

» Gozar sin límites quiero
El placer de su compañía
Y darles mi amor sincero
Hasta mi cierta agonía.

» Ellos son siempre el lucero
Que me indican el camino
Para seguir el velero
Al puerto de mi destino.

» Son la estela que ilumina
El final de mi camino,
Son tres luceros que animan
Cumplir mi postrer destino.

» Cuando me llame la parca
No quiero dejar tristeza,
En su recuerdo aparezca
La alegría en sus cabezas.

» Si de este mundo me fuera,
Al oír sus tristes suspiros
Y la alegría no huyera,
La tumba sería un respiro.

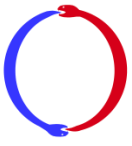
» Nunca me lloréis, rapaces,
Ni enturbies ya mi esperanza
De ser mis huesos capaces
De descansar con templanza.

» El nieto forma el principio,
El abuelo es ya el final,
Los dos juntos el compendio,
Forman el ciclo vital.



Aicha Moukid

عائشة موقيط



عناقيد كلمات



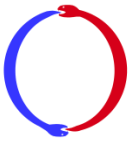
Encarnación Sánchez Arenas

عائشة موقيط، كاتبة من المغرب، وعضوة في اتحاد كتاب المغرب وعضوة مجموعة البحث في القصة بالمغرب.

صدر لها كتاب أول بعنوان: "اليوم"، سنة 1996، ومجموعتان قصصيتان، الأولى بعنوان: "الرمال العازفة"، سنة 2011، والثانية بعنوان: "برد ديسمبر" سنة 2013.

Aicha Moukid es una escritora marroquí y miembro de la Unión de Escritores de Marruecos y del Grupo de Investigación del Cuento en Marruecos.

Su primer libro se publicó en 1996 con el título *Los búhos*. Posteriormente, publicó dos libros de cuentos, el primero titulado *La arena que toca música*, en el año 2011, y el segundo, titulado *El frío de diciembre*, en 2013.



المقاتل..!

لَا حَظَّ الْفَتَى الصَّغِيرُ، عِنْدَمَا وَصَلَ دَوْرُهُ بِقِسْمِ شَوَاهِدِ الْمِيلَادِ أَنَّ الْمَوْظَفَةَ الَّتِي هُنَاكَ قَدْ صَارَتْ أَكْثَرَ تَجَهُمًا.

لِذَا تَقَدَّمَ بِخَطْوَةٍ رَجْفَى. وَمِنْ دُونَ أَنْ تَرْفَعَ عَيْنَيْهَا، خَاطَبَتْهُ بِمَا يُشْبِهُ الصِّيَاحَ:

- مَا اسْمُ أُمِّكَ؟

- لَا أَدْرِي..!

عِنْدَهَا أَزَاحَتِ النَّظَّارَةِ عَنْ عَيْنَيْهَا وَبَدَأَتْ تَتَأَمَّلُهُ فِي إِندِهَاشٍ:

- كَيْفَ؟ أَيْنَ عِشْتِ كُلُّ هَذَا السِّنِّينِ؟

- بَدَارِ الْأَيَّامِ.

- فَمَا سِنُّكَ؟

- سِتَّةَ عَشْرٍ..

- عَامًا؟

- أَجَلُ!

- وَلِمَاذَا تَرَعْبُ بِهَذِهِ الْوَتَائِقِ؟

- سَوْفَ يُلْحِقُونَنِي بِالْجَيْشِ.

- مَنْ؟

- لَا أَعْرِفُ.

إِدَارَةُ الْمَيْتِمِ أَخْبَرَتْني أَنَّهُمْ...

ثُمَّ تَوَقَّفَ الْكَلَامُ فِي حَلْقِهِ، وَكَانَ قَدْ أَخْفَى بَعْضَ وَجْهِهِ بِيَدِهِ، فَتَوَثَّرَتِ الْمَوْظَفَةُ وَقَالَتْ بِاسْتِخْ

فَافٍ حَزِينٍ:

- أَعَلَّكَ ثَرِيدُ الْآنِ أَنْ تَبْتَسِمَ؟

- أَجَلُ!

- أَمِنْ السَّعَادَةِ؟

- أَجَلُ!

فَأَطْرَقَتْ بِرَأْسِهَا فِي اسْتِسْلَامٍ:

- سَتُدَافِعُ عَنِّ وَطَنِكَ.

بِالطَّبَعِ عَلَيْكَ أَنْ تَكُونَنَّ سَعِيدًا..!

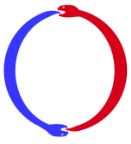
فَإِنْدَهَشَ الْفَتَى وَخَاطَبَهَا بِلُكْنَةٍ مُنْكَرَةٍ:

- كَيْفَ؟

- قُلْتُ سَتُدَافِعُ عَنِّ وَطَنِكَ، وَلِذَلِكَ...

ثُمَّ أَحْنَتْ رَأْسَهَا تَمَلُّاً لَهُ الْوَتَائِقِ، لَكِنَّهُ هُوَ غَمَّعَمٌ، بَعِيدًا عَنِّ سَمْعِهَا، بِصَوْتِ شَارِدٍ:

- وَأَيْضًا لِأَنَّي لَنْ أَعُودَ إِلَى ذَلِكَ الْمَيْتِمِ مَرَّةً أُخْرَى... لَنْ أَعُودَ إِلَيْهِ.



¡El combatiente!

Cuando le llegó el turno de sacar las partidas de nacimiento, el pequeño muchacho se dio de que la funcionaria que estaba allí tenía el ceño aún más fruncido. Por eso se acercó con paso vacilante y sin alzar la vista, se dirigió a él, casi gritando:

—¿Cómo se llama tu madre?

—¡No lo sé...!

Entonces, ella se quitó las gafas y se quedó mirándolo asombrada:

—¿Cómo? ¿Dónde has vivido todos estos años?

—En el orfanato.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis...

—¿Años?

—¡Sí!

—¿Y para qué necesitas estos documentos?

—Me van a enrolar en el ejército.

—¿Quiénes?

—No sé. La dirección del orfanato me dijo que...

Y luego se quedó sin palabras y se tapó la cara con la mano. La funcionaria se crispó y dijo con una triste frialdad:

—A lo mejor ahora quieres sonreír.

—¡Claro!

—¿De felicidad?

—¡Sí!

Ella bajó la cabeza con resignación:

—Vas a defender tu patria. ¡Por supuesto que vas a ser feliz!

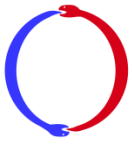
El chico se quedó asombrado y le dijo con desaprobación:

—¿Cómo?

—He dicho que vas a defender tu patria y por eso...

Agachó la cabeza para rellenarle los documentos mientras él murmuraba con un tono distraído sin que pudiera oírle:

—Y también porque no voy a volver otra vez a ese orfanato. No voy a volver.



Víctor Hugo Pérez Gallo

Crítica del relato “¡El combatiente!”, de Aicha Moukid



uando leemos el relato “¡El combatiente!” de Aicha Moukid nos percatamos de un dato antropológico-literario interesante:

este es un relato corto que aborda el tema de la soledad y la falta de identidad a través de un personaje emblemático: un joven huérfano que ha pasado toda su vida en un orfanato.

El relato utiliza la técnica del diálogo para dar a conocer la situación del protagonista de forma paulatina y crear tensión e intriga en el lector. A través del breve intercambio entre el joven y la funcionaria se van desgranando detalles, como que no conoce a su madre, ha vivido siempre institucionalizado y ahora es reclutado para el ejército sin tener otra opción.

La autora construye con maestría los personajes a través de pequeños detalles, como el ceño fruncido de la funcionaria que anticipa su mal humor o las respuestas monosilábicas del joven que denotan su timidez y desorientación.

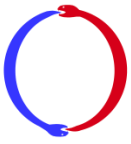
El orfanato ha representado la soledad para el protagonista. Al haber crecido desde pequeño sin el calor de una familia, el orfanato se ha convertido en su único hogar, a pesar de no poder suplir ese vacío afectivo. Durante años, él ha estado institucionalizado y aislado del mundo, careciendo de raíces que lo anclen a una historia

personal. El orfanato, por tanto, simboliza esa orfandad emocional que lo ha acompañado a lo largo de su vida.

Otro símbolo importante que este lugar encapsula es la ausencia de identidad. Al no conocer a su madre ni su origen, el muchacho no ha podido construir un sentido de pertenencia. El orfanato no le ha proveído de una tradición familiar o un apellido con el cual presentarse al mundo. Este vacío existencial lo ha dejado a la deriva sin saber quién es realmente. Su pasado se resume en estas frías paredes que lo han albergado por años.

Además, el orfanato simboliza la privación de libertad y la indefensión. El haber crecido siempre bajo el rigor de este sistema institucional anticipa que jamás ha tomado decisiones por sí mismo ni ha elegido su destino. Sus opciones de vida han estado supeditadas a terceros desde que tiene memoria. Como huérfano carece de protección familiar, situación que lo vuelve vulnerable ante las imposiciones externas.

Hay varias obras literarias que han abordado el tema del orfanato de una forma similar a como lo hace este relato. Una de ellas es la novela *Oliver Twist*, de Charles Dickens, publicada en 1838. En ella se narra la historia de Oliver, un huérfano que desde pequeño crece en la dura



realidad de los orfanatos victorianos en Inglaterra. A través del personaje, Dickens plasma la soledad, vulnerabilidad y privaciones por las que pasaban los niños institucionalizados en esa época. Otra obra importante es *Los Miserables*, de Víctor Hugo, donde el protagonista Jean Valjean pasa gran parte de su infancia y juventud en un orfanato tras quedar huérfano de pequeño. Hugo explora los efectos negativos de la falta de amor, contención y oportunidades en personas en esa situación. Más adelante en el tiempo, los relatos autobiográficos como *Memorias de una chica rusa*, de Natasha Soloveva, basado en la propia experiencia de la autora en un orfanato soviético tras la Segunda Guerra Mundial, abordan los problemas de soledad, carencia afectiva y maltrato institucional desde un punto de vista íntimo y personal. Todas estas obras comparten con el relato en cuestión la temática de poner el foco narrativo en las dificultades emocionales y materiales que enfrentan los huérfanos y niños institucionalizados.

El orfanato simboliza diferentes aspectos en la vida del protagonista de esta historia. Representa la soledad y carencia afectiva, dado que desde pequeño creció sin el calor de una familia. Asimismo, es metáfora de la ausencia de identidad y raíces, ya que al no conocer sus orígenes se siente como un extraño sin pertenencia. Del mismo modo, este lugar encarna la fría y rígida disciplina de lo institucional, con una falta total de libertad para el chico. El haber sido criado siempre en estas paredes simboliza no haber podido tomar sus propias decisiones ni controlar su destino. En resumen, a través del orfanato, el relato plasma con fuerza la soledad emocional, la vulnerabilidad y la indefensión de un joven que ha pasado toda su vida bajo tutela de un sistema que no le ha permitido decidir sobre sí mismo.

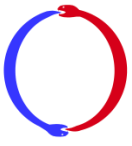
El relato utiliza de manera efectiva varios recursos literarios para generar una conexión

emotiva con el protagonista y su historia. A través de un diálogo minimalista pero cargado de significado, se deja entrever la soledad y desorientación del joven de una forma paulatina y sutil. Los pequeños detalles como su titubeo al hablar, el no conocer detalles sobre su madre o su expresión al saber que será enviado a la guerra, conectan al lector con su vulnerabilidad. La autora plasma de manera sencilla pero profunda la triste realidad de este huérfano sin raíces afectivas. Con apenas una breve conversación y algunas pinceladas sobre su pasado, alcanza a transmitir temas universales como el anhelo de pertenencia y la búsqueda de una identidad. A pesar de ser corto, el relato logra conmover porque pone el foco en lo esencial de la condición humana. Con economía de palabras, pero maestría literaria, genera una poderosa empatía en quien lee. Aun cuando la trama es simple, el simbolismo que emana es densamente significativo. Se trata sin duda de una obra menor en extensión, pero mayor en su capacidad de retratar complejas realidades del ser humano.



مبارك وساط

Embarek Ouassat



Encarnación Sánchez Arenas

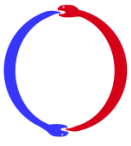
NOTA: La biografía y el relato del escritor Mubarak Ouassat fue publicado en el número de enero de la revista *Oceanum*. Debido a algunas erratas en la versión árabe de aquella publicación se vuelve a publicar su biografía y relato, según las indicaciones del propio autor.

La crítica literaria, a cargo de Víctor Hugo Pérez Gallo, se mantiene, por lo que no se reproduce nuevamente. Si desea acceder a ella puede seguir este enlace.

مبارك وساط شاعر وروائي ومترجم مغربي، حاصل على جائزة سركون بولص للشعر وترجمة الشعر في عام 2018 صدرت له عدة مجموعات شعرية، منها:
على درج المياه العميقة. 1990
محفوفاً بأرخبيلات، يليه: راية الهواء (2001)
فراشة من هيدروجين (2008)
رجلٌ يبتسم للعصافير (2011)
عيون طالما سافرت. (2017)

Embarek Ouassat es un poeta, novelista y traductor marroquí, ganador del Premio Sargon Boulus de poesía y traducción poética en 2018. Ha publicado varios poemarios, entre ellos:

- *En las escaleras de aguas profundas* (1990).
- *Rodeado de archipiélagos*, seguido de *La bandera del aire* (2001).
- *Mariposa de hidrógeno* (2008).
- *El hombre que sonrío a los pájaros* (2011).
- *Ojos que siempre viajaron* (2017).



خَلْفَ نَافِذَتِي...

خَلْفَ نَافِذَتِي الْمُرَصَّعَةِ بِالْبُرُوقِ
تُقْصِفُ أُجْنِحَةَ الْفَجْرِ
نُجُيْمَاتٍ وَوَيْدَةَ

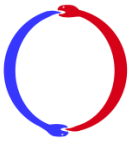
فِي الْحُقُولِ الْمُنْهَكَةِ
حَيْثُ تَنْتَاجِي بُقْعَ دَمٍ وَأَزْهَارٍ
يُرْسُمُ بَحَارًا مَسْلُوحًا
أَسْرَعَةً وَمَجَازِيفَ
عَلَى صَفْحَةِ جِلْدِهِ الْمَتَهَيْلِ
وَيُحَدِّقُ عَرَّافٌ بِعَيْنَيْهِ الرُّجَاجِيَّتَيْنِ
فِي غُضُونِ إِلَهٍ مُحَنَّطٍ
بَيْنَمَا يَنْدَلِي جُنْدِيٌّ
بِاسِمًا
مِنَ الْمَشْتَقَةِ

أَوْلَيْكَ أَسْلَافِي
وَمَا عَادُوا يَتَعَرَّفُونَ عَلَيَّ
لَقَدْ قَصَّرْتُ قَامَتِي حَقًّا
بِسَبَبِ الصَّبَاحَاتِ الشَّاجِبَةِ
الَّتِي تَضْغَطُ عَلَيَّ كَاهِلِي
عِنْدَ الْيَقْظَةِ

أَسْنَتْ مُتَوَجِّسًا مِنْ هَذَا
فَمَا دَامَ قَلْبُ الْمِرْأَةِ يَنْبُضُ
نَمَّةً أَمَلٌ كَبِيرٌ
فِي إنبَعَاتِ الشِّفَاهِ مِنْ رَمَادِهَا

إِذَاكَ سَتِيغُ الْقُبْلُ
وَتَسْتَمْتَعُ عِظَامُ الْمَوْتَى
بِغِنَاءِ النَّمْلِ...

أَتَنَصَّتْ لِأَشْجَانِ مَوْجَةٍ يَتِيمَةٍ
بَعْدَ قَلِيلٍ أَخْرَجُ لِلنَّجْوَالِ
سَبِكُونَ لِرَكْبَتِي شَكْلُ شُعْلَةٍ
أَنَا لَا يُرْ عُنْبِي لِعَابِ الْفَوَانِيسِ
وَلَا سَعَالِ الذَّنَابِ
خَلْفَ الْوَاجِهَاتِ الْأَيْبِقَةِ

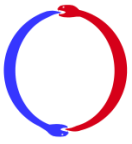


لَكِنْ أَخْبِرُونِي
لِمَاذَا يَتَدَنَّزُ الْمَرَضَى
بِمَعْرِزُوفَةِ الرِّيحِ
وَأَيْنَ هِيَ سُرَّةُ الصَّحْرَاءِ

الْحُنْجَرَةَ تَنْتَظِرُ
لِحِظَّةِ نُضُوجِ الصَّرْحَةِ
الْجَرَادَةَ تَتَأَوُّهُ
عَلَى قِمَّةِ الْمَدْحَنَةِ
هُنَالِكَ مُفَاجَأَتٌ كَثِيرَةٌ
فِي جُنُبَاتِ الْمَدِينَةِ:
لَقَدْ شَرَعَ فِي صَلْبِ النَّادِلِ
أَمَامَ الْمَفْهَى
لَقَدْ تَسَاقَطَ رِيشُ سُنُونُؤِ
عَلَى كَتِفِي الْحَالِمَتَيْنِ

أَنَا رَأَيْتُ مُمَرِّضِينَ عُرَاةٍ
يُجْلِدُونَ دَاخِلَ كَهْفٍ
وَمَسَاءً يُوضَعُونَ فِي تَابُوتٍ مِنْ غُبَارٍ
وَرَوْجِينَ سَعِيدِينَ حَقًّا
لَهُمَا ذَرِيَّةٌ مِنْ فِلبينِ

وَهَا أَنْتِ يَا ذِكْرِي آتِي
تَتَرَحَّلِينَ
عَلَى تُلُوجِ
مِنْ حَرِيرِ



Detrás de mi ventana

Detrás de mi ventana adornada con relámpagos,
las alas del alba se rompen
con nuevas estrellas recién nacidas

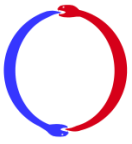
En los campos agotados,
donde manchas de sangre y flores susurran entre ellas
un marinero desollado dibuja
velas y remos
en la superficie de su flácida piel.
Y un adivino con ojos de vidrio contempla
las arrugas de un dios momificado,
mientras el cuerpo de un soldado cuelga
sonriente
de la horca.

Ellos son mis antepasados,
y ya no me reconocen.
Realmente, me he encogido
por causa de las pálidas mañanas
que presionan sobre mis hombros
al despertar.

No estoy preocupado por esto.
Mientras el corazón del espejo siga latiendo,
hay una gran esperanza
de que los labios resuciten de sus cenizas.

Entonces florecerán los besos
y los huesos de los muertos
disfrutarán del canto de las hormigas.

Escucho las penas de una ola huérfana.
Dentro de poco saldré a pasear,
mis rodillas tomarán la forma de una llama.
No me asustan las babas de los faroles,
ni la tos de los lobos
detrás de las fachadas elegantes.



Pero díganme, ¿por qué los enfermos se arropan
con la melodía del viento?
¿Y dónde está
el ombligo del desierto?

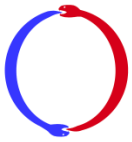
La garganta espera
el momento de la madurez del grito,
la langosta gime
en la cima de la chimenea.

Hay muchas sorpresas
en los rincones de la ciudad:
Se ha empezado a crucificar al camarero
frente al café.
Las plumas de una golondrina cayeron sobre mis hombros soñadores.

Vi a enfermeros desnudos
ser azotados dentro de una cueva,
y por la tarde, ser colocados
en un ataúd de polvo.
Vi a una pareja verdaderamente feliz
con descendencia de corcho.
Y vosotros, recuerdos míos,
os deslizáis sobre nieve de seda



Éric Chassefière



Texto y traducción de Miguel Ángel Real con la amable autorización del autor

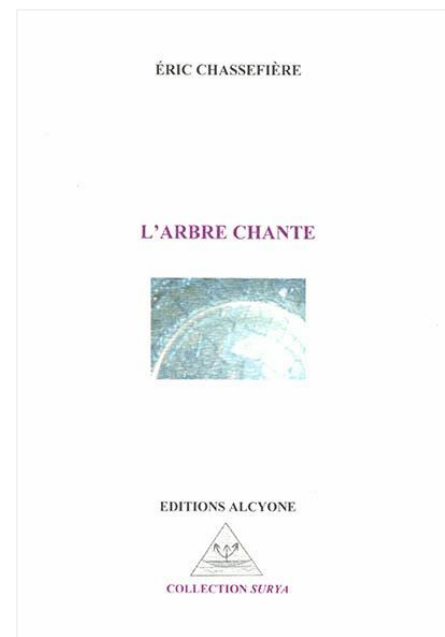
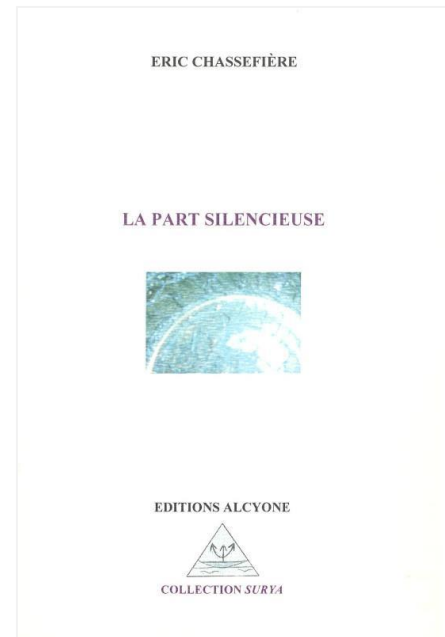


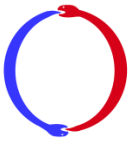
nacido en 1956 y licenciado por la prestigiosa *École Polytechnique*, Éric Chassefière es Director de Investigación Emérito del

CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas), planetólogo e historiador de la ciencia. Ha estado muy implicado en el diseño de instrumentos y misiones espaciales dedicadas a la observación de atmósferas planetarias. Recientemente ha reorientado sus investigaciones y actualmente trabaja en el Observatorio de París, en el equipo de Historia de las Ciencias Astronómicas, donde estudia la evolución de las ideas sobre la física del aire y la atmósfera en los siglos XVII y XVIII.

También es poeta y autor de unos cincuenta poemarios. En 2015 recibió el premio Giorgios Sarantaris por *Le peu qui reste d'ici* (Rafael de Surfis), en 2021 el Gran Premio Especial de la Sociedad de Poetas y Artistas de Francia (SPAF)

por *Comme une sève* (primera parte de *L'arbre chante*, Alcyone), en 2022 el premio Xavier Grall por el conjunto de su obra y en 2023 el Premio Marie Noël por *La part silencieuse* (Alcyone). Ha publicado en unas cuarenta revistas de poesía. Es director editorial de la revista *Encres Vives*, miembro de los comités de lectura de las revistas *Interventions à Haute Voix* y *Franco-polis*, y columnista de las revistas *Diérèse*, *Terre à ciel*, *Recours au poème* y *Oupoli*.



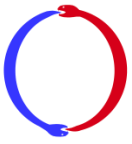


Poemas de *Le jardin est visage, suivi de Dans l'invisible du chemin*

Encres vives n°537, julio de 2024

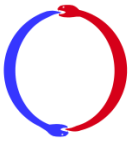
Fraîcheur de ce jardin
la lumière y chante liberté des mots
douce aux lèvres est la voix du vent
les mots naissent du vent
de l'effacé de la parole dans le vent
l'olivier tout entier d'ombre légère
lumière peinte à l'encre des lointains
exhume chemin de sève et de ciel
l'arbre aux branches de ciel est chemin
il faut se perdre en cet effacement de soi
doucement en épouser le cours
se laisser dans cette mémoire vivante
qu'est l'arbre à la lente parure de cendre
rêver jusqu'à n'être plus que souffle
présence en ce pur lieu de l'être
à l'affleurement du temps et de la vie
profondeur du jardin mémoire du poème
en ce jeu du visage et de la pensée
se confondent prennent même vérité
même chemin à suivre d'un éveil

Frescor de este jardín
donde la luz canta libertad de palabras
dulce para los labios es la voz del viento
las palabras nacen del viento
del desvanecimiento de la palabra en el viento
todo el olivo de ligera sombra
luz pintada con tinta de lejanías
exhuma un camino de savia y cielo
el árbol con ramas de cielo es camino
hay que perderse en este olvido de sí mismo
suavemente seguir su curso
dejarse en esta memoria viva
que es el árbol con sus lentas galas cenicientas
soñar hasta no ser más que aliento
presencia en este puro lugar del ser
en el afloramiento del tiempo y de la vida
profundidad del jardín memoria del poema
en este juego de rostro y pensamiento
se funden adquieren misma verdad
mismo camino a seguir de un despertar



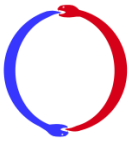
Entendre le temps
entendre le sommeil de l'ange
le frémissement de l'arbre
le vent caressant la haie
faire flèche de l'oiseau
de son éclat soudain
de sa disparition au cœur
n'apercevoir que ce qui disparaît
un battement de branche
l'ombre refermant sa fleur
caresser dans l'effacement
ne rien perdre de la douleur
ni de la joie
caresser pour éveiller
dénouer de la nuit
offrir à la lumière

Oír el tiempo
oír el sueño del ángel
el estremecimiento del árbol
el viento acariciando el seto
hacer flecha del pájaro
de su brillo repentino
de su desaparición en el corazón
ver sólo lo que desaparece
el aleteo de una rama
la sombra cerrando su flor
acariciar en lo discreto
sin perder nada del dolor
ni de la alegría
acariciar para despertar
desatar de la noche
ofrecer a la luz



On ne voit que vent
pulsation de la couleur
légers chemins d'oiseaux
dansés aux marges du regard
tout est vent lumière
ombre bercée d'écoute
on est au milieu de soi-même
de ce jardin de soi-même
dont on fait libre éclat du temps
on aime voir la roue de la tourterelle
déployer visage du jardin
deux mouettes à la blancheur immaculée
lacer le ciel de la voûte du haut pin
qu'elles épousent de leurs vols jumeaux
on aime la pierre du chemin
au partage de la lumière
le vent qui couche l'herbe de printemps
le pas qui vient et part avec le vent
la longue attente ponctuée d'écoute

Solo vemos viento
pulsación del color
ligeros caminos de pájaros
bailados en los márgenes de la mirada
todo es viento luz
sombra acunada por la escucha
estamos en medio de nosotros mismos
en este jardín de uno mismo
en el que el tiempo estalla libre
nos complace ver la rueda de la tórtola
desplegar rostro del jardín
dos gaviotas inmaculadamente blancas
atar el cielo de la bóveda del alto pino
que abrazan con sus vuelos gemelos
amamos la piedra del camino
compartiendo la luz
el viento que tumba la hierba primaveral
la pisada que viene y se va con el viento
la larga espera puntuada por la escucha

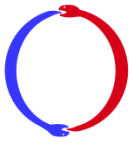


Je n'entendrai pas le temps
l'ombre ne prendra mémoire
au chemin nul seuil
la pluie seule
à l'infini d'écoute
la seule caresse de la pluie
le seul dessin du temps
jardin qui ne tient qu'à l'écoute
au chant né de la caresse
à l'écho pensée de la voix
jardin qu'il faut écouter
au retrait de la main
qui est étreinte
enlacement par le souffle
jardin sous la pluie légère
qu'on sent plus qu'on ne l'entend
fait écriture d'un savoir
une joie née au plus profond
qui sera chemin de vie

No oiré el tiempo
la sombra no tendrá memoria
en el camino ningún umbral
la lluvia sola
en lo infinito de la escucha
la única caricia de la lluvia
el único dibujo del tiempo
un jardín que es pura escucha
en el canto que nace de la caricia
en el eco reflexivo de la voz
jardín que hay que escuchar
en la retirada de la mano
que es abrazo
enlazarse con el aliento
jardín bajo la lluvia leve
que sentimos más que oímos
hecho escritura de un saber
una alegría nacida en lo más hondo
que será camino de vida



Autobiografía



Augusto Guedes

Autobiografía

Os meus sonhos de neno
agarimaron o mar

¡Ao mar
ao mar!

Desde as augas do Miño
ata a vila escondida de Cudillero

¡Ao mar
ao mar!

Dicían todas as cancións,
todos os camiños fixéronse illa
e desde Mallorca o vento mareiro
levoume ao Son

¡Ao mar
ao mar!

O feitizo da historia
abriu a porta salgada.
O camiño mudou en Carril
e xunto as areas da Compostela
soñou con illas e alboreceres

¡Ao mar
ao mar!

Hoxe, o meu canto
quere ser gaviota
que tece azuis
no mar de Arousa.

¡Ao mar
ao mar!

Mis sueños de niño
acariciaron el mar

¡Al mar
al mar!

Desde las aguas del Miño
hasta la villa escondida de Cudillero

¡Al mar
al mar!

Decían todas las canciones,
todos los caminos se hicieron isla
y desde Mallorca el viento marino
me llevó al Son

¡Al mar
al mar!

El hechizo de la historia
abrió la puerta salada.
El camino cambió en Carril
y junto a las arenas de la Compostela
soñó con islas y amaneceres

¡Al mar
al mar!

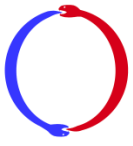
Hoy, mi canto
quiere ser gaviota
que teje azules
en el mar de Arousa.

¡Al mar
al mar!



Mar de rabia





Alfredo Garay

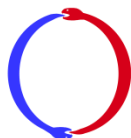
Va la lluna rompiéndose
como un güeyu de vídriu estalláu
cola mirada nel dolor.
La murnia sele y imparabile
igual que la marea tres la vaciante
xunta cada charcu de tristeza
y fai d'ellos una mar de rabia.
Una mar qu'escuende nel fonfu
les derrotos de toes les galernes.

La luna se va rompiendo
como un ojo de vidrio estallado
con la mirada en el dolor.
La pena lenta e imparabile
igual que la marea tras la vaciante
junta cada charco de tristeza
y hace de ellos un mar de rabia.
Un mar que esconde en el fondo
las derrotas de todas las galernas



Espuma de mar



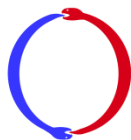


Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

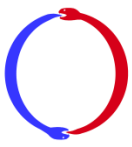
Novela

NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Artalo Gasteiz	10	7 500 a 18 000 palabras	Tartalo Gasteiz (España)	750
Juegos florales hispanoamericanos de Quetzaltenango	15	120 a 150	Concejo Municipal de Quetzaltenango (Guatemala)	3 500 1 750
Francisco García Pavón	28	Min 150	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	8 000
Juan March Cencillo	30	75 a 110	Fundación Bartolomé March (España)	12 000
Fundación Mediterráneo	30		Fundación Mediterráneo (España)	20 000



Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA	Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2025			
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Microrrelatos Babel	1	≤ 150 palabras	Asociación cultural Babel (España)	500
Valentín Palacio	1	≥ 35 líneas	IU Siero (España)	800
Narración breve de la UNED	2	2 000 a 4 000 palabras	UNED (España)	6 000
Juan María Molina Jiménez	3	3 a 8	Pilar Zapata Bosch (España)	2 000
Fundación BCA	4	≤ 3 500 palabras	Fundación Biblioteca de Ciencia y Artillería (España)	650
Ciudad de Cantillana	7	5 a 10	Asociación Cultural de mujeres "Coro Azahar" (España)	400
Tartalo Gasteiz	10	7 500 a 18 000 palabras	Tartalo Gasteiz (España)	750
Relatos Hammam Al Ándalus	10	4 a 8	Hammam Al Ándalus (España)	4.000
Valentin Andrés	11	≤ 5	Asociación Cultural "Valentín Andrés" (España)	1 000
Kimetz	19	5 a 10	Asociación Kimetz de Ordizia (España)	600
Dulcinea	20	≤ 4	Asociación Cultural Miguel de Cervantes (España)	500
Don Manuel de narrativa corta	21	4 a 8	Ayuntamiento de Moralzarzal (España)	1 000
Relatos cortos para leer en tres minutos "Luis del Val"	23	≤ 2	Ayuntamiento de Sallent (España)	800
Orola	30	≤ 1500 caracteres	Ediciones Orola (España)	5 000
Manolita Espinosa	30	≤ 5	Ayuntamiento de Almagro (España)	1 000
Relato corto "La libélula vaga"	30	100 a 400 palabras	Asociación cultural AKIRE (España)	300
Cuentos Emiliano Barral	30	≤ 8	IES Andrés Laguna de Segovia (España)	1 500
Casa regional de Castilla-La Mancha de Parla	30	≤ 2	Casa Regional de Castilla-La Mancha de Parla (España)	400



Poesía

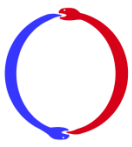
POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2025		
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Pamplona	2	400 a 800	Ciudad de Pamplona (España)	3 000
Versos burlescos	4	60 a 150	Cofradía de Nuestro Padre Genarín (España)	400
Ciudad de Cantillana	7	18 a 100	Asociación Cultural de mujeres "Coro Azahar" (España)	400
José Chacón	11	14 a 100	Ayuntamiento de Alcalá de Henares (España)	1 200
ALCAP	15	14 a 60	Asociación Literaria Castellonense de Amigos de la Poesía (España)	150
Juegos florales hispanoamericanos de Quetzaltenango	15	300 a 400	Concejo Municipal de Quetzaltenango (Guatemala)	3 500 1 750
Poesía de primavera de Les Clotes (Luis Chamizo)	19	30 a 60	AVV. de Les Clotes (España)	500
Nicolás del Hierro	23	600 a 900	Ayuntamiento de Piedrabuena (España)	1 800
Jesús Serra Fundación Occident	25	≤ 60	Fundación Occident (España)	500
Juegos florales en honor a la Santísima Vera Cruz	25	-	Hermandad de la Santísima Vera Cruz de Sevilla (España)	1 500
Eladio Cabañero	28	≥ 500	Ayuntamiento de Tomelloso (España)	5 000
Manolita Espinosa	30	20 a 50	Ayuntamiento de Almagro (España)	1 000

No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2025		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Juegos florales hispanoamericanos de Quetzaltenango	15	80 a 110	Concejo Municipal de Quetzaltenango (Guatemala)	3 500 1 750
Miguel de Unamuno	30	100 a 250	Ayuntamiento de Bilbao (España)	6 000

Otros géneros literarios

TEATRO / GUIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en abril de 2025		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Las Cabezas	2	≤ 40	Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan (España)	500
Carlos Schwaderer	25	1 h a 1 h 40 min	Atizar (España)	1 500

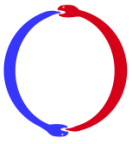


	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1	■					■					■
2		■				■				■	
3					■						
4							■				
5								■			
6			■						■		
7				■							
8					■						
9							■				
		■				■				■	
11	■					■					■

Solución

HORIZONTALES 1 Las... muertas, novela de Gogol. Labrará la tierra. 2 Repetido, cántico futbolero. *El... de Sevilla*, obra de Tirso de Molina. 3 Tecla de grabación. *El...*, novela de Suskind. 4 *de Cáncer*, novela de Henry Miller. Hilo de seda. 5 Miembro viril. Preposición. 6 Cantidad sin valor. Poco delicado. 7 Franja de adorno, de alguna manera. Puro, sencillo. 8 Gogh, pintor impresionista. Notable filósofo y político romano del siglo I A.C. 9 Fabulista español de la Ilustración. Al revés, época. 10 Kent, política y feminista española. Interjección. 11 Al revés, hembra del rey selvático. Drogas de *Un mundo feliz*.

VERTICALES 1 Gran arteria. Atiza. 2 Hacer actividad cultural. Novelista de *La regenta*. 3 Astrónomo de la teoría heliocéntrica. 4 Las dos primeras. Conjunción. Amarre. 5 Tendido sobre la espalda. Estilo de natación. 6 Ore. Gorro de los obispos, pero sin pie. 7 Como la 7H. Oréis. 8 Fuerza aérea inglesa. Alimento triturado. Dos vocales fuertes. 9 Alabadora con exageración. 10 Hierba leñosa verde y perenne, de múltiples aplicaciones terapéuticas. Cetáceo depredador. 11 Materia de las playas. Héroe de la guerra de Troya, precursor del pueblo romano.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50

Solución

<u>16</u>	<u>2</u>	<u>30</u>	<u>45</u>	<u>35</u>	<u>44</u>	<u>22</u>
<u>20</u>	<u>40</u>	<u>8</u>	<u>25</u>	<u>27</u>	<u>21</u>	
<u>6</u>	<u>4</u>	<u>33</u>	<u>9</u>	<u>39</u>		
<u>24</u>	<u>1</u>	<u>18</u>	<u>11</u>	<u>26</u>	<u>42</u>	
<u>34</u>	<u>5</u>	<u>41</u>	<u>17</u>	<u>13</u>	<u>36</u>	
<u>19</u>	<u>32</u>					
<u>43</u>	<u>28</u>	<u>10</u>	<u>14</u>	<u>37</u>		

Luces instantáneas

Rebrota, resurge

Nombre de consonante

Rígido, riguroso

Un pariente político

Símbolo esencial del hinduismo

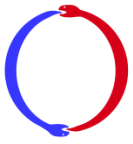
Dorso

Texto: refrán español.

Clave, primera columna de definiciones: fresca.



La mujer del porvenir
(fragmento)



Concepción Arenal

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

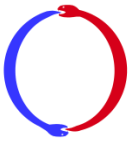
Al lector

Más bien te preveo hostil que te espero benévolo, lector, a quien por tanto no me atrevo a llamar amigo.

Te presento este librito, y si te propones leerle, me debes agradecer que sea tan breve, porque el asunto es largo, y te aseguro que me ha costado trabajo no decir más sobre él.

He procurado agrupar los argumentos y concentrar las razones para que tengan más fuerza, porque ya se me alcanza que no será poca la resistencia que necesitan vencer.

Los que se dirigen a ti, suelen tener la idea de atraerte a su creencia, a su opinión; mis pretensiones son más modestas: no intento persuadirte ni convencerte; toda mi ambición se limita a que al concluir estas páginas, dudes y digas, primero para ti y después para los otros: «¿Si tendrá razón esta mujer en algo de lo que dice?»



Capítulo I

Contradicciones

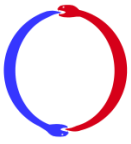
El error, tarde o temprano, acaba por limitarse a sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradicción: si quisiera ser lógico, se haría imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa o insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razón, sus afectos o sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradicción, hay error o impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos a convencernos de su falta de razón, primero, y de justicia, después.

Una mujer puede llegar a la más alta dignidad que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar a la categoría del último sacristán. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en Aduanas o en la Deuda, desempeñar un destino en Fomento o en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera; que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor?, ¿cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto, y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halléis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene a ser el esclavo de su hija o de su nieta. El corazón, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica a esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado a ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites a la generosidad del que da por afecto, ni a la exigencia del que recibe sin



reflexión. Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está a merced de los afectos y de las pasiones, todo es tan ocasionado a mudanzas como ellas, y por punto general, a las mujeres se les da más o menos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido a quien se hace siempre guardar silencio, o el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa en rededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

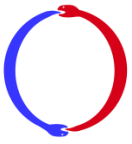
Si dejando las costumbres pasamos a las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un espectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado a la justicia, rayo de luz que ha penetrado en obscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran a la mujer como menor si está casada, y aun no estándolo, le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil, mira a la mujer como un ser inferior al hombre, moral e intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal le impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual a él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, o cuando menos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error llega a uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse a sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradicción. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice: «Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos.» La otra: «Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas a ellos, incurrirás en idéntica pena.»

La mujer más virtuosa e ilustrada se considera por la ley como inferior al hombre más vicioso e ignorante, y ni el amor de madre, ¡ni el santo amor de madre!, cuando queda viuda, inspira al legislador confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increíble!

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho*.

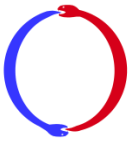
Podríamos recorrer la órbita moral y legal de la mujer y hallaríamos en toda ella errores, contradicciones e injusticias. La mitad del género humano, la que más debiera contribuir a la armonía, se ha convertido por el



hombre en un elemento de desorden, en un auxiliar del caos, de donde salen antagonismos y luchas sin fin.

Los problemas de la mujer en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, están siempre más o menos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable?, ¿es racional siquiera? No hay más que una razón, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura.

Si supiera el hombre que nunca se equivoca impunemente, buscaría el acierto con mayor solicitud. Nosotros, que tenemos esta íntima persuasión, procuraremos desvanecer los errores que existen con respecto a la mujer. Tal es el objeto del presente escrito.



Capítulo II

Inferioridad de la mujer

Cuestión fisiológica

Después de haber manifestado que las contradicciones en las leyes y en las costumbres con respecto a la mujer prueban los errores que acerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica; si así como su sistema muscular es más débil, su sistema nervioso es también más imperfecto; si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma menos apropiado que el del hombre para las profundas meditaciones y los elevados pensamientos.

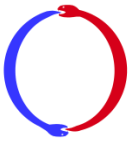
En los tiempos en que la fuerza material lo era todo, se comprende que la mujer no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debía hacer imposible la sanción de sus derechos, y en sociedades formadas por los combates y para los combates, ¿qué consideración había de merecer en la paz la que era inútil en la guerra?

Las sociedades modernas están lejos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo a la desdichada herencia de su madre, y aun hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez menos fuerte, y en casi todas sus manifestaciones paga tributo a la inteligencia. Aflige, es cierto, ver la profanación de la ciencia aplicada a la guerra y convertida en elemento de destrucción; pero la gran ley providencial no se infringe: la sociedad, como el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es menos feroz, y cuanta más ciencia se emplea en la guerra, hay en ella menos crueldad: aun en el campo de la fuerza la victoria corresponde en adelante a los que saben más.

Si mucho en el presente, si más en el porvenir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la mujer es realmente inferior a la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica, o lo que es lo mismo, si es obra de la Naturaleza. Consultemos para esta discusión a un gran maestro de la anatomía y de la fisiología del cerebro, a Gall, y como su opinión está conforme con la de otros muchos, veamos si se halla fundada en hechos y razones, o si el gran observador, tan circunspecto casi siempre, resolvió esta cuestión sin meditarla bastante.

«Sólo por la diferente organización de los dos sexos, dice el Dr. Gall, puede explicarse cómo ciertas facultades son más enérgicas en el hombre y otras en la mujer.

«El cerebro de la mujer está generalmente menos desarrollado en su parte anterior-superior, y por eso, por lo común, las mujeres tienen la frente más estrecha y menos elevada que los hombres.



»Las mujeres, en cuanto a sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores a los hombres.

»Si tales debilidades (la superstición y la fe en oráculos, sueños, presagios, etc.) son más bien propios de las mujeres, aunque sean muy instruidas y de talento, la razón es que, generalmente, la parte cerebral anterior-superior adquiere un desarrollo mucho menor en las mujeres que en los hombres, y que, por consiguiente, apenas les ocurre que no puede haber ningún suceso, ningún efecto sin causa.»

Por lo que dejamos copiado, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinión de Gall, la inferioridad intelectual de la mujer es *orgánica*. Veamos ahora si al afirmarlo así, apoyándose en el menor volumen de la parte anterior-superior de la cabeza de la mujer, no está en contradicción consigo mismo y con los hechos.

«La energía de las funciones (del cerebro) no depende solamente del *tamaño* de los órganos, sino también de su *irritabilidad*.

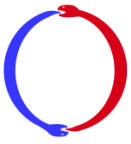
»Las mujeres están dotadas de una *irritabilidad* más pronta y de una sensibilidad más exquisita.

»La perfección, con la cual los sistemas nerviosos diferentes del encefalo llenan sus funciones, no depende de *ningún modo* de la masa mayor o menor del cerebro, sino de su propia organización más o menos perfecta. ¿No vemos ciertos insectos dotados de un tacto, de un oído, de un gusto sumamente delicados, aunque su cerebro es muy sencillo y muy pequeño?

»Vemos, además, que la naturaleza con masas cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega a producir los efectos más admirables; ¿quién no recuerda aquí la hormiga, la abeja etc., etc.?

»Por más que el hombre esté organizado de la manera más perfecta, *el ejercicio es indispensable para aprender a combinar muchas ideas relativamente a ciertos objetos*».

Resulta, pues, que el mismo autor que da como cosa cierta la inferioridad intelectual de la mujer, apoyándose en el volumen menor de su frente, afirma que *la energía de las funciones del cerebro no depende solamente de su tamaño; que con masas cerebrales muy pequeñas, la naturaleza produce los efectos más admirables; que la IRRITABILIDAD de los órganos influye en la energía de las funciones*, con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la *irritabilidad*. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la mujer es más *irritable*; el vulgo dice que es más *nerviosa*, y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene más actividad. Siendo, pues, más activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volumen? ¿No vemos



esto mismo en muchos hombres más inteligentes que otros, cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad*?

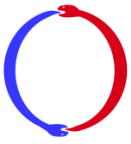
Además, según la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volumen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serían más inteligentes que el hombre. Apreciando, pues, como se debe, el volumen de la cabeza de la mujer, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo la masa cerebral?

No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la mujer, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor a los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la mujer son menores que los de la del hombre, o lo que es lo mismo, la cabeza de la mujer es más pequeña. Si fuera necesaria la igualdad de volumen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la mujer sería para todo. Sus sentidos serían más torpes, y siguiendo a Gall en su clasificación de facultades, sería menor su circunspección, su instinto de localidad, su amor a la propiedad, su sentimiento de la justicia, su disposición para las artes, etcétera, etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual sólo empieza donde empieza la de la educación. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y de las niñas, y si la hay, es en favor de éstas, más dóciles por lo común y más precoces.

En la gente del pueblo, entre los labradores rudos y siempre que los dos sexos están igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular; de ningún modo en la de su inteligencia.

Dice el doctor Gall que el órgano del cálculo está generalmente menos desarrollado en las mujeres que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas antes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

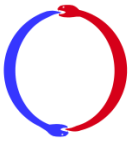
Bien podría suceder también, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio y disminuye en la inacción, bien podría suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo a su menor volumen, siendo efecto lo que se considera como causa.



Ya hemos dicho que, según el doctor Gall: «Por más que el hombre esté organizado de la manera más *perfecta*, *el ejercicio es indispensable* para aprender a combinar muchas ideas, relativamente a ciertos objetos.» ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerle? Y si no lo tienen, ni por regla general es posible que lo tengan, ¿cómo combinarán muchas ideas, relativamente a ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

El trabajo de la inteligencia está lejos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor a la gloria, vencen la natural repugnancia que por lo común inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse a los estudios graves y a las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta resistencia natural, cuando para vencerla no ven objeto; cuando se les dice que no la pueden ni la deben vencer, y cuando tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades sólo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe concluirse que no existen? ¡Extraña lógica! Tanto valdría afirmar que un hombre no tiene brazos, porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inacción, no puede levantar un gran peso. Y decimos *grande*, porque la mujer no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre: como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevé, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos a que se aplican. Su esfera de acción es más limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, aparecería si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto demostrado con razones, esto es lo que nadie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías: autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostración.

Ni el estudio de la fisiología del cerebro ni la observación de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar resueltamente que la inferioridad intelectual de la mujer sea *orgánica*, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empiezan en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educación.



Capítulo III

Inferioridad moral de la mujer

Hay autores (les haremos el favor de no citarlos) que afirman la inferioridad moral de la mujer; hay leyes que no se comprenden si no son consecuencia de la misma opinión, y la suponen también algunas costumbres, aunque pocas, y próximas a desaparecer. En las costumbres, este error puede decirse que acaba, que está agonizando.

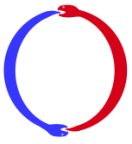
¿Qué es la superioridad moral? Comparando dos seres libres y responsables, es moralmente superior al otro aquel que tenga más bondad y más virtud, aquel que sienta menos impulsos malos o los enfrene con mayor energía, aquel que haga más bien y menos mal a sus semejantes, y para decirlo brevemente: aquel que sea *mejor*. ¿El hombre es *mejor* que la mujer? Investiguémoslo.

La bondad es sensibilidad, compasión y paciencia. ¿El hombre es tan sensible, tan compasivo y tan paciente como la mujer? Suponemos que no habrá ninguno bastante obcecado para responder afirmativamente; mas por si lo hubiere, que al cabo existen en el mundo seres inverosímiles, nos haremos cargo de algunos hechos de tanto bulto, que quien no los vea podrá palparlos.

La paciencia de la mujer, facultad que tiene bien ejercitada, se echa de ver en todas las situaciones de la vida. Niña, empieza a auxiliar a su madre, a cuidar a sus hermanos pequeñuelos, a ocuparse en faenas minuciosas y en labores de un trabajo prolijo, que acepta sin murmurar, y a que sería difícil, si no imposible, sujetar a ningún niño. Madre, tiene con sus hijos una paciencia verdaderamente infinita, de que ni remotamente es capaz el hombre. Sin que creamos que todos los maridos son unos tiranos, sabiendo, por el contrario, que hay muchos, muchísimos muy buenos, y que casi todos son mejores de lo que debería esperarse dadas las leyes, las opiniones y el estado de inferioridad intelectual de la mujer, no obstante, no nos parece dudoso que, generalmente hablando, la paz de los matrimonios exige mayor paciencia de la esposa, que, con pocas excepciones, es la más paciente.

Teniendo menos fuerza, es providencial que la mujer tenga más paciencia; si no, sucumbiría en una lucha fácil de provocar e imposible de sostener.

Que la sensibilidad de la mujer es mayor se ve harto claro, aun sin observarla; todo la conmueve, todo la impresiona más que al hombre. Se asusta, se exalta, se entusiasma, adivina antes que él. Su ¡ay! es el primero que se escucha, su lágrima la primera que brilla; los dolores le duelen más, y cuando el hombre se estremece, ella tiene una convulsión. El fisiólogo dice que es más *irritable*, el vulgo que es más *débil*; pero todos convienen, porque es evidente para todos, en que es más *sensible*.



¿Quién cuida del niño abandonado, del enfermo desvalido y del anciano decrepito? ¿Quién halla disculpa para todos los extravíos del triste? ¿Quién tiene lágrimas para todos los afligidos? ¿Quién no puede ver llanto sin llorar? ¿Quién padece *con* los que sufren y es *compasiva* como la mujer? No suele el hombre afligirse al par de ella de los ajenos dolores, ni afanarse tanto por buscarles alivio.

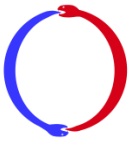
Siendo más paciente, más sensible y más compasiva, ¿no podremos concluir que es *mejor*?

Y si cuando se trata de consolar a los tristes la mujer se presenta la primera, ¿lo es también para hacer desgraciados, para causar mal? ¿Infringe los preceptos de Dios y las leyes humanas, ataca la honra, la vida y la propiedad con tanta frecuencia como el hombre? Aquí responden los números.

La mujer, más impresionable, menos educada, puesta a veces por la opinión en circunstancias terribles, oprimida otras por la fuerza brutal; reducidas muchas a la miseria por la sociedad que le cierra la mayor parte de los caminos para ganar su subsistencia, escuchando el grito horrible de sus hijos hambrientos cuando no tiene pan que darles, recibiendo el bofetón ignominioso del desprecio público cuando ha sido débil, expuesta al tedio por falta de ocupación racional y útil, la mujer debía abandonarse a la desesperación con más frecuencia que el hombre y recurrir más veces al suicidio. Y, sin embargo, no es así; el ser débil soporta con mayor fortaleza una vida de dolores; lucha hasta caer herida por la mano de Dios omnipotente, y no por la suya culpable. La proporción varía de unos países a otros, pero en todos es menor el número de mujeres que se suicidan que el de hombres.

No falta quien diga que esto es cobardía; ¡como si el suicidio fuera un acto de valor, y como si las mujeres no supieran arrostrar la muerte cuando el deber o la caridad lo mandan, como si retrocedieran ante el peligro en los cataclismos y las epidemias!

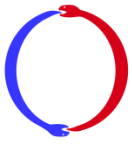
Las mismas causas que debieran impulsar al suicidio más mujeres que hombres, debían llevar mayor número a las cárceles. Más pobres, más despreciadas y con peor educación, están en las circunstancias más propias para ceder a las tentaciones del crimen y pagar mayor tributo a la prisión y al patíbulo. No sucede así. En ningún pueblo del mundo puede compararse la criminalidad de la mujer con la del hombre, ni por el número ni por la gravedad de los delitos. En los Estados Unidos, donde están mejor educadas y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de mujeres criminales es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario creyeron los reformadores que podían prescindir de ellas. En



España la proporción de criminalidad entre los dos sexos es de *siete* hombres por *una* mujer, y mientras en los hombres la cuarta parte de los delitos son contra las personas, entre las mujeres, uno de trece.

Cuando la mujer, en las malas condiciones en que esté, hallando tantas dificultades para proveer a su subsistencia, careciendo de educación y siendo poco considerada, en general, se ve más en las casas de beneficencia y menos en las prisiones que el hombre; es decir, que hace a la sociedad más bien y menos mal, ¿no podremos afirmar que es mejor? Observando con atención e imparcialidad no es posible desconocer la superioridad moral de la mujer. Sus pasiones son menos agresivas, y menos fuertes en ellas esos instintos cuya preponderancia conduce al crimen. El deseo de agradar, que torcido por una educación absurda la lleva con frecuencia a ridículas frivolidades, la hace muy sensible a la reprobación, y en muchos casos le sirve de freno. Tienen sus pasiones otro eficaz, el sentimiento religioso, mucho más fuerte en ella que en el hombre. El temor de Dios la contiene, su amor la eleva y purifica, y la esperanza en Él le da fortaleza y resignación; el sexo *piadoso* tiene en la piedad un elemento más para marchar con firmeza por el camino de la virtud y para levantarse cuando una vez ha caído.

Padres amantes que veis con tristeza el nacimiento de una hija porque prevéis para ella más penalidades que si fuera varón, calmaos, porque esta criatura, físicamente débil y sujeta a tantos dolores, tendrá la fortaleza de la resignación y el consuelo de la esperanza. Su mayor sensibilidad, origen de muchas tristezas, lo será también de muchas alegrías; las malas pasiones la arrastrarán menos veces, y en medio de la lucha recia con el mundo, le será más fácil hallar la paz del alma. Ni siempre que aparezca como víctima lo será en efecto, porque halla más goces en la abnegación que en el egoísmo. Si va mucho por los caminos de la tristeza, no frecuentará los de la culpa. Sus ojos derramarán lágrimas, pero casi nunca sus manos verterán sangre. No recibáis a la pobre niña recién nacida con desdén o con temor; dadle el ósculo de bienvenida, diciendo: ¡Hija del alma! Si acaso eres menos afortunada por ser mujer, también serás probablemente mejor.



Capítulo IV

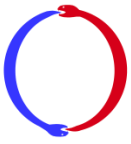
La historia

Lo que se llama historia en la vida intelectual de la mujer es una patraña, porque no se puede hacer la historia de lo que no existe. Las mujeres no han tenido hasta aquí vida intelectual: algunas, venciendo todo género de obstáculos, se elevaron muy altas en las regiones del pensamiento, como otras tantas protestas que decían al hombre: «Calumnias a la mitad del género humano.» Pero a estos rayos de luz se les llamó *unarara excepción*, sin dudar ni un momento que pueda haber error ni daño en pensarlo así. Es de notar que en todos sus juicios acerca de las mujeres los hombres se creen infalibles: su opinión es una especie de dogma; sus ideas, artículos de fe. Aun los que están dispuestos a discutirlo todo admiten mal la discusión en este terreno; parece que en él no se puede encender una luz sin incurrir en la nota de incendiario; que todo llamamiento es somatén, y que el orden ha de establecerse necesariamente en silencio y a tientas. Esta observación, de cuya exactitud puede cerciorarse cualquiera, debería dar a todos que pensar.

En los pueblos salvajes, la mujer, instrumento pasajero de placeres brutales, es horriblemente desdichada. Su feroz tirano la sacrifica y la abruma de trabajo y de dolor. Sin más ley que la fuerza ni más necesidades que groseros apetitos, oprime a la pobre esclava, que no halla misericordia, porque su verdugo no sabe lo que es amor, compasión ni justicia; tampoco sabe lo que es felicidad.

La vida del bárbaro ya no es tan dura ni tan rudo su entendimiento. Empieza a pensar, a sentir, a guarecerse de la intemperie; su mujer le parece hermosa y, aunque con un amor grosero, la ama.

El hombre se civiliza, se hace más sensible, más humano, más justo; se mejora. Entonces, hasta sus necesidades materiales deben satisfacerse de un modo menos material; quiere adornar su casa y su persona; quiere que la mujer sea bella, y para esto necesita pensar en que, al menos materialmente, no sufra, y cuida, en efecto, de que sus sufrimientos no disminuyan sus atractivos: este egoísmo está ya muy lejos del egoísmo salvaje, y prueba bien que el hombre es mejor a medida que es menos grosero. Cuando da un paso más; cuando su corazón empieza a tener necesidades; cuando observa que en aquel ser, donde al principio no había visto más que belleza material, hay tesoros de amor que pueden serlo de dicha para él, entonces el instinto se hace sentimiento, se purifica, se espiritualiza y el placer se convierte en felicidad. Pero, veleidoso, busca el bien en uniones pasajeras o, grosero todavía, se deja arrastrar muchas veces por sus instintos brutales. Entonces aparece una religión que diviniza la castidad, santifica el amor, bendice la unión de los dos sexos y hace del matrimonio un sacramento. La mujer pudo creerse doblemente redimida por el que murió en la cruz.



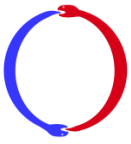
Elevada a compañera del hombre, quedó moralmente rehabilitada. El guerrero del Norte rompió lanzas por su belleza y por su virtud; su amor formó el caballero, hermosa creación que puso un freno a la fuerza, dio amparo a la debilidad y apoyó a la justicia. La virtud de la mujer fue una necesidad para la familia, y con su honra se identificó el honor del esposo y del padre.

Así ha vivido mucho tiempo elevada hasta el hombre por el corazón, considerada inferior a él porque era físicamente más débil, y la fuerza lo era todo en la sociedad. Pero la manera de ser de los pueblos cambia; empiezan a cultivarse las artes y las ciencias; al ejercicio de los músculos sucede el de las facultades intelectuales, y el mundo recibe leyes, no del que maneja con más bríos una lanza, sino del que discurre mejor. El hombre estudia, medita, sabe; y así como al principio de la civilización quiso adornar materialmente a la mujer para gozarse más en su hermosura física, ahora empieza a sentir un vacío, viendo que no puede asociarla a los altos goces de la inteligencia, y se ha preguntado: «¿La mujer podrá ser verdaderamente mi compañera? ¿Sus facultades intelectuales cultivadas podrán levantarse hasta las altas regiones del pensamiento? ¿Su razón podrá comprender la mía y auxiliarla?» A estas preguntas el hombre no ha respondido todavía; pero el problema se ha planteado y el tiempo despejará la incógnita.

En todas las cuestiones de sentimiento, de honra, de delicadeza y de conciencia, la mujer ha mostrado que llega a donde puede llegarse apenas se la ha sacado del envilecimiento en que yacía. Tratándose de las facultades intelectuales, no ha podido hacer esta demostración por estarle vedado el terreno en que se cultivan. Alguna vez se ha entrado por él con gran trabajo y no pequeño peligro, recogiendo óptimos frutos y siendo calificada, como hemos dicho, de excepción rara, que no se admite como argumento en pro de su inteligencia. Algunos hechos hay, sin embargo, que hablan muy alto en favor de ella.

El hombre, padre cariñoso, no ha querido privar a su hija, porque no era varón, de la herencia paterna, y cuando las naciones se consideraban como el patrimonio de los reyes, a falta de varón, las mujeres han subido al trono. ¿Han dado a esa altura muestras de incapacidad intelectual? Cuéntese el número de reyes y de reinas en los países en que las hembras pueden ceñir la corona y véase si no están en mayor proporción las reinas notables por sus talentos y aptitud para el mando. Isabel I, doña María de Molina, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, las Catalinas de Rusia forman un grupo de mujeres inteligentes que, si se compara al corto número de las que han reinado, debe hacer pararse al más resuelto campeón de la inferioridad intelectual de la mujer.

En las artes se distinguen las mujeres a pesar de la desventaja con que las cultivan. Aunque, por regla general, con menos instrucción que el hombre, no se muestran inferiores en la escena, y son cómicas, trágicas y



cantatrices eminentes. ¿Para esto no se necesita inteligencia, y mucha inteligencia?

En el trono y en el teatro, que es donde han podido brillar los talentos de la mujer, brillan, cuando menos, al par de los del hombre. ¿Qué razón hay para afirmar tan resueltamente que en otros terrenos, si no fuesen vedados para ella, no manifestaría análoga aptitud?

Y si de los hechos públicos que pueden consignarse en la historia pasamos a los privados y observamos en el hogar doméstico, ¿quién no recuerda haber oído en su casa o en las ajenas que muchas veces, comparando a los hermanos de diferente sexo, se dice: «Aquí están cambiados; la fulanita debía ser hombre, porque aprende incomparablemente mejor que su hermano, etc.» Al cabo de algunos años las aventajadas facultades de la niña estarán, por falta de ejercicio, embotadas en la mujer, que parecerá vulgar, y el hermano habrá recibido un título académico, y será muy superior a ella, y su superioridad será un hecho, y un argumento poderoso en favor de la de su sexo.

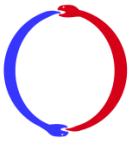
En los adultos sin educar no se advierte diferencia en las facultades intelectuales de los dos sexos. Tampoco se nota entre los niños y niñas de las clases educadas.

PROBLEMA. -¿A qué edad empieza la superioridad intelectual del hombre? Si coincide con la de la instrucción, ¿no hay motivo para sospechar que depende de ella? La historia no puede aún ofrecer datos para resolver el problema, inspira dudas, pero no autoriza afirmaciones contra la aptitud intelectual de la mujer.

Tenemos a la vista una noticia de M. Trippeau sobre la instrucción superior en los Estados Unidos. Copiaremos algunos párrafos de ella para que los observadores imparciales vayan tomando nota de hechos que en ciertos casos, como sucede en éste, son argumentos.

«No fueron los pobres maestros de escuela los que menor tributo pagaron a la muerte en esta guerra (la de los Estados del Norte con los del Sur). Del Estado de Connecticut solamente se alistaron 2.500 en el ejército del Norte y han sido contados los que han vuelto a su hogar. Fue necesario, pues, que las maestras se multiplicaran para sustituirlos, y así se verificó, de tal modo, que de cada 100 escuelas de los Estados Unidos, 70 están dirigidas por mujeres.

»Las consecuencias de la guerra han sometido el talento de éstas a una nueva prueba. El triunfo del Norte sobre el Sur ha rescatado una población de negros calculada en 4.000.000 de almas, que gemían sujetas a la ominosa esclavitud. La religión y la humanidad, como era consiguiente, se ocupan de aliviar la suerte de los infelices, que al día siguiente de ser manumitidos se veían arrojados por sus señores y obligados a buscar el



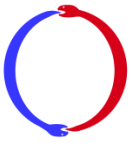
sustento y el de sus hijos en el trabajo. Pero en los Estados Unidos no podían faltar numerosas asociaciones para la fundación de escuelas, y, en efecto, en los del Norte se fundaron más de 6.000 para los niños negros de ambos sexos. Con este motivo se hizo un llamamiento entusiasta a las personas bien acomodadas, de esas que allí se asocian siempre, y ya como por costumbre, a todos los actos de beneficencia, y desde el año de 1863 se han establecido 4.000 escuelas para la juventud de color en los Estados del Sur.

»La enseñanza en estos nuevos centros de caridad y de instrucción se ha encomendado a las mujeres, a estas generosas misioneras de la ciencia, que no han vacilado en abandonar su país y sus familias para consagrarse a un trabajo penoso de suyo, y más todavía por la acogida poco benévola que de ordinario encontraban en las poblaciones donde se establecían. Yo he tenido ocasión de verlas en el ejercicio de sus funciones, y no sé qué admirar más, si su celo e inteligencia, o los sorprendentes resultados de su enseñanza. Así se explica que en las memorias anuales de los inspectores de las escuelas públicas se consigne siempre por estos funcionarios que las mujeres demuestran en el magisterio, una inteligencia, una habilidad y un tacto que difícilmente se encontraría en los hombres, hasta el punto de que si de algo se las puede motejar, es del excesivo ardor con que se entregan al trabajo, a veces con perjuicio de su salud.

»La enseñanza en las escuelas públicas de los Estados Unidos dista mucho de hallarse encerrada en los límites de la que nosotros llamamos instrucción primaria; puesto que comprende las materias de la escuela elemental, las de los colegios de enseñanza especial y la mayor parte de las que son propias de los Liceos (Institutos en España); y con ser así, se dispensa gratuitamente a los alumnos de ambos sexos, desde cinco hasta dieciocho años. Latín, Griego, Alemán, Francés, Historia (en particular de los Estados Unidos), Geografía, Literatura, Aritmética, Álgebra, Geometría, Astronomía, Física, Química, Historia Natural, Anatomía; todas estas lenguas y ciencias se enseñan así a las niñas como a los niños, reunidos en las mismas escuelas, en las mismas salas y generalmente sentados en los mismos bancos.

»Ahora bien: como hay muchos Estados que para la enseñanza prefieren decididamente a las maestras, calcúlense los conocimientos que deberán atesorar para obtener su título de capacidad. Así es que nada asombraría tanto a un habitante de Nueva York, de Boston o de Filadelfia como el que se tratase de convencerle de que, entre las diferentes ramas de los conocimientos humanos, hay algunas que deben reservarse a los hombres, con entera exclusión de las mujeres.

»Mr. Vassar, enriquecido por el comercio, concibió la idea de consagrar su pingüe fortuna a la creación de un gran establecimiento de enseñanza, en donde las jóvenes pudieran recibirla tan vasta como la que se da a los varones en los mejores colegios de los Estados Unidos. Para realizar



semejante proyecto se puso en relación con los hombres más entendidos, de los que en diferentes países se dedicaban a elevar por medio de la enseñanza el nivel intelectual de las mujeres, y en 1861 puso por obra su plan, que había meditado mucho, y fundó el colegio que de su nombre se llama *Vassar*.

»El día en que la Legislatura de Nueva York, aceptando el ofrecimiento hecho por el señor Vassar, decretó la incorporación de este colegio a la Universidad, es una fecha importante en la historia de la instrucción pública de los Estados Unidos, porque en ella quedó solemnemente reconocido el derecho de la mujer a recibir la enseñanza superior, hasta entonces reservada a los hombres, proclamándose con no menos solemnidad el principio de igualdad de inteligencia en ambos sexos.

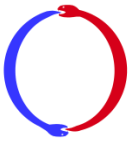
»La edad de catorce años es la fijada para que las alumnas sean admitidas en el colegio, en donde los estudios duran cuatro años. Para cursar el primero de éstos se requiere que las aspirantes sepan traducir y comentar de César (4 libros), de Cicerón (4 discursos), de Virgilio (6 libros), y que hayan estudiado álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado, retórica y un compendio de historia general.

»La enseñanza de los cuatro años comprende: la de las lenguas latina, griega, francesa, alemana e italiana; la de las matemáticas, física, química, geología, botánica, zoología, anatomía, fisiología, retórica, literatura inglesa, literatura extranjera, lógica y economía política.

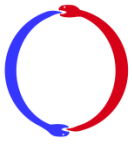
»La consideración más importante que nos inspira el colegio Vassar es que las alumnas no resultan inferiores bajo ningún concepto, y sean cualesquiera los estudios a que se dediquen, a los jóvenes de los demás colegios que tienen la misma edad y circunstancias. De ello he podido convencerme plenamente asistiendo, como lo he hecho, a todas las clases, y viendo a las alumnas siempre dispuestas a contestar con el mayor lucimiento a cuantas preguntas se les dirigían. Iguales resultados he tenido ocasión de observar en los demás establecimientos de enseñanza superior destinados a las mujeres».

Estos hechos, ¿no son de bastante bulto para hacer dudar siquiera a los que temen más comprometer su infalibilidad que su justicia, y llaman bueno al camino trillado, sueño a todo lo que no se ha realizado, peligro a cualquiera innovación, trastorno al movimiento y creen atentatorio a la dignidad del género humano que se eleve el nivel intelectual de la mitad de él?

Todavía queda por algún tiempo el recurso de negar hechos que no son muy conocidos; pero día vendrá en que sean evidentes y abrumadores para los que miran con desdén las teorías. Día vendrá en que los hombres eminentes que hoy sostienen la incapacidad intelectual de la mujer serán citados como prueba del tributo que a veces pagan a su época las grandes



inteligencias, y se leerán sus escritos con el asombro y el desconsuelo que causa ver en los de Platón y Aristóteles la defensa de la esclavitud.



Capítulo V

Consecuencias para la mujer de su falta de educación

El error de que las facultades intelectuales de la mujer no pueden compararse a las del hombre tiene fatales consecuencias, como todos los errores, y más que muchos. Los hay que se podrían llamar simples y otros compuestos; el que tratamos de combatir hoy es de los últimos, y sus resultados se extienden y ramifican al infinito. Aunque la injusticia y el error son malos para todos, aunque cuanto perjudica a la mujer es en perjuicio del hombre, y no puede haber cosa mala para entrambos que sea buena para la sociedad, a fin de fijarnos mejor, veamos algunas consecuencias de la supuesta inferioridad de la mujer.

Primero. Para ella.

Segundo. Para el hombre.

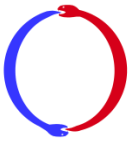
Tercero. Para la sociedad.

En el orden moral la mujer se encuentra rebajada, porque no se puede separar la moralidad de la inteligencia. De aquí el que la legislación la haya tratado como menor en muchos casos, dado poco valor a su testimonio, y que sólo por las necesidades de la justicia, a impulsos de la conciencia e incurriendo en grave contradicción, se la iguale al hombre. Esta desigualdad ante la ley la perjudica, no sólo por los derechos de que la priva, sino por lo que disminuye su prestigio. Rebajada la mujer en el concepto de todos y en el suyo propio, no reclama, no puede reclamar ni aun los derechos que tiene. Todo lo ignora, todo lo teme, todos se atreven a vejar a *una mujer sola*, y la letra de la ley es muerta cuando la favorece, si no hay una persona del otro sexo que haga valer su justicia. Estos valedores son rara vez desinteresados, y por regla general la engañan y la explotan, sin que pueda evitarlo, sin que lo intente siquiera, porque ella es la primera convencida de su inferioridad.

Las desdichas que esto le acarrea no tienen cuento; soltera, ve disminuirse y tal vez desaparecer el fruto de los sudores de su padre; viuda, mira acaso sumidos en la miseria a sus hijos, que podrían vivir holgadamente sin su incapacidad para los negocios; soltera, casada o viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesión que exija inteligencia, y esto es lo más grave de todo.

La ley prohíbe a la mujer el ejercicio de todas las profesiones: sólo en estos últimos tiempos se la ha creído apta para enseñar a las niñas las primeras letras.

La opinión ha sacado las últimas consecuencias de estas premisas y ha ido mucho más allá que la ley. En cuanto un trabajo, aunque sea mecánico, exige alguna inteligencia, no se permite a la mujer que en él tome parte, ni ella lo intenta. Cosa bien material es copiar; pero como es preciso, o por lo menos conveniente, tener ortografía, no hay escribientas. Bien



propios para las delicadas manos de una mujer son los trabajos de relojería; pero como conviene saber un poco de mecánica, aunque sea rutinaria, ya no hay relojeras. Así podríamos continuar haciendo una larga lista de oficios lucrativos que no exigen fuerza muscular y a que no pueden dedicarse las mujeres. En cambio llevan grandes pesos, sobre todo en algunos países: son lavanderas, etc.

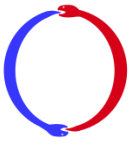
Hay muchos oficios que no exigen mayor inteligencia que otros a que se dedican las mujeres, monopolizados, no obstante, por los hombres, nada más que porque así es costumbre. Esto consiste en que la vida toda de la mujer está encadenada a la rutina; en que el uso, bueno o malo, es para ella ley, y en que el ridículo la amenaza apenas quiere salir del carril trazado. ¿Cómo con su falta de iniciativa, con su debilidad y la idea que tiene de su incompetencia, podrá superar tantos obstáculos? No lo intenta. Su trabajo queda reducido a ocupaciones cada día menos retribuidas, porque las máquinas le hacen una competencia imposible de sostener, y si resta alguna tarea a que pueda dedicarse, acuden tantas operarias, que precisamente les ha de dar la ley, y una ley dura, el que les dé trabajo.

Si se exceptúa alguna artista, alguna maestra y alguna estanquera, en ninguna clase de la sociedad la mujer puede proveer a su subsistencia y la de su familia. Hija, no puede auxiliar a sus padres ancianos; esposa, no puede ayudar al esposo; madre, se ve en el mayor desamparo, si la muerte la deja viuda o la perversidad de su marido la abandona. De aquí la miseria y la desdicha bajo tantas formas; de aquí la prostitución y los matrimonios prematuros o hijos del miserable cálculo y triste necesidad, porque el matrimonio es la única carrera de la mujer.

El concienzudo autor que ha estudiado la prostitución en París observa que la mayor parte de las mujeres que figuran en los afrentosos registros habían sido lanzadas por la miseria al abismo de la prostitución. ¡Cuántas víctimas se le arrancarían si se dejaran a la mujer expeditos todos los caminos para ganar honradamente su subsistencia; si la ley y la opinión no le creasen obstáculos por todas partes; si no tuviera que sostener una lucha en que es a veces tan difícil que triunfe su virtud!

La prostitución es para la mujer el más horrible de los males, y repetiremos con este motivo lo que decíamos hace años en un libro impreso, pero no leído.

«Nunca se conmueve tan tristemente mi ánimo como al entrar en un hospital de mujeres donde se curan las enfermedades consecuencia de la prostitución. Allí las enfermas no suelen quejarse; saben que a nadie inspiran lástima, y procuran sofocar el dolor físico lo mismo que el dolor moral con chanzas obscenas y con blasfemias y con carcajadas que, como las de un loco, hacen llorar. Quieren embriagarse con el vicio: no les queda otro recurso; quieren escupir sobre las cosas santas parte del desprecio que inspiran; quieren negar lo que para ellas está vedado; quieren reírse del

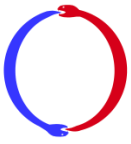


mundo para vengarse del dolor que les causa. ¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y lo confiesan cuando llega a su lado alguna de esas almas que tienen bastantes lágrimas de compasión para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pupila de la prostituta. ¿Quién puede mirar sin profunda lástima aquel ser tan infeliz y tan degradado, que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que debía causarle vergüenza? ¿Quién no se aflige al ver a aquella mujer, que fue inocente y fue pura, que pudo ser respetada, querida, y hoy para ganar pan arroja su cuerpo al muladar del vicio que le envenena, vende por algunos reales a un hombre repugnante el derecho de transmitirle una enfermedad asquerosa, y pasa continuamente de los brazos de la lujuria a la cama del hospital, donde a nadie inspira compasión, donde a todos causa desprecio y asco, donde se la cura para que vuelva a servir, como a un animal que enferma y curado puede ser útil? Digo mal; esta comparación no da todavía la idea de lo que inspira en el hospital la mujer deshonesto, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores, y cuando el practicante, al cortar o quemar sus carnes, le dirige por vía de consuelo alguna obscena chanza. Si no muere joven, ¡qué cosa más digna de compasión que su vejez anticipada y su muerte, que nadie llora!

»La mujer criminal es sin duda más odiosa, pero no hay nada tan despreciable como la mujer deshonesto; no hay hombre tan vil que no se juzgue superior a ella y la desdeñe. Como la primera necesidad de su ser moral es inspirar amor y sentirlo; como, por más que haga la mujer, no puede ser feliz, sino queriendo y siendo querida, la mujer deshonesto es profundamente desgraciada; cuando dice otra cosa, miente, y mentiras son su gozo cuando parece alegre, su contento cuando canta y su satisfacción cuando ríe. Si pudiera verse el corazón de las mujeres impúdicas que por algún tiempo parecen dichosas, se vería su desgracia como una llaga incurable, cubierta con paño lujoso: y digo algún tiempo porque si la felicidad fuera posible, no duraría más que su hermosura, que dura bien poco.»

A esta inmensa desdicha de la mujer contribuyen eficazmente la falta de educación y la imposibilidad en que muchas veces se halla de ganar honradamente su subsistencia, por no poder ejercer ninguna profesión ni oficio lucrativo.

Es preciso ver cómo viven las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo; es preciso seguirlas paso a paso por aquel *vía crucista* largo, luchando de día y de noche con la miseria, dando un adiós eterno a todo goce, a toda satisfacción; encerrándose con su destino como con una fiera que quiere su vida y que la tiene al fin, porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¿Cómo no ha de llegar, llamada por la pestilente atmósfera de la reducida habitación, por la humedad y el frío intenso y el excesivo calor, y la comida mala y escasa, y el trabajo continuo, que no basta para libertar de la miseria a los seres queridos, y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos a los que no trae alegría el sol al salir, ni promete descanso la campana que toca la oración de la tarde?



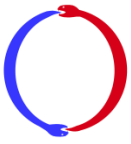
Quien ve estas existencias y las comprende y las siente, se admira de que no sea mayor el número de las prostitutas, de las suicidas, de las criminales, y cree en Dios y en su conciencia que debe pedir educación para la mujer, que debe reclamar para ella el *derecho al trabajo*, no en el sentido absurdo de que el Estado esté obligado a darle, sino partiendo del principio equitativo de que la sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades a la mitad del género humano.

Y aunque no giman luchando con los horrores de la miseria, y aunque no se vean unidas a un hombre que no aman o que les es antipático, y aunque no se atropelle su derecho y no se menoscabe su hacienda, ¡cuántos sinsabores y cuánto tedio acibaran la vida de la mujer por su mala educación!

Falta de autoridad en las cosas que no son de su competencia, es decir, en todo lo que no se refiere a los cuidados domésticos, ve extraviarse el esposo o el hijo, lo siente con su instinto o lo percibe con su natural razón, y se esfuerza para apartarlos del mal camino; pero se esfuerza en vano, porque le imponen silencio con un «¿*Qué entendéis las mujeres de esto?*» y es preciso callar hasta que lllore los males que había previsto y que su falta de prestigio no pudo evitar. Harto frecuente es ver que los hombres cometen los desaciertos y las mujeres sufren sus consecuencias; que la que el día del consejo no fue escuchada, el día de la desventura tenga la primera voz para la resignación, y el consuelo y el sacrificio.

El tedio es otra consecuencia de la falta de educación en las mujeres; muchas *temen los días de fiesta*. Y no se crea que el tedio es un mal de poca importancia y que no puede influir poderosamente en la felicidad doméstica y poner en riesgo la virtud: tal vez es un enemigo más terrible que el dolor. El dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; el tedio es una cosa pasiva, es un vacío que se siente siempre lo mismo, si no se siente más. El dolor ocupa, no deja a la imaginación que se extravíe más que en una dirección; si alguna vez da oídos a la tentación del crimen, rechaza las sugerencias del vicio; el tedio puede escuchar todas las voces tentadoras, tiene caminos para todos los extravíos, y no hay aberración que en un momento dado no pueda servirle de espectáculo. El dolor es motivado, impone respeto; el fastidio vago, sin causa determinada, halla poca tolerancia; el dolor hiere, el fastidio corroe.

En la vida íntima, una mujer muy fastidiada es difícil que no sea muy fastidiosa, a menos que tenga grandes tesoros de cariño y de bondad; y más difícil aún que el hombre tolere paciente un malestar a su parecer inmotivado. Su esposa tiene que comer y que vestir, y la casa bien amueblada; ni sus hijos le dan disgustos, ni él tampoco; todos disfrutan salud; ¿qué le falta a aquella criatura, y por qué se le ha de tolerar su mal humor, a ella que, más joven, tenía tan buen carácter? No se lo tolera, y se impacienta, y la paz se turba, y le es desagradable su casa, y tal vez busca otras satisfacciones culpables.



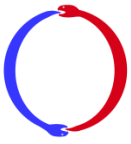
El hombre que no halla razón para tolerar el mal humor de su compañera, no repara que su amor se ha convertido en amistad, acaso tibia; que sus hijos no la ocupan ya incesantemente como en la infancia; que se van de casa a sus ocupaciones y a distraerse con él, y que su mujer pasa la vida casi sola. Los cuidados domésticos la ocupan, pero no lo bastante; no pueden satisfacer las necesidades de su ser moral e intelectual, y cuanto más activa sea y más inteligente, estará peor.

Si es devota, corre riesgo de hacerse beata; si no lo es, está en peligro de disiparse, arruinando a su marido con lujo y diversiones; suponiendo que no le deshonre con excesos, cuando no le sucede ninguna de estas dos cosas, se fastidia en el hogar doméstico, siendo realmente desgraciada. El tedio es una enfermedad del entendimiento que no acomete sino a los ociosos. Las ocupaciones de la mujer no le ocupan más que las manos; llega un tiempo en que a fuerza de abusar de ella en trabajos minuciosos, casi microscópicos, la vista le falta, y hasta la ocupación manual queda reducida a muy poca cosa.

Si las mujeres no tuvieran facultades intelectuales, debían estar satisfechas cuando no sienten grandes penas en el corazón ni les falta lo necesario para la vida material; no obstante, no es así. Tal vez se nos arguya diciendo que incurrimos en un error de hecho; que las mujeres a que aludimos, cuando no se quejan, prueba es de que se encuentran bien, y que su desdicha es obra de nuestra imaginación o del deseo de hallar argumentos en confirmación de nuestras opiniones.

No son los hechos una cosa tan fácil de ver como se cree. ¡Cuántos hombres tocan los desdichados efectos del tedio de su mujer sin sospechar la causa! ¡Cuántas mujeres se hallan mal, o tal vez son desgraciadas sin que acierten por qué, y miran como inevitable su malestar, atribuyendo a sus nervios, a su desdicha o a su culpa, lo que es consecuencia de la inacción de sus facultades más nobles!

El tedio de la mujer hace grandes estragos en la paz doméstica; enemigo invisible y poderoso, parece como que se identifica con las existencias que envenena, y se presenta con el poder de la fatalidad. Es probable, es casi seguro, que muchos lectores creerán que exageramos sus consecuencias; pero todo el que le observe con atención se convencerá del daño que hace, de que produce un malestar en la mujer que se comunica a la familia, y es como ciertas enfermedades que revisten mil formas, pero cuyo origen es el mismo. Fuera de los casos excepcionales de virtud heroica o bondad sublime, cierto grado de malestar es un obstáculo insuperable para derramar el bien en derredor de sí, y cuando se derrama, hay siempre en él una acritud o una melancolía que revelan su triste procedencia.

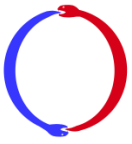


Todos estos inconvenientes y otros muchos se remediaban con que las mujeres tuvieran ocupaciones útiles y racionales, ocupaciones que las *ocupasen*, y en que entrase en mayor o menor escala el ejercicio de las facultades más nobles. Las personas que empleen todas las que han recibido de la naturaleza, serán desgraciadas cuando Dios les mande alguna terrible prueba, pero no se fastidian nunca: el tedio es hijo de la ociosidad.

Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la mujer a las cosas grandes es hacerla esclava de las pequeñas. Las minuciosidades inútiles y enojosas, los caprichos, la idolatría por la moda, la vanidad pueril, todo esto viene de que su actividad, su amor propio, tiene que colocarse *donde puede*, y hallando cerrados los caminos que conducen a altos fines, desciende por senderos tortuosos a perderse en un intrincado laberinto. Las necesidades verdaderas, según la clase de cada uno, tienen límites; no los hay para las del capricho y la imaginación, que pide al lujo goces acaso incompatibles con la honra. La mujer se hace esclava del figurín y de la modista, cifrando su bienestar en la elegancia y la riqueza de su traje, y en que la casa esté lujosamente amueblada. Hay pocas disposiciones de nuestro espíritu con tendencias tan invasoras como la vanidad: se desborda si no se le pone coto. ¿Y cómo podrá contrarrestarla con sólidos diques el entendimiento de la mujer sin educación y sin ejercicio? Lejos de hallar grandes obstáculos, la vanidad encuentra poderosos auxiliares en las ocupaciones, en los hábitos, en los devaneos intelectuales de la mujer, y así hace en ella tantos estragos; al verlos, se llaman inclinaciones innatas a las monstruosidades engendradas por el error, e imperfecciones naturales a la ignorancia de la naturaleza o a la impiedad de querer desfigurar con mano sacrílega la obra de Dios.

Es una inmensa desdicha para la mujer el dar mucha importancia a lo que tiene poca, poniéndose bajo el yugo de las cosas pequeñas. Como son tantas, la desgracia puede venirle de muchas partes, y a veces sin voluntad o sin remordimiento del que la envía. En estas penas desproporcionadas al mal que las causa se sustituye el ridículo a la gravedad; la prueba no proporciona triunfos a la virtud, ni da la resignación ejemplo, ni purifica el dolor. La existencia de la mujer se ve muchas veces como acribillada por un enjambre de insectos, que llegan uno a uno, fáciles de aniquilar aislados, irresistibles reunidos, y no los pisa, no los aniquila, porque ha aprendido en mal hora que es para ella imposible. ¡Cuántas veces se parece su abatimiento al de aquel loco inmóvil en su asiento porque creía que era una gruesa cadena el hilo con que estaba atado!

¿Hay para la mujer más desdichas creadas o agravadas por la inactividad de sus facultades intelectuales? Sí, hay otro mal que estremece: la pasión; fiero enemigo ante el cual se halla sin defensa; ¿qué decimos de defensa?, le presta auxilio poderoso todo su modo de ser tal como la sociedad le ha forjado en el terrible yunque de su voluntad ciega.

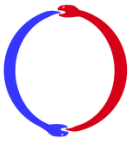


No es ya la mujer la hembra del bárbaro o del salvaje, embrutecida y mártir, que apenas tiene fuerza ni tiempo más que para resistir el dolor y la opresión; no es tampoco la mujer de Oriente, cuya belleza física se precia escarneciendo la hermosura de su alma; el hombre ha comprendido que su corazón es un tesoro, y la mujer del mundo civilizado y cristiano, moralmente rescatada de su largo cautiverio, es amada, puede amar, ama: sus facultades afectivas se han reconocido antes que sus facultades intelectuales, y su corazón no se halla dentro de un círculo de hierro como su inteligencia. Así era necesario; el hombre siente antes que piensa. El cariño, si no es mutuo, no puede ser dichoso, y el hombre no podía prohibir a la mujer el sentimiento sin vedarse a sí propio la felicidad. En el mundo de los afectos, la mujer tiene ya personalidad, nadie le niega su competencia y su derecho.

Tal es la situación de la mujer; abiertos todos los caminos de sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia. Impresionable y amante por naturaleza, toda su actividad se lanza por el único camino que no le está vedado.

Amar para ella es la vida, toda la vida; el amor es a la vez un recurso, una ocupación, un sentimiento, y ama sin medida, ciegamente, con locura, con delirio, porque sin el amor, sin algún amor, su existencia es la negación, es la nada. Así se la ve recorrer apasionadamente la escala de todos los amores, los sublimes como los ridículos, desde el santo amor de Dios, al que le inspira su perro o su gato. Más impresionable, más amante que el hombre, para no verse arrastrada por la pasión, necesitaba mayor contrapeso que él, y no tiene ninguno. El hombre cultiva sus facultades intelectuales, preparando así el equilibrio, ya por la actividad que se reparte, ya por el adversario que el día de la lucha hallarán los afectos en la razón ilustrada. El hombre tiene una vida activa y necesidad de prestar atención a las cosas exteriores y de concentrarla en los trabajos del espíritu; así puede prestar menos al sentimiento, preparando contra sus extravíos armas poderosas para defenderse. Su existencia es compleja, el bien y el mal tienen muchos caminos, pero lleva en sí medios variados para buscar el uno y huir del otro.

La vida de la mujer es sedentaria y monótona: no tiene ni actividad ni variedad. Si es vulgar, admite el amor, cualquier amor, como pasatiempo; si no lo es, ama con vehemencia, con pasión. Toda la febril actividad de su alma se concentra en un solo punto; ninguna cosa la distrae de su peligroso éxtasis, y el día que se extravía, nada la contiene, y el día que se aflige, nada la consuela; porque un ser era la luz de sus ojos, y cuando la pierde, queda en la oscuridad y ve extrañas visiones. El mundo con sus trabajos, con sus ruidos, con sus hechos, no turbó sus sueños de felicidad, ni consolará las realidades de su desgracia. En sí no halla recursos para combatir la pasión, que es la única forma en que concibe la vida. Su dicha no tiene más que un molde; roto éste, es imposible. Hará oír el gemido de la mujer piadosa o la carcajada de la prostituta, y según el camino que elija,



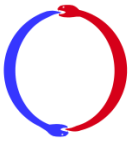
será digna de desprecio o de respeto, pero nunca será feliz. La pasión para el hombre es un torrente; para la mujer, un abismo.

Tal es la situación de la mujer en el mundo civilizado y cristiano, en que tiene grande actividad la parte afectiva de su alma, mientras permanece en letargo su inteligencia. Más impresionable y más amante por naturaleza, todos los amores de la mujer serán siempre más vehementes; pero con otra educación, más y mejor ocupada, atrayendo una parte de su actividad a sus facultades intelectuales, que pudieran en el día de la lucha hacer de contrapeso, servir de faro y llenar un vacío, la mujer no se vería indefensa contra la pasión que clava en ella la garra, destrozando sus entrañas. De todas sus grandes desdichas ésta es acaso la mayor. Para la mujer vehemente y apasionada, inevitables son las borrascas de la vida, lo sabemos; pero si ha de lanzarse al mar tempestuoso, no privarla siquiera de brújula y de timón.

La inteligencia que ha profundizado más en el estudio de las pasiones, Mad. Staël, dice: «...las leyes mismas de la moralidad, según la opinión de un modo injusto, parecen suspendidas en las relaciones entre las mujeres y los hombres; pueden ser buenos y haberlas causado el más horrible dolor que a un mortal le es dado producir en el alma de otro; pueden engañarlas y pasar por veraces; en fin, pueden recibir de una mujer servicios, pruebas de abnegación que unirían a dos amigos, a dos compañeros de armas, deshonorando al que fuese capaz de olvidarlas; pero si estas mismas pruebas las recibió de una mujer, a nada queda obligado, atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, un don más, disminuyera el precio de los otros».

Esto es evidente. Que hay una moral para las relaciones de los hombres entre sí, y otra para su trato con las mujeres; que con ellas los compromisos, la palabra empeñada, el honor, la gratitud, tienen una significación distinta, no es cosa que puede ponerse en duda. Un hombre puede ser mil veces infame, y con tal que lo sea con mujeres, pasará por caballero; puede ser vil, y gozar fama de digno; puede ser cruel, sin que le tengan por malo.

¿Cuál será la causa de este increíble absurdo que apenas se nota? ¿Tal es la desdichada facilidad con que nos acostumbramos a respirar la atmósfera del error! ¿Cómo hay dos criterios, uno aplicable al mal que hacen a las mujeres y otro al que pueden hacerse los hombres entre sí? La razón de esto es la supuesta inferioridad de la mujer; nada puede ser mutuo entre los que no se creen iguales. ¿A qué se juzga obligado, moralmente hablando, un orgulloso aristócrata con el último de sus criados? A muy poca cosa. Y si le habla y le considera, y le compadece, y no le falta en nada, dígallo o no, cree hacerle un favor, y llama a su deber caridad. A medida que sus inferiores se aproximan a él les concede más derechos, es decir, cree que tiene más deberes, y no le parecería *decentemirar* a su mayordomo o a su contador como a su mozo de cuadra.



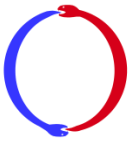
Si recorremos la escala de las relaciones que los hombres tienen entre sí, veremos que para con el esclavo, ser inferior, vil y despreciado, apenas hay más que derechos: a medida que el hombre se levanta en la ley y en la opinión, y le creemos más *semejante*, el número de nuestros deberes se va aproximando al de nuestros derechos, hasta la perfecta igualdad, en que no hay derecho que no imponga un deber.

Si el hombre no se cree obligado con la mujer como con otro hombre, es porque la juzga inferior, y tan cierto es esto, que la opinión le permite perjudicar a una criada mucho más que a una señora, y a medida que su víctima desciende en la escala social, puede subir él en la de la maldad, sin que le llamen malvado.

Hay mujeres que se quejan del matrimonio, atribuyendo a la institución que más las favorece los males que vienen de otra parte. No hay contrato que establezca igualdad ni deberes mutuos entre dos seres, uno de los cuales se cree más perfecto que el otro. El mal no está, pues, en el matrimonio, que favorece mucho a la mujer, dadas sus condiciones, sino en la desventaja con que va a él, siendo inferior en la opinión y en la realidad, porque inferior es su inteligencia no cultivada.

Bajo cualquier aspecto que se considere la vida de la mujer, se ve la necesidad de educarla y las tristes consecuencias de que no se eduque. Físicamente más débil, necesita suplir con la inteligencia la falta de fuerza muscular; más impresionable, más vehemente, ha menester educar sus facultades intelectuales para que sirvan de contrapeso a los extravíos de su imaginación y a los ímpetus de su vehemencia. El hombre, no obstante, le cierra los libros del saber, y, ¡cosa increíble!, le permite que abra los que pueden hacerle un daño incalculable, y no lleva a mal que se envenene con novelas inmorales y que resabie su entendimiento con lecturas frívolas: más lógico y más racional era no enseñarla a leer. Combate el tedio con las novelas; y las novelas, ¿con qué las combatirá? Bebidas hay que aumentan la sed, y distracciones que, buscadas para llenar el vacío, le hacen mayor.

La falta de educación, tan fatal para la mujer, ¿es ventajosa para el hombre? Investiguémoslo.



Capítulo VI

Consecuencias para el hombre de la supuesta inferioridad de la mujer

Con decir que la mujer es la compañera del hombre; que hija, madre, esposa, hermana, marcha con él por el camino de la vida; que unidos arrostran sus borrascas y atraviesan sus desiertos, parece que se ha dicho que el hombre está interesado en que esa criatura que ha de ir con él, de la que no puede separarse, sea todo lo fuerte, todo lo perfecta, todo lo parecida a él que fuere posible, para que le ayude más, para que le comprenda mejor y, en fin, para que su compañía en muchos casos no le deje enteramente solo. Esta verdad es tan clara, que no debería necesitar explicación alguna; pero como el hombre parte, para formular sus opiniones y sus leyes, de los errores opuestos, necesario es combatirlos por su propio bien, que desconoce.

Hay casos en que el hombre empieza a sentir antes de nacer las fatales consecuencias de la inferioridad de la mujer.

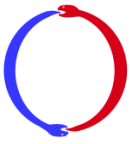
La pobre madre abandonada por su amante o por su marido, o que, viéndolos enfermos, necesita dedicarse a un trabajo superior a sus fuerzas, no tiene pan, sufre amarguras y dolores punzantes, que influyen en la criatura que lleva en su seno. ¡Quién sabe si la expondrá en el torno de una inclusa, si la inmolará tal vez!

Si la mujer, mejor educada, fuese menos crédula; si su imaginación y sus instintos tuvieran el contrapeso de una razón más cultivada y de una ocupación más racional, ni sería débil tantas veces, ni abandonaría tantas el fruto de una unión ilegítima, por la imposibilidad de sostenerla sola.

En las clases elevadas, el tedio, la excitabilidad, las exigencias caprichosas que producen tempestades domésticas, la falta de higiene, la presión del vientre y tantas otras cosas análogas que ocasiona o exagera la educación frívola de la mujer, ¿no influyen en el hijo que lleva en su seno?

Nace éste, y aun favorecido por la fortuna, difícil será que no le perjudique la falta de conocimientos higiénicos de su madre. Si es pobre, luego empezará a sentir las consecuencias de la pobreza, contra la que lucha en vano una pobre mujer, cuyo trabajo, si acaso le halla, es tan mal retribuido, que, abandonando a sus hijos todo el día, no gana para pan. Aunque tenga marido y no esté enfermo y trabaje, y no distraiga para vicios una parte de su salario, cosas que muchas veces no suceden, un jornalero no puede atender a todas las necesidades de una numerosa familia, y la mujer le ayuda poco o nada, porque se la considera inútil para los oficios más lucrativos.

Con la falta de lo necesario vienen la niñez enfermiza, y la juventud débil, y la enfermedad, y la muerte prematura. Con la falta de lo necesario

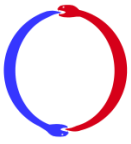


se exaspera el carácter, se endurece el corazón, se aflojan los lazos de familia, la educación es imposible, y fácil pagar tributo al vicio, al crimen tal vez. Todo lo que tiende a hacer miserables, tiende a hacer degradados, y la inferioridad de la mujer, su *inutilidad* en muchos casos, es un elemento de miseria.

Aun en las clases mejor acomodadas, dado el desnivel de las aspiraciones que se creen necesidades con los medios de satisfacerlas, es raro que en la casa haya desahogo y bienestar, que no haya apuros y privaciones que turben más o menos la paz doméstica. El niño y el joven empiezan a sentir los efectos de este malestar, de este desnivel que se nota entre las aspiraciones y los medios, y sería menor si su madre tuviera una ocupación racional y lucrativa, que la hiciera aumentar un poco los ingresos y disminuir algún tanto su presupuesto de gastos en el capítulo de lujo.

Cuando el adolescente trata de seguir una carrera, su madre es quien mejor puede guiarle, porque es la que mejor le conoce y la que le quiere más. Pero ¿sabe su madre la conexión que existe entre ciertas aptitudes y ciertas profesiones? ¿Conoce ella si las disposiciones que nota en su hijo deben hacerle sobresalir en tal carrera, si tales deficiencias le hacen inútil para tal otra? La madre no suele influir en la dirección que ha de seguir su hijo, o influye con poco acierto. Si tal vez su buen instinto le hace adivinar lo mejor, su voto carece de autoridad, y con un *las mujeres no entendéis de estas cosas*, el joven obedece a su padre, o toma consejo de su vanidad o de su pereza, y se acuerda tristemente del de su madre cuando ya no es tiempo de seguirle. Quien le ama y le conoce mejor, no tiene competencia para guiarle, y su entendimiento se halla en una especie de orfandad que tal vez llore toda la vida.

El niño tiene el instinto de Dios; su madre le convierte en sentimiento y le enseña a orar. La religión es un consuelo y un freno; el freno estorba al joven, y le rompe, porque por el momento tiene la dicha de la juventud, y no necesita consolarse; además, para parecer hombre en ciertos países no basta fumar, conviene también no ir a la iglesia. Su pobre madre le ve extraviarse, le mira ya en el camino del vicio que envenena el alma y el cuerpo, quiere hablarle de Dios y de sus mandamientos que pisa, pero su palabra no tiene prestigio ni su voz autoridad; la religión *escosa de mujeres*, y él debe ostentar sus bríos varoniles no creyendo en nada, máxime cuando aquella creencia le impone deberes que no está dispuesto a cumplir y le *estorba* para sus devaneos o para sus vicios. Su madre, poco ilustrada, acaso fanática o supersticiosa, le da pretexto o motivo para que no la escuche dócil; tal vez atribuye más importancia a una práctica indiferente que a una ley santa; tal vez compromete el prestigio de las cosas graves con exageraciones ridículas; tal vez tiene en más la forma que la esencia; tal vez no sabe cuándo es menester ceder un poco para no comprometerlo todo; tal vez quiere combatir una ceguedad con otra, y se irrita con el choque inevitable. La mujer es la que conserva en el hogar el fuego sagrado

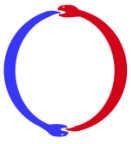


de los sentimientos religiosos; si la ignorancia la hace fanática y supersticiosa; si mira la razón como un monstruo y quiere combatirla siempre sin concederle nada nunca, se queda sola: sus hijos se van con su padre por el camino de la duda, de la indiferencia o del error, tan fácil al principio, tan penoso después. ¡Qué de amarguras prepara al hombre y al anciano el joven que rompe con toda creencia religiosa y pierde enteramente la fe, que tal vez conservaría si su madre hubiera sido más respetada y más razonable! Hay muchas personas que ven en la educación intelectual de las mujeres un gran peligro para la religión; a nosotros nos parece evidente que la regeneración religiosa sólo puede venir por ellas; que sólo cuando no se presten a ser instrumento de exageraciones absurdas o de cálculos interesados; sólo cuando aparten del santuario lo que desfigura su majestad; sólo cuando no conviertan muchas de sus acciones en argumento contra sus creencias; sólo, en fin, cuando sepan razonarlas podrán inocular su fe en un mundo corroído por la duda, gangrenado por la indiferencia.

El joven ama, y halla en su amada las consecuencias de una educación absurda. La coquetería en la mujer tiene una parte natural e inocente; la mayor y la peor parte es obra de la sociedad. La mujer ociosa, pueril y vana, tal vez acoge las protestas de amor, tal vez responde a ellas, no porque ame, sino por vanidad y pasatiempo. Los afectos del corazón, una cosa tan seria, tan grave, vienen a ser acaso un medio de distracción para una persona desocupada. Hay muchos hombres, y suelen ser los que más valen, que en la mejor época de su vida, si no en toda ella, son esclavos de su corazón, es decir, de una mujer que tal vez no les corresponde, porque no hay en ella nada grave ni formal, porque su vida es una vanidad de vanidades, y porque siendo el juguete de tantas cosas, concluye por tomarlo todo a juego. Imposible parece que los hombres no traten de ilustrar la razón y fortificar la conciencia de una criatura que puede llegar a ser su tirano, y, no obstante, así sucede.

Las comedias, las novelas, los sainetes, los refranes, todas las expresiones del sentido común, están llenas de los caprichos, de las veleidades, de la inconstancia de la mujer. En esto hay un fondo de verdad. El alma de la mujer tiene que aparecer en muchas ocasiones con los defectos propios de la esclavitud y de la ociosidad. Si ama, si ama de veras, se salvará su virtud, su moralidad. Hija, esposa, madre amante, es buena, noble, sincera; el fuego santo que arde en su corazón purifica todo su ser, le ocupa, le llena. Está en riesgo, en grave riesgo de ser muy desgraciada; pero está segura de no ser infame ni vil.

Todo cariño verdadero, vehemente, puro, es noble, es moral; la mujer que le siente tiene en él un guía y un escudo, si no contra el dolor, contra la maldad; pero si su corazón no es capaz de amar bastante, o si no ha visto ninguna criatura digna de su amor; si la injusticia y el desdén con que se ve tratada la irritan y hacen injusta; si en la ociosidad en que vive su alma y en el tedio que a veces la abrumba, quiere distraerse y toma el gusto de un pensamiento, por el goce de una pasión, entonces es fácil que, engañándose



a sí propia, o no escrupulizando en engañar a los otros, jure un amor que es mentira, y sea, según su carácter y su inteligencia, la coqueta vulgar, o la mujer peligrosa, verdaderamente *infernál*, como muchas veces se la llama.

La mujer sin ocupación ni educación para sus facultades superiores va por el mar de la vida sin timón y sin brújula; el sentimiento que puede salvarla, si no es muy puro, puede extraviarla también, y cuando se estrella hace víctimas, porque no va sola.

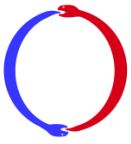
Esta mujer de ahora, de que tanto se queja el hombre, no es a veces muy propia para contentarle; es, permítasenos la frase, *una mujer de transición*, «con todos los defectos y las desdichas de quien vive en medio de la lucha del pasado y del porvenir, marchando por el caos a la luz de los relámpagos y queriendo comprender en vano las armonías de la tempestad.

El amante no sólo tiene que temer las veleidades y caprichos pueriles de la que pretende hacer su esposa, y que le escuche por pasatiempo, y que le engañe, engañándose ella misma, en aquella unión a que él no lleva más que amor, puede llevar ella nada más que cálculo. Puede no amarle, ni sentirse con vocación para el matrimonio y, no obstante, casarse, porque las mujeres *no tienen otra carrera*. La joven mira su porvenir: muerto su padre, casados sus hermanos, le espera la pobreza, tal vez la miseria, o el amargo pan que le dé una cuñada; la soledad material y moral de quien recorre la triste escala de no ser *necesaria*, ser *inútil* y ser *estorbo*; ve su destino de *vestir imágenes* y su apodo de *solterona*, y se casa sin amor, tal vez sintiendo aversión por el hombre que ha de ser su compañero hasta la muerte. ¡Desdichado si la ama! ¡Desventurados los dos si ella ama a otro algún día!

¿Sucedería esto si la mujer tuviera medios de ganar su subsistencia, según su clase, como el hombre? ¿Si tuviese verdadera personalidad, y no esa mentida, que se pierde cuando concluyen los atractivos de la belleza y las simpatías del sexo? Si adquiriese instrucción proporcionada a su categoría, ocupación racional y lucrativa y adornase su alma con los encantos que no envejecen, ¿vería al quedarse sola la pobreza, el abandono y el ridículo? ¿Tendrían los hombres que temer con tanta frecuencia que la mujer que quieren hacer su esposa por amor se una a ellos por... cuesta trabajo, pero es preciso decirlo, por comer?

La mujer necesita en este caso, como en otros muchos, una especie de heroísmo para no mentir, para no engañar, y la mujer miente y engaña. ¿Con qué derecho exige de ella fortaleza el que hace cuanto puede para que sea débil?

Una vez casado, el hombre sufre las consecuencias de la falta de educación intelectual de su mujer. En nada relativo a su profesión puede



ayudarle, sigue tal vez el consejo del amigo pérfido y no consulta a la compañera que le ama y está identificada con él. Su buen sentido y su afecto la hacen adivinar los peligros de una empresa arriesgada, lo descabellado de un proyecto; pero se le impone silencio con la frase sacramental: «¿Qué entendéis las mujeres de estas cosas?»

El sentido común se ha hecho cargo de lo que vale el consejo de la mujer a pesar de su incompetencia, y si bien, para no comprometer la supremacía masculina, dice que *vale poco*, añade *que el que no le toma es un loco*. Contradicción notable que, como otras muchas, es el resultado de las ideas, viniéndose a estrellar contra la evidencia de los hechos. La naturaleza, que hizo a la mujer más débil, le dio más sagacidad: su consejo ilustrado debía valer mucho, y el hombre se priva de él o le desdeña.

Enfermo o agobiado de trabajo, en nada puede auxiliarle la esposa que tanto sufre, viendo que compromete su salud y tal vez su vida por no tener un descanso que ella le daría a costa de los mayores sacrificios, y que en su ignorancia no puede proporcionarle.

Vienen a comprometer la paz doméstica, o por lo menos a hacer menos grato el hogar:

El tedio, cuyos efectos son tristes, aunque la causa pase inadvertida.

Las vanidades pueriles y los despilfarros, que son su consecuencia.

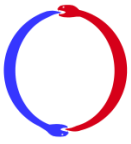
Las genialidades indómitas, no tenidas a raya por las facultades más nobles, que se debilitan en la inercia.

El ocio intelectual, que exalta la imaginación, que quiere dar cuerpo a fantasmas soñados y forja amantes quiméricos que no realizan los maridos.

La lucha, en fin, de dos personas que ven las cosas de muy distinta manera.

La naturaleza ha hecho al hombre y a la mujer diferentes, pero armónicos; la sociedad los desfigura, de modo que vienen en muchos casos a ser opuestos.

El hombre recoge también en sus hijos las consecuencias de la degradación intelectual de la mujer. Sobre ellos se refleja todo malestar o lucha doméstica, la falta de higiene, y el mal humor que el tedio produce, y los efectos de la ignorancia de su primera maestra, que alguna vez los extravía en lugar de guiarlos, que no tiene prestigio para encaminarlos bien. Todos los defectos, todos los extravíos de los hijos, son pena para el padre. Si tiene hijas, recogerá en ellas todo el fruto de los errores que sembró respecto a su sexo. Tal vez las vea desgraciadas en el matrimonio, o tenga el desconsuelo de dejarlas en la soledad y en la pobreza; tal vez anciano, enfermo y pobre, sufre en la miseria porque su hija se esfuerza en vano para proporcionarle recursos con su trabajo; y por mucho que la fortuna le favorezca, será difícil que no le lleguen de algún modo los efectos



de tantas desventajas como tiene la mujer, de tantos dolores como son su consecuencia.

Hermano, ve sufrir a las dulces amigas de su infancia, y ¡cuántas veces tiene que imponerse sacrificios para auxiliarlas!

Desde la cuna hasta el sepulcro, en todo el camino de la vida, va recogiendo el hombre las tristes consecuencias de la inferioridad intelectual de la mujer. Es preciso que así sea. Aunque no la mirase más que como instrumento de placer, claro está que le dará más cuanto sea más perfecto. El día que se ilustre bastante para aprender a ser razonablemente egoísta, la educación intelectual de la mujer no tendrá impugnadores.

El hombre civilizado y cristiano que ama a su esposa y venera a su madre está bien lejos del salvaje que oprime a la hembra. El mundo antiguo consagró el abuso de la fuerza; el mundo moderno le escarnece. Maltratar a una mujer parece hoy cosa tan vil, que es raro que ningún hombre lo haga, si no está embriagado por el vino o por la cólera. Y cuando vuelve en sí, y alguno le dice: «¿No te avergüenzas de pegar a una mujer?», es seguro que le da vergüenza o no la tiene.

A medida que el hombre se ilustra, se civiliza, se hace mejor, mejora la condición de la mujer; le da derechos, le reconoce más *semejanza*. Esto es necesario: no puede progresar dejando a la mujer estacionaria, ni tener los goces sublimes del corazón y de la inteligencia con un ser grosero. Aunque en esto no haya obrado por cálculo, puede notar que cada concesión que hace a su compañera es para él como un manantial de bienes, y que se eleva a medida que la levanta. ¿Se concibe dignidad en un hombre cuya esposa, cuya madre y cuya hija sean viles? ¿Se concibe libertad en un hombre cuya esposa, cuya madre, cuya hija sean esclavas? ¿Se concibe idea de derechos en un hombre que no reconozca deberes para con su esposa, su madre y su hija? ¿Se concibe dicha en un hombre que haga desdichadas a su esposa, a su madre y a su hija? La ventura es mutua, el bien es armonía, y por la justicia de los hombres se mide su felicidad.

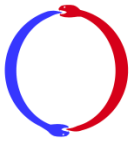
Seguir leyendo 

A woman in silhouette is sitting on a ledge, looking out over a sunset. The sun is low on the horizon, casting a warm orange glow across the sky. The woman's reflection is visible in the water in the foreground. The background shows a range of mountains under a clear sky. The text "Nuevos horizontes" is overlaid on a dark horizontal band across the top of the image.

Nuevos horizontes



En mala hora



Ginés J. Vera

A Sergio “Vaquerito” Martínez, *in memoriam*; te lo debía, amigo.

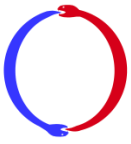
La historia de los villanos es mucho más entretenida que la de los héroes, porque los monstruos no nacen, son creados. No surgen del vacío ni de la oscuridad por sí mismos, sino que son moldeados por las circunstancias, por las heridas del mundo que los rodea.

Mary Wollstonecraft Shelley



Observó la hora el salpicadero: las dos y media de la madrugada. David se detuvo en uno de los semáforos de la calle desierta mirando a ambos lados. Sería con seguridad, se dijo, el único taxi libre dando vueltas por aquel barrio. Y, lo peor, pensó blasfemando, sin encontrar al cliente. En ese momento, la advertencia de Mike, su socio en la empresa de taxis: «Eres el único que no lleva sistema GPS en el vehículo, ¿lo sabes?», le golpeó como una bofetada. La tecnología no le hacía mucha gracia, prefería dar un par de vueltas o preguntar. Veía la utilidad, por descontado, de aquel chisme en concreto, pero en el pecado llevaba la penitencia; con el GPS también podían saber dónde estaba. Él y su taxi. Y él quería ser libre, al menos, hasta que fuera inevitable.

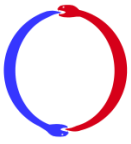
Con el semáforo aún en rojo, rebuscó en el salpicadero, apartando la Glock, las notas de avisos. Las tomaba a mano, en papel, como había hecho desde que tuvo su primer taxi, a pesar de que Caroline, su mujer, le había regalado un teléfono celular con agenda. Más tecnología, rumió por lo bajo, dándole las gracias el día de su cumpleaños. Encontró, por fin, la nota del servicio especial de esa noche. Volvió a leerla en voz alta, por si se le



hubiera pasado algún detalle. El semáforo se puso en verde. No se movió. Cualquier otro día, un vehículo o dos detrás del suyo le hubieran increpado, alterados, entre pitidos. Pero, a esa hora, el Bulevar Sur parecía un cementerio. Las calles dormían silenciosas, las ventanas simulaban párpados cerrados. Tan solo el viento trasteaba fuera del vehículo, agitando papeles, haciendo gemir alguna valla publicitaria. Pisó suave el acelerador justo cuando el semáforo cambió de nuevo a rojo. No le preocupó. Ningún agente de tráfico iba a detenerle por saltárselo. Reflexionó sobre ello girando despacio en el siguiente cruce. Incluso sin ver el rótulo de la calle, supo que era la del aviso. Cayó en la cuenta de que había pasado frente a la puerta del aquel local —cerrado, por cierto— varias veces. Justo donde debía recoger a su supuesto cliente. Decidió detenerse, apagó el motor y devolvió la nota a la guantera, con las demás, sujetas con un clip. Supuesto cliente, volvió a rumiar. Encendió con parsimonia un cigarrillo y comenzó a pensar.

Podría cometerse un delito en ese momento, en aquel lugar, y no habría testigos, ni un mísero policía. Se le erizó la piel de la nuca al pensarlo. Quizá, porque de tanto en tanto tenía pensamientos como aquel, aparentemente erráticos, que luego cobraban sentido. Hasta entonces, no había meditado mucho en ello. En la conexión entre sus elucubraciones y lo que sucedía tiempo después. Tras una última calada y, a pesar de no ver a nadie, comenzó a sentirse observado. Arrancó inquieto; luego, dio una vuelta más a la manzana. El temor le llevó a escrutar con detenimiento cada rincón, a mirar en el espejo retrovisor al girar cada esquina en busca de no sabía muy bien qué. ¿Y si no fuese una casualidad que estuviese allí, a esa hora —lanzó de nuevo un vistazo al reloj—, sin el cliente del aviso esperándole? Trató de calmarse. Los ojos se le iban a cada rumor del viento, ahora más enloquecido, sacudiendo los semáforos, levantando suciedad... Temió que de un momento a otro alguien se le acercase para asaltarle, para robarle la recaudación del día. Pensó en la Glock de la guantera. Lo mejor era regresar a casa, asintió. No estuvo seguro de si lo dijo en voz alta o fue solo un pensamiento convencido. Se limpió el sudor de la frente. Le hubiera gustado poner la radio para distraerse, pero una vez más, no le había hecho caso a Caroline. Había demorado llevarla a reparar. Siempre lo dejaba todo para más tarde.

«Comprueba los avisos —le solía decir ella—, sobre todo en los servicios especiales». «Lo haré», respondía él, aunque solo para tranquilizarla; rara vez lo hacía. También su socio se lo había reprochado. Así había sido con aquel aviso, finalizado su turno. Telefonó a Caroline: «Llegaré tarde. Un *servicio especial*, en el Bulevar Sur, casi a las dos de la mañana». Extrañamente, no le sermoneó. «Estaré durmiendo», le respondió. «Me pagarán bien», se limitó a añadir, pero ella ya había colgado. Temió qué justificación le daría a la mañana siguiente, durante el desayuno; casi pudo oír sus reproches, la eterna frase: *ya te lo dije*.



Quiso alejarse de aquel barrio cada vez más siniestro, atajó por una de las avenidas. Distinguió a un hombre en la acera, encorvado, llevaba de la correa a un perro canijo. «¿A estas horas?», se extrañó. Pasó despacio frente a aquel, ambos se miraron. El tipo parecía invidente, lo creyó al ver el reflejo de las gafas oscuras. El chucho también le lanzó una mirada inquieta. De repente, un semáforo en rojo. Frenó con brusquedad. «No hubiera pasado nada de habérmelo saltado», se convenció. Por alguna razón, clavado en medio de la avenida, bajo el aparentemente inútil semáforo en rojo, repasó en su cabeza el aviso especial de esa noche. Aquella voz de la llamada solicitándolo... ¿Qué tenía de particular?, se dijo. Por alguna razón, la evocó familiar, aunque todos los tipos que llamaban de noche le parecían el mismo. En el recuerdo se coló también la voz de su mujer, aquella advertencia: «Comprueba las llamadas»... *Bulevar Sur. Dos de la mañana...* «Lo haré»...

Arrancó antes del cambio de color. Se deslizó a gran velocidad aprovechando el vacío de las calles incluso al llegar a su barrio. Tres de la mañana. Todos dormían. «No todos», reflexionó. Al entrar en el salón de su casa, no percibió nada inusual; y, sin embargo, se dirigió de prisa hasta el dormitorio sin la precaución de no hacer ruido, de no despertar a su mujer. Dormía. O eso le pareció. Cruzó hasta el cuarto de baño. La luz sí hizo removerse a Caroline que le preguntó:

«¿Ya has vuelto? —Él no le contestó, se limitó a dar vueltas por el dormitorio—. ¿Qué te pasa?», murmuró ella; luego, encendió la lámpara de la mesilla de noche. David se agachó: nada bajo la cama. Abrió los armarios.

«¿Qué te ocurre, qué pasa?». Caroline se incorporó viendo como él regresaba al baño.

«¿Te has duchado?», le preguntó.

«¿Qué? No... Bueno, sí», rectificó incómoda, tapándose con la sábana.

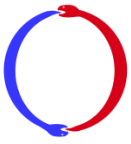
«¿Y la toalla?».

«¿Por... por qué me lo preguntas? ¿Qué te ocurre? Estás muy raro».

David se acercó a la cama. Le bastó con mirarla a los ojos.

«¿Dónde está la toalla?», le volvió a preguntar. Antes de darle más tiempo para responder fue al cesto de la ropa sucia. La encontró oculta, en el fondo. Dos toallas, ambas húmedas. Las olió.

«¿Me lo vas a contar?». Caroline se había colocado la bata y las zapatillas, le miró inquieta desde el quicio de la puerta.



Vio temblar a su mujer, encerrarse en el baño echando el pestillo, a punto de llorar. No atendió a la orden de David de que le abriese y le dejase entrar. Él pasó un rato allí, de pie, junto a la puerta, sin saber bien qué hacer.

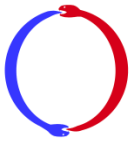
Fue al taxi, tomó la última nota. Regresó y llamó desde el teléfono del dormitorio. Primero una vez, colgando al instante. Luego, marcó de nuevo; lo dejó sonar tapando el auricular. No quería que nadie respondiera, pero a la vez deseaba equivocarse, confirmar que no se había vuelto loco. A punto de colgar, oyó un sonido. «¿Sí?», preguntó una voz masculina. Hubo un silencio, como el que antecede a un disparo. «¿Eres tú?», otro breve silencio. «Caroline, ¿estás bien?»... La voz de su socio.

David colgó al tiempo que ella salía del baño. Las imágenes de la conversación, de ambos en aquel dormitorio, se fundieron de tal modo que, al subirse al taxi, al llegar a la casa de Mike, las había olvidado. En el porche se encendió un cigarrillo. Maldijo sus visiones, sus extrañas reflexiones que luego encajaban. Se maldijo a sí mismo antes de lanzar la colilla, palpando el interior de su bolsillo como para infundirse ánimos. O para estar seguro de que debía entrar en la casa. Romper la pesadilla.

Seguramente, esa noche, era el único taxista libre a las cuatro de la mañana saltándose los semáforos en rojo del Bulevar Sur. Volvió a ver, quizá en la misma acera, al tipo de las gafas oscuras. Esta vez, el repugnante chucho le ladró. O le advirtió, poco le importó. Mantuvo la vista fija en el parabrisas, las manos firmes en el volante. Minutos antes le habían temblado, como la voz de Mike. El sudor le empapaba la frente y la espalda. Un arañazo en la cara, manchas de sangre en la camisa, en el cuello; la firme determinación de deshacerse de... lo que ocultaba en el maletero. Prefirió no mencionar de nuevo el nombre de su socio. A fin y al cabo, pensó al llegar al vertedero, aquel era un barrio en el que podía pasar cualquier cosa; a esas horas, no habría nadie para presenciar un delito, una falta de tráfico, un ajuste de cuentas. Ningún policía, ningún testigo.

La fotografía familiar (VIII)





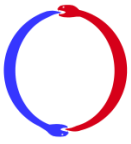
Encarnación Sánchez Arenas

3 de agosto

Eusebio Molina es hermano de Bernardina y trabaja como maquinista del tren que realiza el trayecto Jaén-Cádiz de media distancia, pero pronto se va a jubilar y ha pensado en reunir, en una fiesta de despedida, a cada uno de los representantes de los oficios ferroviarios. Eusebio ha trabajado también como jefe de estación, siendo el representante de las compañías ferroviarias, por lo que ha asumido gran responsabilidad y competencias. Ha gozado en su localidad de cierta preponderancia en su sociedad, teniendo la misma relevancia que el médico, el maestro, el alcalde, el boticario o el cura. Como jefe de estación, se ha encargado de la salida y llegada de los trenes, supervisar los billetes, guardar el patrimonio y los intereses de la compañía ferroviaria, así como de la gestión de la distribución, el embarque y la descarga de las mercancías. Como representante de las compañías de líneas ferroviarias, debía mantener el buen nombre de esta. Tenía la obligación de presentarse en público con su uniforme completo y en perfecto estado de revista, mantener una actitud irreprochable, velar por la paz en los límites de la estación y restablecer el orden en sus dominios ante posibles trifulcas entre los pasajeros, además de permanecer en su puesto hasta que era relevado. Hasta mediados del siglo XX, vestía elegantes uniformes y portaba como símbolo de su oficio un farol y un silbato para avisar al maquinista de la puesta en marcha del tren.

7 de agosto

Por debajo del jefe de estación y a sus órdenes directas, se encontraba el jefe de tren, Antonio García Velázquez. Viajaba en un furgón especial y custodiaba equipajes, bagajes y mercancías facturados. También hacía uso



del silbato para dar salida a los trenes en los apeaderos en los que no existía la figura del jefe de estación.

11 de agosto

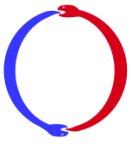
Los revisores o interventores, Nicolás Martínez y Eufrasio López, controlaban los billetes de los pasajeros y podían ser el blanco de las iras de algunos cuando eran descubiertos sin el preceptivo ticket. Pero tenían otros deberes, como anunciar, en voz alta, el nombre de las estaciones a las que se acercaba el tren y ayudaban a subir y bajar a los viajeros de sus respectivos vagones. Tenían órdenes de no comunicarse con el maquinista y solo podían dar a los viajeros noticias concretas sobre la marcha del tren. Su trabajo revestía de otros peligros, pues en tiempos había trenes cuyos vagones carecían de pasillo central, y para desplazarse de uno a otro, el revisor se apoyaba en un estrecho estribo de madera externo al vagón.

18 de agosto

En los trenes de vapor, el maquinista y el fogonero formaban un equipo bien avenido como podemos apreciar en numerosas películas “del oeste”. La misión del fogonero era crucial y especialmente dura, pues se ocupaba de mantener constantemente encendido el fuego de la caldera. Para ello, se situaba en la boca de la caldera y suministraba paladas de carbón continuamente, el combustible se consumía con rapidez: cuatro toneladas al día en ferrocarriles de vía estrecha y once en los de vía ancha. Como vemos, el oficio de fogonero exigía una gran fuerza física. Tanto maquinistas como fogoneros podían hacer jornadas de 12 a 14 horas, descansando en la mayoría de las ocasiones fuera de casa, en locales habilitados a tal efecto por las compañías ferroviarias. A pesar de la dureza del trabajo, no estaban bien remunerados y se los penalizaba por retrasos y averías. Con la llegada del tren eléctrico, desapareció la figura del fogonero, Alberto Cuenca, quien dejó su legado a sus nietos; y mejoraron considerablemente las condiciones de trabajo del maquinista, quien vio cómo se reducía su jornada laboral.

22 de agosto

Estos eran los principales oficios ferroviarios, pero existían otros no tan conocidos. Los guardabarreras vigilaban los cruces. También hubo mujeres guardabarreras o guardesas, uniformadas de manera diferente a sus compañeros masculinos; tenían delantal y pañuelo para la cabeza, como en el caso de Micaela Carmona y Serafina Guzmán. Los guardagujas eran los responsables del cambio de agujas, un trabajo fundamental. De ellos



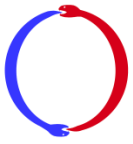
dependía el sentido de la marcha del tren. Otro de los oficios ferroviarios era el de supervisar vías y trenes.

25 de agosto

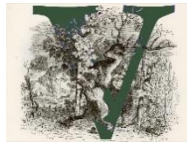
Los calzadores, como Fernando Guillén y Martín Burgos, son un oficio ferroviario poco conocido, pero fundamental en el mantenimiento de la línea férrea. Eran los trabajadores que tenían a su cargo la correcta conservación de la vía. Trabajaban en grupos o brigadas a las órdenes de un capataz y, al igual que la figura del fogonero, su trabajo exigía enorme esfuerzo físico y energía para realizarlo. Los calzadores mantenían la vía férrea nivelada y alineada para prever los previsibles descarrilamientos; eliminaban las irregularidades provocadas por la acción del agua, la nieve y el propio paso del ferrocarril, que, con su peso, solía hundir sobre todo las juntas entre raíles. Además, estos trabajadores mantenían la separación adecuada entre raíles y sustituían las traviesas por otras nuevas o cambiaban los raíles desgastados. Desempeñaban su tarea utilizando herramientas como palas, azadas, cestos y hachas.

Los cuartos del pregonero





Goyo



iene a mi memoria una copla muy célebre que habla de desengaños amorosos:

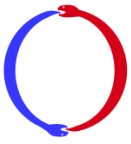
Si yo sé que me quiere como le quiero
A que darle tres cuartos al pregonero
Desde su puerta misma hasta mi puerta
La vereíta madre no cría yerba
No cría yerba

Fragmento de “Cinco farolas” (Valerio, Ochaíta, Solano)

Dar tres cuartos al pregonero, es decir, hacer público algo que debería mantenerse oculto.

La primera referencia a la figura del pregonero en nuestro país se manifiesta en *El poema de Mío Cid*.

Podemos encontrar los precedentes en la Grecia clásica —aedos, ensalmadores o heraldos— mencionados en *La Odisea*, Canto VIII, cuando *Palas Atenea* transfigurada en heraldo recorre la ciudad convocando a la gente en el ágora para oír al forastero *Odiseo* que se asemeja a los inmortales. Las funciones que desempeñaban los heraldos eran mezclar el agua



y el vino, separar a los combatientes y convocar al pueblo en el ágora. Fueron figuras sagradas para los antiguos griegos.

En la Roma clásica el precedente del pregonero eran los *praecones* que, al servicio de los magistrados, convocaban las sesiones del Senado, difundían los resultados de los comicios y anunciaban los eventos públicos (ceremonias religiosas, asambleas, juegos). En los juicios llamaban a las partes y a los testigos y buscaban objetos perdidos o personas y coronaban a los vencedores de los juegos públicos.

En 1212 y promulgado por el rey Alfonso VIII, *El Fuero Viejo* especifica el lugar del pregón y el carácter obligatorio. El pregonero accedía a lugares públicos muy concurridos —plazas, mercados, ayuntamientos— y, a viva voz, previo aviso con la *turuta* (especie de trompetilla para llamar la atención de los oyentes) y vestido con abrigo de vivo color, rojo y dorado generalmente, pantalones blancos y botas negras, y tocado con sombrero bicornio o tricornio, procedía a hacer públicos bandos de los ayuntamientos o edictos, leyes y providencias ordenados por la Justicia o los magistrados públicos y en pequeñas poblaciones avisaba de pérdidas de objetos, personas o novedades comerciales. También precedía a los reos al suplicio revelando la sanción aplicada, ya fueran azotes o la pena de muerte. El pueblo a veces asociaba su función con la del verdugo, y por ello la presencia del pregonero causaba temor, asombro o angustia. Los oficios de pregonero y verdugo eran considerados viles.

Podemos encontrar una referencia literaria en *El Lazarillo de Tormes* en el séptimo y último tratado cuando Lázaro se convierte en pregonero gracias a la influencia del arcipreste de la iglesia toledana de San Salvador que además le ofrece alojamiento y desposarse con una de sus criadas. Lázaro refiere que al fin encuentra la felicidad después de una vida de sobresaltos e infortunios y aún a costa de su honra, pues los vecinos murmuran que la criada es la amante del arcipreste.

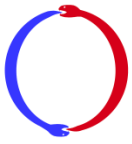
El oficio de pregonero, que en las poblaciones dispersas no tenía relevancia por razones de ubicación, desapareció a raíz de los bandos impresos y la prensa.

Actualmente, es una figura honorífica en el comienzo de las fiestas patronales de las poblaciones, sean pequeñas o grandes, para hacer saber los actos religiosos, festivos o deportivos y elegidos entre personas de relevancia pública, ya sean de origen científico, político, deportivo o empresarial o bien del ámbito de la música, el cine, el teatro o la literatura.

La figura del pregonero se conserva de modo permanente en Chester, ciudad inglesa situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Liverpool.

Las circunvoluciones del tritón entre su légamo



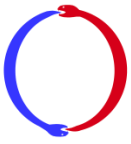


Miguel Quintana



udaba ella si ir o no ir a *Hamlet*. Seguro que todavía habría entradas. Aunque muy caras. Pero tenía que encontrar a sus amigas para decidirse al fin qué hacer. Volverían por allí, de todas formas, ¿no?

El cronista que de esto habla pensaba nada que ver con el tiempo, nada, como nada que ver tienen en una moneda la cruz con la cara, ¿una copa más? Oh, Dios, ni siquiera sé cómo estará mi botella, ni tampoco dónde estará, bueno, dónde sí que sé, aunque aún dudo, pues no sé si no estará todavía caminando por el mar de mi cuerpo llevando desde el estómago su mensaje al cerebro, ya que aunque parezca imposible hace tiempo que no he oído a esa vieja bruja cacarear con su *Flauta* y en cambio juraría haber visto y oído tocar el piano a esa niña, qué gracia, con el borracho, *in vino veritas*, lo más guapo que he visto en mi vida, decía y todos creían que se refería a la pieza que estaba tocando, aunque es de suponer que su capacidad de ver debía de estar terriblemente atenuada, pero daba igual que su intelecto se adecuase con la cosa o no, porque este borracho, porque esta adolescente, porque este piano son todos ellos mis fantasmas y en el reino de los fantasmas pocas veces se adecuan las cosas a los intelectos, porque en el reino de los fantasmas no hay intelectos ni cosas y porque los fantasmas están muertos.



¡Ya me jode!, pensaba ella, ¡joder con estas tías!, parece que las han arrebatado a algún cielo, ¿se habrán largado las guarras sin decirme ni pío?, pero no creo, porque habíamos quedado para..., pero joder, va a comenzar el baile y dónde coño estarán, ah, Dios mío, ya vienen otra vez estos...

El otrora adolescente y el otro pianista llegaron a su antigua mesa, a donde ella había vuelto poco antes. Se sentaron y el otro pianista le dijo:

—Dime por qué me equivoco contigo.

Pero ella no quiso responder y, en cambio, preguntó al otrora adolescente:

—¿Recuerdas lo que toqué?

—El amigo Haydn, sí, el amigo Haydn —decía el otro pianista—, *piccolo divertimento*, sabes, toda una vida, pero *piccolo divertimento*, tan contenido siempre, tan discreto, no dejes entrever, oh Haydn, no dejes que nadie vislumbre tu alma a, juega solo, juega con tus dedos y que nadie, oh horror, vea tus pliegues, nadie, oh pavor, no dejes, no, por Dios, de sonreír amable, pero no escribas nunca tu dolor ni oses jamás descender un poco el velo de tu deseo.

—Señor —dice ella—, como no es cierto lo que usted dice, no me interesa lo que dice usted.

—Sí, sí te interesa —dice el otro pianista—, y lo que digo interesa también tu corazón y lo apena, porque cuándo una verdad no ha apenado siempre a algún corazón.

—¿Ha oído usted alguna vez hablar del concepto de *punto de vista*? —dice ella.

—Y —continúa el otro pianista—, si consultas tu media Enciclopedia, verás que al menos tengo un tercio de razón en lo que digo, pero si esto pudiera ser para ti motivo de...

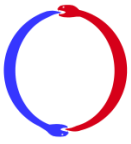
—Ella —dice el otrora adolescente— no tiene el tomo de la *hache*.

—Si fuera esto motivo de escándalo —sigue el otro pianista diciendo—, bueno..., no, nada de nada, coge la Enciclopedia y, bueno, ya puedes regalarla.

—Cambiate —dice el otrora adolescente— la vainilla aquella por ¿espliego tal vez ahora?

—No tengo ni idea de lo que dices —dice el otro pianista.

—No —dice la adolescente—, no me escandaliza nada lo que vea en una Enciclopedia, puede haber sorpresa alguna vez, pero no escándalo, e insisto, muy importante el punto de vista desde donde observamos la realidad, ¿o no?, y claro que en Haydn hay deseo, claro que lo hay, y melancolía, y lo que poco a poco tras leerle y leerle vas descubriendo, hay todo un hombre, ¿no?, todo un gran hombre, ¿no?, ¿o acaso tú eres un tercio de bueno con respecto a Haydn?

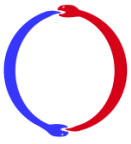


El cronista que de estos hechos se ocupaba no quiso acordarse con excesiva claridad de lo que el otro pianista respondiera. Por conjeturas verosímiles se cree que para evitar la respuesta que más razonablemente debería haber dado, el otro pianista dijo al otrora adolescente:

—O sea, que la *hache* la tienes tú. Verás —continuó—, parece que cada vez me va gustando más esta historia, media Enciclopedia aquí, la otra media no se sabe dónde, es posible que un tomo desencuadernado acullá, o lleno de humedad donde prosperan los hongos, esas criaturas tan sedientas del saber que está atrapado en la cárcel mohosa de una página muerta, o tal vez en los surcos traidores de un disco lleno de canciones, de las canciones oscuras que una luminosa poetisa desgrana para lamentar su soledad, soledad, además falsa, que enamora el oído de niños desprevenidos y hambrientos de ese manjar tan insaciable como el amor, el amor, ya sabes, niña, esa plaga que inunda, sin posible valladar para evitar su serpeo, la mente, ¿el amor se aloja en la mente?, o el corazón, ante el cual, como te digo, no puedes levantar un parapeto que aquella langosta mortal no salte y que a la postre te devore.

—Me parece —dice la adolescente— todo lo que dice usted un topicazo como la copa de un pino, si bien es cierto que parece imposible hablar, el mero hecho ya de hablar de cualquier cosa, y no caer en el mismo pozo.

Tampoco quiso el cronista que estos hechos narraba, es decir, los hechos de estas conversaciones o diálogos o pensamientos o propiamente hablando acciones, no quiso hacerse eco de la respuesta del otro pianista. Añade en este lugar que la adolescente tras sus últimas palabras se había concentrado en seguir el movimiento ondulante de la filigrana con que el saxo, del otro lado del cristal perlado por la lluvia de la ventana, incensaba el aroma de una noche nueva que aún no tenía del todo desarrollado el sentido, y observó entonces ella cómo el humo melodioso del instrumento se incorporaba a la última bandada de estorninos que aún no habían encontrado acomodo entre las ramas de los tilos para descansar, y vio cómo aquel lamento metálico era engullido por el vértigo y atomizado en mil partículas de polvo sonoro y lluvia musical que permanecieron flotando en el aire breves instantes para desvanecerse a la postre entre las sombras. Al mismo tiempo, oía el tintineo de la lluvia azotando los cristales impelida por ráfagas de viento. Estaba absorta viendo descender las gotas de lluvia por la superficie del cristal, una gota se unía a otra, la empujaba y caían ambas durante un tramo con rapidez, después vacilaban y se detenían, o cambiaban de curso, mientras las lámparas del Paseo iluminaban las gotas por detrás formando destellos, o a su lado se formaban más gotas más pequeñas, o más arriba otras gotas más gruesas se desplomaban también velozmente arrollando a otras gotas adyacentes, mientras que allá lejos, en el Paseo, se desenrocaba la imagen de los magnolios, manchas móviles de sombras con oscuros susurros, y se podía intuir aquella borrosidad tan llena



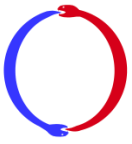
de arrullos para las criaturas insomnes que luchaban inútilmente intentando conquistar sin armas el deseado reino del sueño.

Tan absorta, que no se dio cuenta cuándo el gato, gato ante cuyo color muchos erraban pensando ser negro, se había acomodado de nuevo en su seno. Usó allí el felino recursos varios para llamarle la atención, pero ella tenía su mente enzarzada en las ramas oscuras del Paseo escuchando sus canciones de cuna para adormecer a los estorninos, y durante algún tiempo fue insensible incluso a las zarpas que el gato usaba como aldaba para llamar a su puerta, pero al fin ella tornó hacia él sus ojos. Tenía el gato brillantes y luminosos los suyos, que sostuvo en los de ella durante un tiempo. Si el cronista que de estos hechos se ocupaba hubiera sido, no ya gran admirador de los gatos, sino solo indiferente a ellos, aunque ha de ser notado que jamás faltó con alguna gravedad, al menos deliberadamente, a su propia verdad sobre este tema, hubiera dedicado con casi seguridad muchas, o al menos varias páginas para poner en ellas el encendido idilio que mantuvieron entonces estos amantes. Porque saltaba bien a las claras que la adolescente amaba al gato y el gato a la adolescente. Pero no era indiferente a los gatos ni les admiraba demasiado el cronista, y por tanto quedó aquel, el idilio, si no del todo sepultado bajo una gruesa losa de silencio, sí al menos atenuada mucha de su intensidad, de forma tal que solo por conjeturas lejanas pudiérase uno acercarse a aquel pozo de amor en el que habían caído felino y adolescente. Baste añadir sobre este pozo, que el agua que en él se almacenaba era puro cristal, como proveniente del hontanar de la misma inocencia y amistad.

En cambio, anduvo el cronista harto diligente, en este momento del proceso, con la gran Dama, grande sobre todo a causa de su edad, que en la tarde de marras venía postulando en direcciones varias por la *Flauta*, la cual se había acercado a la mesa donde se miraban adolescente y gato, y llegado que hubo, después de deliberar consigo misma y después de ensayar varias formulaciones para el pensamiento que deseaba exponer, le dijo a la adolescente o pensó decirle:

—Mira, hija, que te he estado mirando gran rato incluso de arriba abajo y de abajo arriba, y me he estado preguntando cien veces y no lo sé responder, pero no se lo he querido preguntar hasta ahora a nadie más, y ahora a nadie más que a ti misma, si podrá ser posible que pueda haber una criatura más hermosa que tú, ¿no crees?

Y dice el cronista que siguió la Dama dándole la vuelta a aquel pensamiento, si es que así, de forma piadosa, pudieran calificarse estas palabras, diez o doce veces más, hasta el punto de que las mismas palabras al final carecían ya de significado alguno. En su prolijidad, el cronista acumulaba detalles vistosos, haciendo intervenir en este lugar no solo al gato y al resto de los acompañantes, hasta a quienes se extendió la melopea,



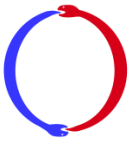
sino que implicaba también a un camarero que pasaba por allí con bebidas en ristre, a la mujer de la maleta que, sin saber qué hacer, había abandonado allí su maleta en el suelo y se había abrazado a la Dama; al dueño del perro que, habiendo oído ladridos y no teniendo ni a la mano ni a la vista a su animal, se había levantado y estaba por allí buscándolo, pensando que pudiera tal vez estar su can en coloquio ameno con el gato; en fin, al lector o lectora del devoto libro del marqués vicioso que, necesitando dar curso a alguna necesidad fisiológica, se había asimismo levantado y estaba en este momento a la altura de la adolescente camino del escusado, a quien ella, la gran Dama, detuvo un momento poniéndole la mano en el hombro y, con la excusa de preguntarle si había visto alguna mujer más bella que la presente adolescente, quería escrutarle el propio cronista por medio de la Dama muy minuciosamente para resolver de una vez por todas y para siempre sobre el sexo de aquel ángel, el cual, apurado como se hallaba por la necesidad que le incomodaba, le dijo a la Dama:

—Por favor, ¿me permite? Tengo prisa.

Palabras estas que dejaron a la Dama, y sobre todo al propio cronista, aún más confusa que primero, sin poder osar decantarse el segundo porque fueran aquellas palabras, palabras de mujer, o bien palabras en cambio de hombre.

Creía el cronista que la Dama pensaba que sobre aquel asunto habría de haber unanimidad. Pero como se supone con facilidad, la Dama erraba, y allí estaban unas cuantas páginas que el cronista aportaba para poner de manifiesto el error de la Dama y poner asimismo de manifiesto cuán espinosas son, a su vez, las apariencias y cuánto esfuerzo tiene que desarrollar la mente para conseguir aprehender la esencia de las cosas, al cabo del cual no siempre se llegaba a conseguir del todo esa deseada alma del mundo. Conviene recordar... que le gustaba al cronista desvariar con cierta frecuencia sobre temas y aspectos de los que tenía idea frágil y remota, pero al mismo tiempo, incluso sabiendo él mismo que sus pisadas se perdían no pocas veces dejando tras sí huellas repletas de vacío, había llegado a la conclusión de que era delito bastante menor ser excesivamente locuaz que excesivamente mudo, y por ello le importaba algo así como medio bledo, o como mucho un rábano entero, que su Crónica se ramificase tanto como el árbol de la anarquía, aunque se enzarzase este al fin con las mismísimas ramas del propio caos.

Caos a estas horas ya estaba fructificando en el Gran Café. La luz tenue de la tardía tarde se había sustituido por la menos brillante aún de la joven noche. Ambas luces marcaban en parte el carácter de dos grupos de personas. Unos abandonaban, otros comenzaban, y por lo tanto el caos referido sobrevinía por sí mismo.



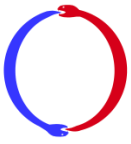
Ajeno a este caos, aunque hambriento a rabiar, el gato permanecía agazapado junto a la adolescente. Ya sabía él mismo que no todas las veces, por el mero hecho de ir a buscar comida, la conseguiría siempre. Algunas, para más inri, no solo no conseguía comida alguna, sino que lo que recibía era un más o menos voluntario puntapié, por lo que había que andar siempre con cautelas, incluso con los más familiares. Pero curiosamente hoy, y él no se lo podía explicar por más que lo intentaba, el látigo del hambre que le laceraba las entrañas no le empujaba hacia las cocinas, aquel palacio tan pródigo tantas veces donde él vivió festín de relumbrón en más de dos ocasiones, sino que aquella adolescente tenía de forma milagrosa un como imán que le ataba a ella con dulces y hasta ahora desconocidas ligaduras. Quiso pensar entonces el felino que nunca antes en su vida debía de haber puesto su hambre en un platillo de la balanza y en el otro el amor, pero, curiosamente hoy y ahora mismo, era en realidad lo que estaba haciendo, y durante un buen rato estuvo haciéndose él cruces al pensar y comprobar cómo era posible que pudiera pesar en su corazón más el amor que en el estómago su horrible hambre. Y remachaba con lógica gatuna que, aunque era imposible de creer, era realmente la verdadera realidad, por lo que había que abrazar esta y despreciar por falsa la otra y, por consiguiente, si el hambre era falsa, no había hambre que valiera, por más que gritase por su causa el estómago a través de la boca de sus tripas.

En estas cavilaciones, así pues, hallábase el gato oscuro sumido en una cierta y asimismo desconocida zozobra cuando, abriendo de repente los ojos, impelido por un olor extraño que acababa de percibir, vio a la mujer de la maleta delante de sus mismos y puntiagudos bigotes, la cual estaba peleándose con su maleta con la evidente, al parecer, intención de abrir.

No fueron pocos los esfuerzos que hubo de realizar para alcanzar al fin el fin deseado, ya que concurrían allí dos circunstancias que dificultaban en sumo grado la labor, la primera de las cuales era asaltar aquella cerradura férrea y estanca que pareciera haber sido sellada con los sellos mismos de la más hermética indisolubilidad, y la segunda consistía en el depauperado nivel en el que se hallaba la habilidad de la mujer, cuyas manos, mejor parecían haber sido moldeadas para ellas moldear después un montón de humo, que para abrir la cerradura de una maleta vacía.

Porque, a la postre, vacía resultó estar la maleta, vacía del todo, excepto del propio vacío, y de un osito de trapo.

El oseño de trapo, que ella llamaba *osito*, fue con mucha escrupulosidad y cautela asido por sus dubitativas manos y levantado hasta el mejor punto de observación para ella, y una vez observado con minuciosidad y amor, se lo ofreció en silencio a la adolescente.



Hubiera cogido esta inmediatamente lo que le ofrecía la mujer, pero un súbito movimiento que notó en el gato oscuro le dio la señal con la que vio claro ser mejor, en vez de seguir el dictamen del impulso, agarrarse a las faldas de la prudencia. Sin embargo, unos instantes después pensó la adolescente que la opinión al fin y al cabo de un gato no debería ser nunca óbice alguno para negar a nadie ni la comprensión ni la amabilidad, y, a pesar de que al gato no le gustaban con claridad ni los ositos ni los osos, extendió hacia la mujer silente sus manos para recibir la dádiva.

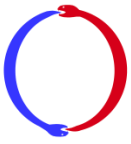
Desplegó en su rostro entonces la mujer silente una sonrisa tan amplia, pero sobre todo tan bella, que dejó parado y confuso al adalid.

Había llegado allí este, nadie sabía desde dónde ni cómo había hasta allí llegado, con la intención de decirle a la adolescente unas palabras, cuyo comienzo había tenido la precaución de preparar bien para trastabillarse lo menos posible, comienzo que más o menos venía a decir *Me pierdes, me pierdes y no puedo evitarlo, y no quiero perderme ni perderte ni perderla*, pero aquella sonrisa, como se ha dicho, le desarmó y dio al traste con todo su discurso que vino a desmoronarse como un castillo de naipes engullido por un vórtice, más abajo aún de la mitología del Gran Café, aquellos mosaicos que durante decenios habían sostenido el peso y el paso de la heroica ciudad y de los foráneos que por ella habían o hubieran transitado.

Y el adalid, tan venido a menos que incluso carecía de palabras, se sentó en una silla aneja, con los ojos clavados en la mujer bellamente sonriente. La cual, al cabo de lo que dura una sonrisa, comenzó la, al parecer, imposible tarea de cerrar de nuevo su maleta, tarea imposible, porque concurrían allí dos circunstancias que desafiaban el orden de las cosas, la primera de las cuales era el estado de agitación que le había producido a la mujer de la maleta el don que había otorgado a la adolescente, convulsión que de forma tal vez paradójica paralizaba sus dedos o convertían a estos en ingobernables de tal manera, que solo de muy imperfecta forma pudiera manipular cerraduras, cerradura en el caso presente que parecía haber sido diseñada para guardar la llave misma de todos los misterios; y el segundo impedimento para llevar a buen puerto el cierre de la maleta consistía en que, de forma tan sorprendente como milagrosa, la propia maleta estaba ahora en su totalidad repleta y rebosante de innumerables oseznos de trapo.

Oseznos que la mujer de la maleta llamaba, con voz muy melodiosa, pero sobre todo con voz muy baja, *ositos*. Ositos que habría que aplastar, si se quería cerrar la maleta, causando por tanto insufrible dolor.

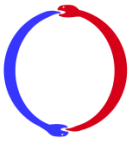
Permanecía, así pues, la maleta abierta y en ella se apilaban decenas de oseznos, sonrientes los más, que el señor Birlibirloque había allí puesto con intención, no por desconocida, menos inquietante. O quizá, por ser precisamente desconocida parecía mucho más perturbadora, o al menos así



se lo parecía a la dueña de la maleta; aunque no dueña de tanto osito, ya que ella era solo dueña de uno, el que tenía ahora en sus delicadas manos la adolescente, la cual trataba, con éxito no rotundo, conciliar dos opuestas voluntades, a saber, su propia voluntad de tomar posesión temporal y sobre todo provisional de aquella hermosa dádiva que una desconocida mujer, y al parecer perdida e ignorante de esta situación, le había con gentileza otorgado, y la voluntad en contrario del gran gato, oscuro como el final de un atardecer de tormenta, que desconfiaba por oficio y por definición de los animales de trapo, y mucho más aún si estos eran oseznos u ositos, o como diablos se llamasen, que ya estaba él harto de tanta palabrería vacua, su estómago gimiendo sin parar a causa del hambre.

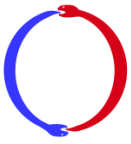
Hubo la adolescente de ensayar combinadas estratagemas para conseguir al cabo la victoria, no muy lejana en todo caso de una pírrica, sellando la paz entre gato y osezno a base de esgrimir con reiteración sus ofertas de cariño hacia el felino, a lo que no se oponía con demasiada intransigencia el de trapo. Pues el gran gato, a pesar de ser en general bienquisto, se alimentaba no pocas veces con la desconfianza como ingrediente principal de su plato, y le costaba mucho esfuerzo ahora cambiar en su alma la ojeriza que le producía el del trapo, con esa placentera tranquilidad en la que se sume uno cuando está entre amigos, el ánimo desnudo. Sin embargo, el cronista que de esto habla, aunque no con óptima gana, contó en alguna parte de su larga y perdurable Crónica, tanto cuanto los siglos fueren, haber sido testigo de vista de una acendrada, o en realidad más de una, pelea entre el gato y algo así como el presente oso, pelea dice él no saber a ciencia cierta si de amor y compañía o bien pelea propiamente dicha, porque, aunque él había sido testigo de vista cercano, no le fue fácil deslindar en las intenciones del felino cuáles de ellas se alineaban en el campo del amor, cuáles en el de la guerra.

Pero no ahondaba lo suficiente el cronista en aquella sima de dudas, pues prefirió, en cambio, trepar por laderas más amables en busca de más humanos horizontes, los cuales encontraba con facilidad en el proceloso oleaje del mar del Gran Café, donde precisamente la humanidad se expandía desde el tarro de sus esencias para conquistar el espacio todo. Sin ir demasiado lejos, por ejemplo, podía ver al lector de aquel libro que respiraba por cualquiera de sus páginas tanta santidad. Parecía hallarse este lector ahora envuelto en olor de silencio. Apenas levantaba la vista del libro. Casi nadie con él hablaba. No bebía sino muy de vez en cuando un sorbo corto de un licor indefinido y verdoso servido en vaso alto. Le hubiera gustado al cronista varias veces saltar el candado de su misterio, pero se contenía porque en el fondo estaba seguro de ser verdadero aquello que habían dicho los pensadores antiguos de que todo lo que se muestra, aunque esté oculto, es o será conocido. Por lo tanto, pensaba, la breva cuando estuviera madura, caería. Y, además, qué más daría que una breva no fuese



breve, sino un higo. Pero también, ¡bien que me importa una higa que el higo no sea higo, sino breve! Y exactamente lo mismo si fuera viceversa.

Por estas, pues, laderas trepaba el cronista, o por otras similares, aprehendiendo en cada paso algo. Intentaba que ese algo fuera nuevo, aunque tenía que reconocer que el adorno más habitual que la gente se ponía era el de la repetición. Casi hasta el absurdo. Pero su Crónica tenía que ser fiel, fiel hasta el absurdo y fiel con el absurdo de la repetición. No conocía él la historia entera del Café, incluso ni una parte pequeña, pero aplicando la analogía sabía a qué carta quedarse cuando enjuiciaba. Había, con todo, pasado por sus ojos parte de una generación, estuvieron en candelero temas, hizo la vista gorda ante casos graves, no echó en saco roto él aspectos que en apariencia brillaron como el fuego siendo en realidad humo, se halló muchas veces como pez en el agua cuando de pronto surgía una figura de cuerpo entero, tuvo que parecer, a pesar de ser notario, un auténtico sepulcro ante inconfesables miserias de que fue por casualidad sabedor, y dejó incólume su Crónica, aunque fue tentado con fuerza en contrario, para que fluyera como agua limpia y cristalina que refresca la garganta y no como veneno que emponzoña la sonrisa. Tenía, en el caso presente, el cronista asentada duda de que perdiera su Crónica la virginidad de lo incólume, en el hipotético caso, lejano por otra parte caso, de que él, él mismo mediante el instrumento de ver de su Crónica, ahondase en el pozo, pozo este sí oscuro o negro y de fangos flotantes en la superficie fea y en el poco bello fondo, de las aguas piadosas de aquel impío marqués, autor de tan escasamente misericordiosos libros. Y volvió al cronista el recuerdo de aquella idea. Y se la confirmaba. Es decir, venía a confirmar mucha, si no toda, la verdad de aquel aserto que había oído alguna vez, pero que por desgracia no se acordaba a quién ni dónde. Le había hecho pensar. Bien es cierto que, pensaba a su vez ahora el cronista, cuando uno lleva tiempo pensando en lo mismo se traspasa el umbral de la decisión y el pensamiento entonces no engendra acción, o una categoría, una roca sólida y firme en forma de tesis donde se ancla el espíritu, un puerto donde... No, llega un momento en el que de tanto pensar en lo mismo se desdibujan los principios y el espíritu es conquistado por los nebulosos soldados del ejército del caos. Porque, pensaba el cronista, qué significa perder. Es tan elástico el concepto. Cuál es la diferencia entre ganar y perder. Por otra parte, tampoco se deduce de forma absoluta que ese lector o lectora esté incluso con el libro que tiene en las manos, pensando en el sexo. Además, si relativo lo es todo, cuánto no lo será el sexo y sus aledaños. Y eso que, en efecto, hay mucho de verdad en el hecho de que la humanidad y el resto de la animalidad, y tal vez toda la vegetalidad, ha perdido mucho tiempo, y presumiblemente seguirá perdiéndolo en el futuro, en el sexo. Pero no es menos cierto que... Aledaños. También son importantes los aledaños. Todas las cosas tienen sus aledaños. Perder. Tantos dirían *¡ahí me las den todas!* O, *dulce pérdida*. Perder el tiempo en sexo. Perder o ganar. Perder la ganancia. Ganar, amigo mío, ganar la pérdida.

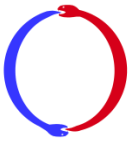


En pensamientos, así pues, tan profundos habíase zambullido el cronista que todos estos hechos, para que no se esfumaran jamás en el polvo del silencio, narraba, cuando comenzó a sospechar, primero de forma feble, después con más sustancia en la cosa, que todo el Gran Café, como si de nao con las amarras sueltas se tratase, abandonaba un tanto torpemente el puerto donde otrora, por luengos años, había permanecido anclada para ornato de la ciudad, y al ritmo un mucho caótico de las desuncidas olas se adentraba de forma inexorable en el piélago donde, se temía el cronista, le esperaban insospechados peligros, el menor de los cuales iba a ser capaz, y muy capaz, de por lo menos hacerla zozobrar. No podía, por más que se esforzase, apartar de su mente aquel mal presagio, y en ella se perfilaba con vivos rasgos un desastre cruel cuando ya por la fuerza o contraste de inhumanos vientos, ya por cualquiera otra causa, que le acuciaba y hacía que su desazón llegase muy adelante. Y se decidió entonces por un tiempo a observar el rostro de tripulantes y pasajeros con la intención de ratificar, o rectificar en su caso, sus primeros barruntos de que aquello era la hoja de un árbol caído y a la deriva y al borde de la vorágine.

No notó, empero, señales en los rostros el cronista que llevasen a confirmar sus sospechas. Es más, por alguna razón para él desconocida, halló en todos aquellos rostros que navegaban hacia el desastre una belleza muy superior a la de los mismos cuando el vaso se encontraba por las áncoras clavado en medio de la paz del puerto y, cada uno según su fisonomía, todos parecían estar preñados de esa paz que genera belleza, la cual genera amor, el cual lo genera todo. Y todos ellos al parecer estaban ausentes de la degeneración en la que se había instalado aquella nave de locura que parecía, al menos eso creía el cronista, buscar con ansiedad los bajíos donde estrellarse.

Por ejemplo, aquel hurraño hombre que había dado la espalda a todo parecía a todo sonreír ahora, sus ojos brillaban con fuerza, incluso parecían los ojos de su gato muerto tan prematuramente, de forma tan inesperada, los ojos de un gato que acaba de oír moverse, de ver moverse entre trastos por el suelo un inocente ratoncillo, y piensa que nada ha acabado, que todo sigue, que todo continúa esperándole a él, todo, todo desvestido de los harapos de la melancolía, todo vestido con las galas de la luz, y sonríe hacia cualquier sitio a cualquiera y no busca sogas, el ratón qué inocente, qué ingenuo, como te mueves tanto, no ves que te veo y no sabes que mis zarpas son de acero, y te oigo porque haces tanto ruido, tonto ratoncillo, no sabes que soy un terremoto..., así que ven y sellemos la paz que todo nos espera ahora.

Otro ejemplo. Entró rápido el hombre del jabalí y se sentó junto a él, tomó alguno de sus papeles y trató de descifrar la letra aquella no poco enmarañada, y lo consiguió en gran parte, y se la leyó a su autor, y notó

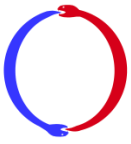


este cuán diametralmente había cambiado este hombre, antes vacilante y vaporoso, ahora al parecer cuerdo y sobrio y en todos sus cabales leyendo con soltura una página del borrador de aquella Gran Crónica del Gran Café que nacía del deseo, parecía también todo él bello, un bello cazador de jabalíes que dirige con pericia sus perros y rastrea y peina los montes para levantar las bestias, y haciendo un alto en la lectura dice:

—No te puedes imaginar lo ágil que era este pobre hombre —y sus palabras, antes vaporosas como las praderas de invierno, son ahora cálidas como el vaho de un deseo antiguo, o bellas como el añejo sonido del vino de un poeta que haya vencido a los odiosos esbirros del tiempo, y relata al absorto y paralizado cronista con lengua de seda sus tretas entre matorrales para coronar con la victoria su cabeza en la guerra contra el aguerrido animal.

Y otro ejemplo más. Ese hombre triste de túnica gris que en su cabeza solo vive un pasado, ahora, no se sabe por qué causa, convertido en un bello ejemplar, o tal vez la causa haya que buscarla en..., es igual, bello y bellas las cláusulas que ahora dirige a..., es igual, que le escucha con cierto embeleso, resulta que él estuvo durante muchos días escribiendo o describiendo más bien los sueños de la noche anterior sumando detalle a detalle y levantando una alta torre de folios repletos de tales sueños, y por no sabía qué accidente se había abierto un día la ventana cercana y entrado en la sala un vendaval que hizo volar y revolotear todos los papeles durante unos segundos eternos por el aire de la estancia para volver en otro eterno y breve instante a aterrizar de nuevo sobre la mesa o encima del suelo todos ellos sin ningún concierto y por supuesto sin orden alguno. Y, maldita sea, él no había paginado sus sueños. Al principio, al parecer, le sentó como la patada o la coza de un corpulento percherón en su estómago, pero después hojeó un folio y otro y otro después y le hizo gracia, al parecer, el desorden y el desconcierto y el hecho de mezclarse los detalles de un sueño con los detalles de otro distinto y que, curiosamente, el azar lo había juntado de forma tan ingenua, tan infantil y tan estúpida.

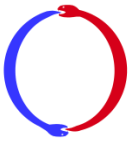
—Pero los sueños son estúpidos —dijo el hombre mostrando una fisonomía amable e ilusionada que hacía sonreír a su oyente—, por tanto, está bien que se les pague con su misma medicina su propia estupidez, porque se dice *pagar con la misma medicina*, ¿no?, quitándoles la coherencia absurda que falsamente puede un recolector de sueños darle, para que así, doblemente estúpidos, doblemente absurdos, doblemente, ya sabes, puedan crecer. Y entonces me dediqué a recogerlos del suelo sin concierto alguno y volver a apilarlos sin orden tampoco sobre mi mesa, y me dediqué durante los siguientes meses a trabajar sobre el orden caótico que había implantado el azar en mis sueños. Pero esta es otra historia.



Y el cronista se hacía cruces cómo era posible que nadie se diese cuenta de que navegaban hacia el desastre, pues estaba claro que el Gran Café, vetusta nao fuera de puerto, reptaba siniestramente entre sinuosas olas en pos del corazón del naufragio. Miró el cronista hacia las ventanas intentando ver a las ratas huir, pero en los cristales de aguas solo pudo ver cómo moría la tarde y cómo sobre sus ojos cerrados alguien tendía un paño piadoso de penumbra. Miró después hacia el perro, hacia el gato más tarde intentando confirmar en sus ojos asustados el reflejo del terror, pero el perro dormía y dormitaba el gato, llenos ambos de paz, aunque con hambre, o tal vez ambos beodos de hastío. No le gustó al cronista la indiferencia animal ante el preludio del abismo y vaciló. ¿Estaría él equivocado? ¿Estarían los fundamentos del Gran Café, donde siempre habían estado durante más de una larga centuria, cimentados sobre el Paseo de plátanos y magnolios? ¿Anclados en un puerto rocoso, seguro, exento de malos vientos? No cabía duda, la indiferencia de aquellos animales era un clarísimo síntoma de que él erraba. No, no cabía duda alguna, allí se estaba respirando paz, tranquilidad, allí permanecía, entre otros, aquel hombre que parecía encandilar con sus sueños descabalados por la brisa de una ventana abierta para demostrarle su error. Por cierto, extraño aroma de hongos o bosques o robles con hojas, tal vez sí, hojas de roble perfumadas por setas, extraño lo de este, y joder, no me acabo de decidir si positivo o negativo, nada neutro desde luego, hojas de roble o castaño en la región de las setas, aroma de humedad, de caracoles y babosas o de sapos y ranas nocturnas que no pegan un ojo en toda la..., y croan y croan y croan y croan buscando rey o reina, y, creo que no acabaré nunca de decidirme, sí, ya sé que lo positivo siempre echa una mano a lo negativo y viceversa, porque tengo que reconocer que tiene algo de algo esa prédica que encandila, he visto tantas veces encendido ese candil, a veces toda la noche, rompiendo el telón oscuro, rasgándolo, para alumbrar después el feto de..., no, debo de estar equivocado y la nao enloquecedora del Gran Café sigue al parecer amarrada con firme dogal a puerto, esperando indiferente el patíbulo del alba.

De una lectura rápida, incluso aunque fuese superficial, además, de la Crónica se puede deducir que al autor le molestó que en ese momento comenzase a sonar en el piano un *adagio*. No tiene sentido, pensó. Tan tarde, para qué. Es absurdo ahora un piano. Además, no estaba claro del todo que el Gran Café no estuviese balanceándose a merced de las temibles olas del negro mar camino de un infeliz final, donde los gorjeos periclitados de un desafinado ahora piano escasos ecos habían de tener, a no ser que fuese un cisne el que cantara.

Pero al autor de la Crónica le molestó mucho más que en ese momento rompiese también a llover a raudales. *A cántaros*, se dice en la Crónica. Estaba pensando el cronista tal vez que, como él no iba hoy a ir a *Hamlet*, pensaba retirarse ahora relativamente pronto después de sortear

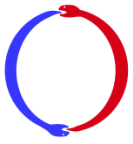


dos o tres tabernas más tras abandonar a su suerte los restos del Gran Café, y le incomodaba bastante la posibilidad de calarse hasta los huesos y, sobre todo, los zapatos, pues odiaba caminar con agua entre los dedos de sus pies. Tampoco tenía sentido a estas horas esa maldita cortina de agua. Para qué otra cosa serviría sino para atormentarle. Con la pesadilla de la lluvia en los cristales, le asaltó de nuevo otra duda. Podría ser, en efecto, pudiera ser que fuera yo y no el barco el que zozobra, pudiera ser que el barco estuviera enclavado con firmeza en el corazón de la ciudad, más de un siglo en definitiva avalaba esto, relativamente lejos de las olas marinas, lejos de malos vientos, anclado, vamos, en el corazón del más rocoso de los aburrimientos, y fuera yo, mi pobre cascarón de nuez luchando a brazo partido contra las olas, el que tenía que habérselas con encrespadas, inmisericordes mareadas que remueven los abismos del piélago catapultando las rabiosas espumas de las negras aguas hasta los cielos. ¡En efecto, pudiera ser yo mi propio desastre! De hecho, casi siempre uno es la causa de su propia catástrofe. Por lo que sería raro que fuera yo una excepción.

Sumido, así pues, como estaba el dudoso cronista en el pozo de sus pensamientos acuosos, no reparó que alguien se había a él acercado y, poniéndole una mano sobre su hombro, le había dicho:

—Nunca quisiste explicar las interminables controversias *Wolfgang contra Beethoven*, nunca, pasaste de puntillas sobre ellas, como si fuese andar con los pies desnudos por una tortuosa vereda de cristales rotos.

Pero de la misma forma que no había reparado que alguien se había acercado a él, tampoco reparó en la mano ajena sobre su hombro ni en las palabras, pues en el fondo del pozo donde se hallaba al presente el cronista, que estos hechos contaba para que jamás quedaran reducidos al polvo del olvido, nadaba entre el fango una especie de tritón cuya formulación no acababa él de expresar a satisfacción plena, ya que vacilaba si lo que quería pensar era que *tenía un hambre insaciable porque solo podía alimentarse de recuerdos*, o bien, que *el pasado había sido un largo sueño pero el futuro seguramente fuese una interminable pesadilla*, y tratando de observar las circunvoluciones del tritón entre su légamo, estaba embelesado e inmóvil, tanto que ni la música de la lluvia, ni la música del *adagio*, ni la música del hombre con la mano en su hombro hicieron mella en su ensimismamiento.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de Shifaaz Shamoan

16	Justus Sustermans	60	Josh Masey
17	Vicente Alcober Bosch	62	Shifaaz Shamoan
19	Shaoron88	69	Gayatri Malhotra
20	Juan van der Hamen	101	Shifaaz Shamoan
23	Andrea di Bonaiuto	102	Adrian Susec
27	Sherwood.it	107	bmx22c
37	Andrew Yurkiv	111	Bryan Ledgard
58	Ler Zeng	114	Josh Kahen

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094